HAROLD B LEE LIBRARY
BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
PROVO, UTAH

Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Brigham Young University

https://archive.org/details/deladesigualdadp00camp

DE

LA DESIGUALDAD

PERSONAL

EN LA SOCIEDAD CIVIL.

PROPRIEDAD DEL EDITOR.

DE LA IMPRENTA DE A. BOBÉE.

301
C157d

DE

LA DESIGUALDAD PERSONAL EN LA SOCIEDAD CIVIL.

POR RAMON CAMPOS.

In maximâ fortunâ minima licentia est.
SALUSTIO.

PARIS,
EN CASA DE TOURNACHON-MOLIN,
CALLE DE SAVOIE, Nº 6.
1823.

THE LIBRARY
BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
PROVO, UTAH

AVISO DEL EDITOR.

El Señor Campos, tan conocido por sus raros talentos como por sus persecuciones, tuvo sin embargo en medio de ellas toda la energía del hombre de talento, é independiente para escribir esta preciosa obrita en unos tiempos en que amedrentada la corte por las nuevas ideas que habia producido la revolucion de la filosofía y de la política, habia puesto en centinela todos los esbirros civiles y eclesiásticos. Concluido que la hubo en 1799, la presentó á un personage poderoso creyendo que á su voz ó á la menor insinuacion suya nadie chistaria, ni aun el inquisidor general. Pero se engañó el señor Campos; porque si bien su Mecenas le protegió con amplia generosidad, no osó sin embargo luchar abiertamente con las preocupaciones de la corte. Así es que la obra quedó sepultada, como otras muchas del mismo género, entre el polvo y las telarañas, hasta que vino la revolucion á sacarla de allí, y la ha hecho pasar por fin á poder de quien ha sabido apreciar su mérito; pero cuyas circunstancias particulares no le han permitido, con harto dolor suyo, publicarla hasta ahora.

Los enemigos de la filosofía y aun el vulgo de los literatos hallarán sin duda estravagantes algunos de los principios de esta escelente obrita, pero el filósofo que haya meditado y escudriñado bien al

hombre, no podrá ménos de confesarlos inconcusos. Por lo demas, devotos, supersticiosos, fanáticos é ilustrados, todos á una reconocerán el superior mérito de la obra así en la fina crítica de los hombres y de las costumbres, en lo puro de la moral y de la política, de cuyas máximas es toda ella un tegido, como en la prolija sagacidad con que el autor ha penetrado en todos los pliegues y repliegues del corazon humano y descubierto sus resortes : todos hallarán en ella lecciones de sumo provecho para su felicidad. En suma este debiera ser el libro de jóvenes y viejos de todas las clases del estado, á cuyo alcance está escrito. A esto agrega el singular mérito de un lenguage tan puro, tan castizo y fluido que nuestra literatura no podrá ménos de señalarle un lugar muy distinguido entre sus modelos.

RODRIGUEZ BURON.

N. B. La amistad que me unia al autor de esta obra me ha proporcianado su propriedad, y las competentes facultades para darla á luz.

INTRODUCCION.

En todos los tiempos se ha hecho mérito de la cultura del entendimiento, y en el mas culto de ellos necesita de apología. No parece sino que, de puro cultos, ya fastidia el serlo.

Del salvage al ciudadano hubo siempre una distancia casi infinita, y ahora se pretende que no hay siquiera un paso, y que los miles de años que cuesta la civilizacion son un trabajo enteramente inútil. Tal suena la igualdad entre las heces de los bárbaros de Africa, y la flor de los cultos de la Europa; entre los negros y los esclavos de las colonias, y la gente fina de las naciones madres. Tal es tambien la opinion que cunde.

Inténtase probar en el siguiente escrito que desde el salvage hasta el

hombre culto, desde el mendigo hasta el magnate, hay una gradacion progresiva de moralidad y racionalidad, de suerte que la dignidad y el valor intrínseco del individuo no es uno mismo en estas distintas clases; y las distinciones políticas correspondientes á las diferencias naturales de cuna, haberes, sexo y oficio son la máquina que la naturaleza emplea para cultivar y mejorar la especie.

DE

LA DESIGUALDAD PERSONAL

EN LA SOCIEDAD CIVIL.

CAPITULO PRIMERO.

Del flujo porque nos hagan caso.

La filosofía moderna no reconoce en la naturaleza del hombre sino pensamientos, discursos, y apetitos encaminados á la conservacion del número uno de cada cual.

Para quien no ha hecho estudio por libros somos un conjunto de flujos ó como manías naturales, que, inútiles en nuestro concepto, nos llevan sin embargo á todo cuanto, ó por lo ménos á casi todo, lo que hacemos, y sin pensarlo, nos tienen en la vida racional que nos distingue de los animales; al modo que

estos, por otros flujos ó manías, tambien sacadas de nacimiento, hacen indeliberadamente y cada cual en su especie la vida particular que los caracteriza.

De nacimiento tenemos que respetar la comunidad de nuestros semejantes, en términos de ser infelices ó dichosos, segun el modo con que nos miren.

A solas, se está con entera libertad, y hace uno lo que quiere. Con testigos, aunque nada hayan de decir, no hace uno lo que quiere, se siente ménos libre, sin saber porqué.

El vernos registrar para otra cosa que para hacernos caso, es una violencia incomprensible que saca los colores. Delante de muchos, como no sean sus súbditos, uno solo, se encorta; y al pasar por donde haya gentes en observacion, se llama pasar vaquetas.

Cuando nos reparan, nos estudiamos hasta en el paso: si conocemos intencion de criticar, nos indispone; pero si es por admiracion ó por cariño, engríe ó enternece, y el esterior rompe impensadamente en los ademanes correspondientes á estos movimientos interiores.

El que, de estudio, no nos miren, el que no hagan de nosotros el asunto que creamos merecer, incomoda mucho. Al que va en tono de presuncion es castigo de discretos no mirarle. No mirarle es mostrarle que no hace éco, que no es objeto digno de la curiosidad que él parece suponer en su aire tan estudiado, es apearle del rango de su fantasía, es mortificarle.

De aquí dimana el uso de saludar, de quitarse el sombrero, no volver espaldas, escuchar al que habla, responder al que pregunta, en una palabra, el uso de hacer de las personas que encontramos ó con quien estémos, el asunto que parece natural hacer, y por el cual todo el mundo tiene flujo.

Pero en este flujo hay dos estremos. Unos creidos que son mas papel que los otros, que ellos deben hacer mas sensacion, que, en vez de mirar, son para ser mirados, no miran á nadie si no se les hace ántes una grande cortesía, miran comunmente como al descuido ó muy por encima, como desdeñándose de hacer alto, no sea que los otros entiendan que ellos se tienen en ménos; y no habiendo

motivo para tal engreimiento, se desazonan del chasco que les dan cuantos los encuentran, y siempre están de mala cara, como para hacerse respetables por la condicion y por aquel aire como asustador. Un fachenda así es muy repugnante.

Pero si el tenerse en mas de lo justo es defecto, no lo es mas pequeño tenerse en ménos. El que se tiene en ménos, él mismo se baja á inferior clase: su aire, sus palabras, sus cortesías, la gente de su roze, todo es ménos de lo que le corresponde; los de su clase se desdeñan de su vulgaridad y poca estima; los de clase inferior tambien le murmuran el poco decoro, porque parece natural que cada uno se trate con toda la dignidad que le corresponde, y el que así no lo hace lo pasa mal en el mundo.

Un hombre poco sentido, que sufre ménosprecios, y que, sufriéndolos, llama nuevos ménosprecios, que no vuelve por sí, que no apoya su derecho, sino se tiene á raya, irá decayendo de concepto y de trato gradualmente hasta tratarlo y tenerlo todos por un tonto. Porque la tontería, como bien observa

un escritor Escocés, no consiste tanto en la falta de luces como en la falta de carácter. El que tiene resolucion, y apoya lo que dice, aunque sea un disparate, no se le burla en su cara nadie. Pero el irresuelto ó apocado, aunque tenga muchas luces, cede á todos, y en consecuencia, todos se le ponen en cima, todos lo desprecian y le hacen burla. La tontería viene á ser una especie de apocamiento, conforme la locura suele consistir en sobra de resolucion. Los hijos educados con mucha sugecion y acostumbrados á deferir siempre al dictámen y arbitrio de sus padres adquieren una irresolucion que los inutiliza para cualquier manejo, y acaso les hace pasar plaza de tontos á despecho de sus buenas luces. Es fácil de concebir que las facultades del ánimo se emboten con el no uso, á la manera que los miembros del cuerpo, en no ejercitándose, se entorpecen, pierden el movimiento, y se inutilizan para siempre.

Prescindiendo del efecto de la costumbre, el tener mas ó ménos resolucion es cosa que se saca ya del vientre de la madre; y el con-

cepto del valor y dignidad de uno mismo es un sentido tan variable por naturaleza como la cara, la estatura, y todos los sentidos y facultades del hombre. Hay cortos de génio, que, en viendo juntas dos personas, ya se imutan y descabalan y por este estilo es el caso de los tontos, y quizá el de los tartamudos. Hay vergonzosos y desvergonzados, como pusilánimes y arrogantes. Hay quien no tiene talento sino de aparentar tenerlo: hombres de desparpajo, de lucimiento, de ademanes oportunos, y de un esterior feliz, que emboban el mundo sin tener ninguna cualidad digna. Al contrario otros instruidos, profundos y dignísimos no lucen, no tienen rasgo, no admiran por falta de carácter ó de concepto propio. Así es tambien en otras cualidades: algunos, gastando poco, pasan por rumbosos; otros, derrochando, pasan por mezquinos.

Concluyamos que el conceptuarse y conducirse uno de modo que todos le hagan caso, y se inclinen á darle su derecho, es una de las partes esenciales en el hombre.

En lo cual es de notar que el derecho de

que aquí se habla no es el derecho en punto de haberes, sino el derecho en punto de trato, que es el que constituye la distincion, el aprecio, el rango, y la gerarquía de las personas. De este derecho es del que naturalmente somos mas zelosos; y por mucho que la filosofía grite que de la distincion y de los cumplimientos no se nos pega nada de substancia, lo cierto es que no hay inclinacion mas natural que la de tener suposicion, ó que nos hagan mucho caso.

Todo se arrumba por el flujo de hacer papel, por sonar, ó por hacer viso. Nadie que no es mendígo quiere dejarse ver lleno de girones. Es bien corriente tratarse como Estóicos en la casa para parecer Epicúreos regalados por la calle. Las doncellas de mérito, entendimiento y conveniencias se entierran en vida, casandose gustosamente con cualquier sileno que las mantenga en ostentacion. Pocos hijos y ningunos padres dejan de consultar para el matrimonio la razon de estado; razon de estado, quiere decir, medios ó esfera en el un contrayente para no desdecir del otro en viso.

El afan con que nos exhalamos por mejorar la suerte no es por mejorar de muger, de pan, de sueño; ni lo material de los objetos de ostentacion tiene de suyo atractivo alguno. A solas acomoda tanto una piel como el mejor vestidio, un plato como el mayor banquete, la choza como el palacio, y el ir á pié como el andar en coche. Los gustos materiales de la vida están al alcance de todo el que tiene brazos; y la felicidad animal puede hallarse en cualquier parte.

Sin embargo todos estamos inquietos por el equipage, la vivienda, el tren. El pobre se desvive por rayar entre sus iguales; el rico por sobresalir en la ciudad; el grande quiere estremecer el reyno; y á los monarcas se les hace poco un mundo. Estos son los pensamientos que nos embeben dia y noche, y nos hacen llevar con gusto los sudores del trabajo, ó el yugo de las leyes.

El mercader se encarcela, mísero, á pasar vergüenzas del continuo engaño, ciego idólatra de la talega; y el labrador quiebra diario con el sueño por anticiparse al sol entre hielos y asperezas; miéntras otro traspone

el mundo á buscar pátria nueva; ó se alista en hambre para quizá teñirse en la sangre de su propio hermano : ufanos y envidiados luego, si al cabo del reniego de tal vida logran hacer un poco mas ruido.

Otras pasiones tienen sus intermisiones, sus periodos, sus edades; y basta caer enfermo ó entrar en años, para hacer tregua con ellas y quizá desalojarlas. Pero viso, distincion, poder, como objetos sin coto, así hacen la impresion; cuanto mas se disfrutan, mayor sima abren en el pecho; y el periodo propio de esta pasion es desde la vez primera de abrir los ojos hasta la vez última de cerrarlos.

Hay muchas apariencias de que el don de la palabra procede del flujo por tener quien nos atienda y nos acompañe en las sensaciones y pensamientos, ó de que el romper en habla los niños es efecto de una inquietud y como esfuerzo central por traer al compas de su esterior el esterior de los otros hombres.

En cualquier cosa que les hace gracia á los niños, mudos aun, es su flujo general señalarlo con dedo, gesto, y voces á los demas,

llamándolos á hacer caso de su alegría y alegrarse con él. La voz por tener la ventaja de entenderse con luz ó á obscuras, de cara ó de espaldas, y juntamente muchas mas inflexiones ó diferencias que ningun otro elemento del hombre, gana la primacía para la comunicacion, como los metales preciosos ganan la primacía para el cambio por razon de su divisibilidad, inalteracion y poco bulto.

En sus desazones los niños, al ver gente, redoblan el lloro, no porque los socorran, sino por lo material de la compasion, ó de que les hagan caso; y en viendo que los compadecen se aquietan. Al niño que llora, el modo mas seguro de acallarlo es llorar con él; y cuando le dá pasion de risa, se ríe doble si hay otro que tambien se ría.

Ni el horror de la muerte nos contiene del flujo de señalarnos, y de que nos hagan caso. No se encaminan á otro intento los funerales, y la pompa, y las memorias que se testan. Los mismos que salen al suplicio se esfuerzan, se reprimen y toman un aire de serenidad para llamar la atencion hasta en el modo de dar el alma.

CAPITULO II.

Del flujo por harmonizar.

Ademas del flujo porque nos hagan caso, tenemos otro flujo por igualar unos con otros el esterior; y el que se pone al reves de los demas, siendo sus iguales, pasa por insolente ó por insensato.

Así el que llora se reprime en viendo gente; y si llorára por la calle, hiciera reir á todos: con el que está en cólera es arriesgado el reirse: con el afligido parece falta de sangre no mantenerse siquiera serios. Donde todos están serios es imodestia principiar á risotadas; si están sentados, lo es tenderse ó pasearse por el medio; si no comen, está mal visto comer; si descubiertos el cubrirse, etc.

Entre los que están con recogimiento escandaliza el desahogo; y entre los que están con desahogo disuena el aire de reserva, y

los ademanes de amores están muy feos delante de cualquiera.

Cuan doloroso y mal visto es estar fuera de esta como harmonía, y, por ejemplo, echar un chiste de que no seria sino el autor, ó tener una singularidad que nadie acompañe, tanto complace el verse acompañados. La alegría cunde á proporcion que se parte; los quebrantos se aligeran con que los sientan otros, y las cuitas se consuelan mucho con solo que nos las oygan compasivamente. Cuando hay algun gran motivo de júbilo, se convida, se hace fiesta, se difunde á los demas, para estar acompañados, porque, como suele decirse, á uno solo nada le luce.

Así como gustamos de que nos acompañen, tenemos tambien el flujo por acompañar. Es natural correr á los ruidos, á las desgracias, á la enorabuena, al pésame; con el mas pequeño motivo se acude á estas estrañezas, y el gusto de acompañarlas, paga por la incomodidad.

Por este flujo de no ser solos nos reportamos en aquellos movimientos ó pasiones en que á los demas les tuerce el temple el acom-

pañarnos, ó no son de su genio ó actual disposicion.

Por la misma razon cubrimos las carnes; no por el frio ó el calor, como se dice vulgarmente, sino para ocultar las singularidades involuntarias en que incurrieramos á cada paso con desazon de los demas ó con mucha irrision nuestra. Porque las singularidades que no están identificadas con la persona no las perdonan ni aun los hijos á sus propios padres. La burla que, de resultas de embriagarse, dió Noe á sus hijos es sumamente natural, y la desazon que da cualquiera obscenidad, dimana originalmente de que por naturaleza propendemos á recatar las singularidades que pueden recatarse. La publicidad de las obscenidades que suele decirse de algunos pueblos es una mentira manifiesta; y cuanto se refiere de Priapo y de la antigüedad de la cruz en alusion solemne á lo mas pudendo de la naturaleza, puede defenderse á cierra-ojos que es una fábula. Es muy verosímil que la vergüenza que, á pesar del vicio y de la costumbre, sienten los sexos en descubrirse los órganos de la ge-

neracion dimana radicalmente de la incomodidad general que causa la desarmonía. Hasta la falta en el color ó en la cantidad del pelo tuvieron los hombres que cubrirla luego que ocurrieron medios para ello; y los que dicen que la peluca y los polvos son efecto de la vanidad entienden bien poco de moral. El hacer gala de un cráneo relumbrante ó de unas barbas muy crecidas no arguye mucho seso; y si á malicia va, tanta ó mas vanidad puede hacerse de la calva y de la crecida barba como del pelo postizo y del afeytarse cada dia. Tanto se abusa de las miserias de la naturaleza como de sus correctivos.

Los trabajos mismos y las desgracias son objeto del alarde. En una cárcel ó en un presidio el mas célebre es el que conoce mas aquella casa ó aquel grillete. Suelen juntarse en corro á contar sus trabajos; al que cuenta poco lo interrumpen porque no cuenta cosa digna; y aquel malhechor que mas delitos tiene y en mas calobozos estuvo suele ostentarse desentendidamente y en aire de ferocidad, cuando por las admiraciones y las señas comprende se está haciendo conversacion

á los forasteros de sus atrocidades y desastres, y de su infalible mérito para la horca. El crímen se mira allí dentro como un título para las incumbencias que producen alguna grangería; y el cobrar el barato es la regalía del mas foragido entre ellos.

Aunque se pierda honrosamente un brazo, siempre parece bien llevar dos mangas. Al contrario fastidia el oficial que, quizá por huir del enemigo, llevó un balazo, y casi le pone un marco con su cristal á la cicatriz para hacerla mas señalada.

En la repugnancia de estar al reves de los demas está el principio que los Juristas Alemanes controvierten flemática é inútilmente muchos tiempos hace, y á que dan el nombre bárbaro de « principio cognoscitivo del derecho natural. » Quiere decir, para que todos lo entiendan: la afrenta ó desazon que se siente de estar al reves de los demas es el principio ó la causa de que cada cual se atempere al sentir comun, y la especie viva bajo la ley y los estilos que mas cuadran con sus instintos indeliberados, sin ser posible en ningun tiempo sino una sola y mismísima

ley natural, bien que modificada segun las circunstancias de cada periodo social. Porque suponiendo lo que se debe suponer, por ver retratada en todas las historias y poemas antiguos nuestro propio corazon moderno, suponiendo, digo, que la especie no ha padecido la degeneracion sustancial que escandalosamente le suponen los mas de los escritores, bien claro es que los movimientos espontáneos ó indeliberados, ó naturales de todo hombre imparcial son los mismos en todos los tiempos, y por tanto cualquiera halla en el semblante indeliberado de los demas un mismo freno ó una misma regla para conducirse sin disonarles. Lo que, puestos en nuestras circunstancias, aprobarian ó reprobarian los antiguos, eso mismo es lo que el corazon imparcial de nuestros contemporáneos ó vecinos les dicta aprobar ó reprobar; y lo que nosotros, puestos en las circunstancias de los antiguos, hubieramos aprobado ó condenado, eso propio es lo que ellos aprobaron ó condenaron.

El ser pues una sola la ley natural consiste en que el pregonero de ella no es el

sentido ó la pasion, ó el discurso del individuo, sino el movimiento espontáneo ó indeliberado del resto de sus semejantes, es decir, el movimiento fijo de la especie.

La ley natural es indeliberada para la especie, pero es reflexionada para el individuo; porque este para conocerla á despecho de su pasion, tiene que atender al rostro ó demostracion natural de sus semejantes. Y por consiguiente para que la ley natural hiciese fuerza, es decir, para sentirla pregonada en el corazon, para sentir esta su coaccion interior que llamamos el grito de la conciencia, era indispensable que la propension por no estar al reves de los demas, la propension por atenderles al rostro, y estar acordes, fuese el flujo, ó pasion natural mas fuerte; porque si tuviésemos algun otro flujo naturalmente mas fuerte, es claro que este nos daria la ley. El flujo pues por no estar al reves de los demas, ó, en otros términos, el flujo por consonar ó harmonizar con los demas es evidentemente el instinto ó principio cardinal de la moralidad.

Es cierto que los otros flujos ó pasiones

suelen distraernos por el momento, retrayéndonos de atender al grito de la conciencia ó desazon de ver contra nosotros el semblante de los otros hombres; pero en cesando el rapto de la pasion, en enfriándonos, en mirando nuestro lance con los ojos imparciales de los demas, la fuerza que estos nos hacen asumidos por imaginacion, nos desazona de nuestra conducta, y nos hace conocer en esta erupcion mecánica ó espontánea de toda la especie á la vez no tanto nuestro interes ó nuestra reflexion, como el destino forzoso de nuestra existencia y la voluntad despótica y poderosa de quien nos la diese.

El mismo discurso puede aplicarse á lo que llamamos buen modo ó decencia; pues las reglas de decencia, los estilos de crianza, y las leyes de justicia, todo procede de un mismo principio, todo tiene un mismo género de moralidad, y no hay otra diferencia sino la calidad ó cantidad de la coaccion.

El que viola las leyes de justicia, se acarrea la cólera y la venganza de toda persona imparcial: el que quebranta las reglas de la decencia, se acarrea el odio y menosprecio;

y el que falta à los estilos de crianza, se acarrea el desconcepto y la irrision, y si su falta choca con la dignidad y honra natural del agraviado, se acarrea tambien la venganza proporcionada en el pecho de todo el mundo.

Cólera, odio, desconcepto, é irresion, conforme son distintos movimientos en el que los tiene, así tambien hacen distinta impresion en aquel contra quien se dirigen; y esta diferencia de pena ó de sancion es la única diferencia que hay tanto en la coaccion interior ó fuerza de la conciencia del agente, como en la censura ó apódo moral del espectador ó del agraviado en cada caso.

Pero debe advertirse que en todos los tres casos de quebrantar la justicia, la decencia ó el modo, siempre la sancion parte del interior de los otros hombres; y el sacerdote de la naturaleza, tanto en los puntos graves como en los de ménos consecuencia, es bien el sentido de los otros hombres; pero su oráculo es el rostro indeliberado de ellos: ¡oráculo tremendo, que, sin truenos ni conjures, hinca de rodillas al déspota mas impune!

La pasion pues y los apetitos que desen-

frenarian al hombre los contiene el solo principio de su propension por estar harmonizado con los otros. Esta propension, por ser perene, puede llamarse gravitacion harmónica. ¡Sencilla naturaleza! Por una gravitacion hace familia una especie animal, conforme por otra gravitacion boltean en sistema los disparados carros de los planetas.

Si el flujo por no disonar de los demas es el instrumento de la moralizacion del hombre, tambien el flujo por tener quien esté á nuestro igual, el flujo porque nuestros movimientos interiores tengan correspondencia en el corazon de los demas es el móvil que nos impele á la sociedad, ó que, nacidos ya en ella, nos la hace mirar como el elemento de la vida. De suerte que la sociedad política no es efecto de ningun contrato espreso ni tácito, sino una erupcion espontánea é indeliberada, procedida únicamente de la propension natural á la compañía con nuestros semejantes.

Tantos males como se dicen de la sociedad, no hay quien tenga valor para dejarla, ni

ningun tirano pudo hacerla bastante desagradable para disolverla.

La soledad parece bien desde poblado, como el campo desde los balcones. Tal es panegirista de la vida silvestre, que no puede sufrir un mes de campo.

Todos los males son sufribles ménos el de estar á solas. Este es el mas penoso castigo para hombres y para niños. El salvage y el hombre del campo aborrecen la ciudad por hallarse ridículos en ella. En trage, en estilo, en lengua y en modales se diferencian de nosotros: si se nos interesan, nos reimos; y ellos, afrentados, huyen á su aldea ó á su tríbu, donde encuentran mejor liga. Propiamente prefieren la sociedad mayor á la menor, con la diferencia de ser mayor para ellos la que es menor para nosotros.

Creerse contentos en un desierto con la persona que mas se estime, es dicho para los rincones del amor, no para el teatro de la filosofía. La idea de la hermosura se borra en quitándole las contraposiciones que la constituyen, como la delicada flor que en la planta parece bien, y al ir á cogerla para

mejor gozarla, tal vez cae deshojada, dando su esencia al viento.

Los escritores que ingertan en amor propío las raíces del corazon, no ven, groseros, otro atractivo en la sociedad sino es la comodidad y conservacion. Nuestra reunion la representan como nacida, no de la propension á reunirnos, sino de la aversion reflexionada á las fieras y á la hambre.

¡Cuantos no pudieran llevarse las seguridades civiles y las servidumbres domésticas á un despoblado, y sin embargo es menester el furor de la venganza ó una especie de locura para ejecutarlo!

El equipage y las conveniencias no son grillos suficientes para aprisionarnos. Nadie gasta lujo y delicadeza á solas; y sin los ojos de los otros hombres valen bien poco las conveniencias.

Lo que llena el corazon de una persona es las otras personas. Los males los consuela la compañía: los placeres los aumenta la compañía. La principal parte de los gustos consiste en ver que los demas los tanteen en su

imaginacion, y nos acompañen en la alegría, ó bien nos hagan admiracion.

La hermosura del campo es relativa como todas; y sin la novedad, la singularidad ó la contraposicion no hay nada que parezca hermoso. Ninguna cosa tan hermosa como el sol y si nunca se pusiera fastidiaria pronto. La primavera es bien hermosa, y si todo el año fuese primavera, se estimaria poco: los paises donde tal sucede no son tan agradables como donde se goza la variedad de las estaciones.

Lo que mas nos atrae en los objetos del campo son los animales; de estos los que queremos mas son aquellos que se nos sujetan: los querríamos mas aun si tuviesen lengua para esplicarse con nosotros; se querrian mas si fuesen personas. Nada llama tanto el cariño de un hombre como los otros hombres.

Entre el interes que tomamos por un bruto y el que tomamos por una persona viene á haber una diferencia como la que se nota en la afinidad d elas partículas heterogéneas y la de las homogéneas. Por salvar á uno de nuestra especie matáramos todas las especies

animales, y no se nos hiciera desproporcionado el sacrificio. Al llegar al rostro de nuestros semejantes, sentimos una fuerza incomprensible que nos atrae; y esta como afinidad ó atracion es en el mundo moral, al modo de lo que sucede en el mundo físico, la causa de desprendernos de los otros entes y reunirnos. El pez nace destinado al agua, el ave al aire, y el hombre no se halla sino es en la sociedad.

Repitamos pues que el flujo por harmonizar es el impulso social, y la desazon de estar desarmanizados con nuestros semejantes es el móvil de la moralidad y racionalidad del hombre. Pero por lo que hace al objeto de este escrito, basta considerar ese segundo flujo en general como el principio que es de las reglas del buen modo, es decir, de aquellas prácticas que caracterizan la especie racional en cada periodo de la sociedad, y que, en medio de no tener razon antecedente alguna, son tan naturales, que pasaria por un irracional quien no les conociese la propiedad.

Todos nos sentimos con derecho al buen modo á pesar del necio dicho de los libros

del dia que miran como indiferente todo aquello que no hiere ni en la salud, ni en los haberes, ni en la libertad, ni en la conveniencia material. Ningun escritor ha considerado hasta ahora el derecho de trato. Sin embargo la igualdad ó desigualdad de este derecho es lo que constituye la igualdad ó desigualdad civil. El faltar al derecho de trato es una de las cosas que mas desazonan al agraviado; conforme al transgresor, cuando lo reflexiona, lo sofoca de vergüenza. Por lo contrario, el cumplir finamente con los modales grangea las voluntades, y tiene el mundo quisto.

Este derecho no es de la misma estension en todas las personas, sino que guarda ciertas variaciones bajo reglas fijas cuya naturaleza se esplicará bien pronto.

DIGRESION I[a].

Congruencia de la cortedad del periodo de la vida con el flujo porque nos hagan caso.

La presuncion de la mayor esperiencia y conocimiento, y la raíz honda de sus cuentas y costumbres hace punto en los ancianos el no dejarse corregir y el ser quejicosos á todo género de novedades. El adoptar las modas y los nuevos estilos, el deshacerse de su trage y trato por tomar el trage y trato moderno seria reconocer que aun necesitaban de correccion en sus ídeas acerca de la propiedad, comodidad ó elegancia; y así el viejo que se va mucho con lo moderno se acredita de tener poco juicio. Tambien la autoridad de los años da accion para vestir y tratarse casi como les dé la gana: y los ancianos que no usan de este fuero, los que se atienen rigorosamente á la moda, quedan tan desaforados y ridículos como aquel de ellos que tiene la debilidad de casarse ó hacerse el igual con una niña.

El vestido propio de lo ancianos, bien que en él luzca la riqueza, ha de ser un vestido cómodo y holgandero, el pelo postizo no deben llevarlo muy disimulado, su modo de presentarse no ha de ser violento ni estudiado; el lenguage que les cuadra es un lenguage pausado y de poco adorno : todo el porte de los viejos debe parecer animado de aquella frialdad que inspira, como suele decirse, el desengaño del mundo.

Pero esta cachaza esterior no procede tanto de tenerla interiormente, como del miramiento por el rango; ni la dejadez de la edad madura es de suyo mas virtud que la prolijidad de la edad lozana.

El ceremonial de la marchita clase, esto es, la frialdad de sus estilos y de su trato proceden realmente del calor por hacer viso; y si se ahonda un poco, hay mas presuncion en los ancianos que no en las edades inferiores.

Por lo mismo que se amortiguan las otras pasiones en que se cebaban los pocos años, la de hacer viso queda ménos distraida, se concentra y domina mas.

Parece que la esperiencia debe enseñar á poseèrse y disimular mejor los propios flacos. Pues á pesar de esta ventaja, el anciano es cabalmente quien ménos disimula su flujo por sobresalir, y de consiguiente lo tiene con mas fuerza.

Sin embargo de ser palpable que con los años no se abren tanto las luces como con el estudio, no hay viejo alguno que en punto de gobierno político y de manejo baje cabeza al mozo mas sobresaliente; y si este lo necesita, hiciera muy mal de empeñar con aquel ninguna disputa, y en no mirarse mucho aun en el modo del mero contradicirle.

Generalmente todo viejo es amiguísimo de mandar, y de que se le haga la vénia y acatamiento : en todas partes exige una deferencia excesiva, como si en el mundo no debiera de haber mas rango que el de las arrugas : siempre está con la palabra *esperiencia* en la boca, como suponiendo que el perder el pelo es el único modo de hacerse racionales; y no obstante quiere lo sean quienes lo conservan todavía. Por maravilla se le ve la cara alegre; siempre está tachando,

siempre reprendiendo y sonrojando con descaro, haciéndose lo aborrecible que conviene para que la muerte que se lo lleva nos haga no ahogarnos mucho de la pérdida,

En los viejos que llegan á edad muy abanzada, es corriente envanecerse de sus años, contarlos intempestivamente y hacer del Matusalen, diciendo, sin venir á cuento, que el tener la boca sin huesos les es una preeminencia mas rancia que una ejecutoria, y acompañando de *muchacho criatura*, y de gesto de menosprecio, cualquier otro bisabuelo que nombren y que no sea tan caduco como ellos: y se hacen una gloria de llamar ayer ó ante ayer el año de Añañita ó las guerras de Felipe V. Otros aburren ó todo el mundo con la gala misteriosa de la quebradura ó alifafe que les hace tal vez medio acertar la proximidad de la lluvia ó la mera mudanza del tiempo. Tanto puede el flujo por distinguirse, que hasta de las miserias y vergüenzas hace honra la edad que presume de mas juicio. Es mucha debilidad en unas canas venerbles estar ciegas de ambicion y ser alabanciosas en términos de no guardar

el miramiento y el decoro que es tan comun en la gente jóven.

Cuanto mas hábil es un jóven, tanto mas llanoy amable se hace, al modo que los hombres mas pudientes son los que visten un diario mas sencillo. El estudiante de mucho fondo hace alarde de ocultarlo, á no ser en ocasiones grandes, bien así como el magnate no envida su poderío sino en los casos de lucir. El que de ordinario relame mucho su estilo, ó menciona intempestivamente su carrera, ó hace estudio de términos facultativos, se acredita de estudiante adocenado, bien así como el que se mira la ropa ó hace asunto de sus pequeños muebles ó dijes, en vez de acreditarse de pudiente, vocifera en ello su informacion de pobre.

El de grandes talentos, fuera de las ocasiones solemnes, no luce sino es cuando se electriza y rompe en un torrente de ideas grandes y precipítadas que confunden al pedante que lo provoca. Entónces las espresiones salen estampadas en la valentía y en la soltura con que corta el pensamiento; y cada rasgo lo caracteriza con mas admiracion

por lo mismo de no producirse de pensado.

Los estudiantes de poco talento son descubiertos en el momento que se calientan. Por bien que hablasen ántes, entónces infaliblemente lo echan á perder. Estos tales en lo ordinario miden todas sus palabras, se escuchan cuando hablan, y en la misma sencillez postiza que quieren aparentar, y que tal vez deslumbra á quien sabe poco, demuestran su futileza y petulancia al buen conocedor.

No tenia Ciceron, ni con mucho, el fondo que le supone el erudito, pero pesado, escritor de su vida. Por poco que se atienda, se echa de ver que la afluencia de Ciceron no era afluencia de ideas, sino afluencia de palabras. Puede decirse que tiene verbosidad, pero no elocuencia, y así en toda traduccion pierde infinito. No hay oracion suya, cuyo contenido no pueda ponerse en el diezmo de papel sin perder nada de su claridad y fuerza. En sus obras son rarísimas las imágenes: prueba de la poca energía de sus conceptos; y así cuando quiere realzar una cosa, miente y adula. Bien claro se ve en

su retumbante elogio de Cneo Pompeyo.

Todo el que se alaba á sí mismo es por conocer no tienen mucha opinion de él los circunstantes : todo el que se alaba choca con estos, les produce un efecto contrario al intento de las alabanzas, y de consiguiente es un mentecato. Pues no se alaba poco Ciceron en la divinacion contra Cayo Verres, cuando dice sin sustancia y sin propiedad que desempeñó la Cuestura en Sicilia de tal modo, que les dejó á los sicilianos una memoria *eterna* y *diuturna* de su nombre. Y en la oracion por Archias tambien principia haciendo presentes sus propias habilidades para ponderar á su ahijado. Siempre que podia Ciceron, traia de los cabellos la ocasion para hablar de sí, al modo que las damas presumidas nunca pasan por el espejo sin darse alguna ojeada. El tratado *De oratore* parece escrito con solo el designio de recomendarse, ocupándose mucho en encarecer sofística y locamente la dificultad y la infinidad de ciencias necesarias en un orador, y casi nada ó nada en la directa esplicacion del arte. No sé si alguno de sus fanáticos comentadores ha

hecho la observacion, y si ha caido en la notoria malicia y vanidad del título.

Bien es verdad que los escritores romanos mas insignes solian pecar de alabanciosos. Lucrecio, sin embargo de su mucha agudeza, tiene el flaco de alabar él mismo sus versos, y no una vez sola en el cuerpo del poema. Horacio, tan sesudo como era, se cantó miserablemente en las odas *Exegi monumentum* y en *Non usitata*. Virgilio, siendo tan bondoso, parece que en su *Melibéo* se disfrazó bajo el nombre de Coridón para darse unos elogios desmesurados; mas valiera que los hubiese tributado á su maestro griego cuyas finas ocurriencias él lucía con la opulenta ropa que era su talento saber poner.

Salustio y Tácito tienen una elocuencia muy distinta de la de Ciceron. Brillan no solo por lo esquisito de los conceptos sino por el modo de casarlos, y por la brevedad de su espresion, vaciandolos de un modo que su espresion es mas simultánea, y consiguientemente de mayor efecto: no de otra suerte que en las potencias mecánicas, cuando se resumen todos los grados succesivos y

se descargan en un momento, como en el golpe de un martillazo, se produce un efecto incomparablemente mayor y se remacha un hierro que no cederia á los pesos mas enormes. Salustio pues y Tácito ponen las construcciones de un modo, que, ántes de ver la última palabra de cada una, no significan nada, pero esta última cierra y da idea de todo el concepto, procediendo de aquí la sorpresa contínua que se esperimenta en la lectura de estos dos escritores elocuentísimos.

Si se quiere palpar la infinita distancia de Salustio á Ciceron, no hay sino comparar las dos arengas de Catilina y las cuatro que Ciceron escribió en contra de él. En las primeras, que son de Salustio, la causa es mala, y en las otras es buena; en aquellas habla un sujeto de ninguna dignidad á un auditorio bajo; en las otras habla un consul Romano á presencia del senado: las de Catilina están dictadas por un historiador frio; y las otras por un interesado de cuya vida y honra se trataba. No obstante esta desventaja de circunstancias, es tanta la ventaja de la elocuencia de Salustio, que casi da lástima el ver

luego deslogrado el atentado de su héroe. Ciceron no sabe ni aun esplicar la cólera. Por mucho que llenen la boca aquellas espresiones del *Quousque tandem*, ó la flema del *Tandem aliquando*, y la machaca del *abiit, excessit, evasit, erupit*, no se descubre ni una sola cláusula de finura política, ni hay en las cuatro oraciones sino un alboroto frio.

Plinio, el del Panegírico, es breve y cortesano en las palabras, largo y poco fino en los conceptos. Su panegírico parece hecho absolutamente sin otro plan que el de arañar adulaciones para mantenerse hablando un par de horas. Horacio es quizá el mas elocuente de los latinos, porque á la brevedad y simultaneidad de la impresion añade aquella facilidad de casar las cosas mas distantes, y los felices epitetos ó graciosísimas digresiones con que caracteriza al paso cada cosa, dando á entender que no solo estaba en los por mayores, sino tambien en los mas pequeños por menores. Pero es menester confesar que el lenguage de Horacio tiene poca soltura por lo general, descubriendose en él la reflexion mas bien que no la vena.

Entre los poetas modernos, Gésner tiene una soltura como la de Píndaro y Anacreonte. J. J. Rousseau ha descubierto un estilo que no se conocia ántes. El vácia con decóro toda la intensidad con que le heria el pensamiento; y á pesar de su poca invencion y no mucho juicio, nadie ha tenido una elocuencia tan suelta, sencilla, fina y penetrante como la suya. De la espresion de J. J. á la de los otros escritores hay una diferencia por el estilo de la de Píndaro á Horacio.

El viejo erudito que llega á puesto de consideracion se hace un ente ridículo, llano y afable para cualquier hombre bajo, pero difícil y misterioso para los literatos y hombres de gerarquía. Es enemigo declarado de todo el que brilla por otra cosa que por habilidades. El trata con desprecio y con insolencia á los opulentos, no midiéndoles el valor sino por la aficion que tengan á las letras. Nunca se le cae de la boca el necio dicho de que nada vale sino la ciencia. « Esta, dice (como » Ciceron decia, con bien poca gracia, de las » humanidades) es el alimento de la moce- » dad, el recreo de la vegez, el realze de las

» felicidades, y el alivio y consuelo de las » cuitas : ella deleyta en casa, no estorba » fuera, acompaña de noche, y sigue en los » viages y en las romerias. »

No obstante esta injusta parcialidad, el corneja literato no sufre se celebre á nadie de su propio oficio sino á alguno de los que se le subordinan, ó de los siglos remotos que ya no puedan hacerle sombra.

Nada es mas curioso que la estravagante vida del anciano que se cree sacerdote de Minerva. El afecta un solemne abandono de todo lo que no son letras, y á consecuencia es liberal y generoso, y tiene algunas virtudes procedidas de puro vicio. Su sermon eterno es que en el mundo no hay sino dos clases : la de los ignorantes y la de los literatos : de estos él es el gefe : aquellos otros viven al modo de las bestias sin gozar la felicidad de saber el alfabeto de los Caldeos, las piezas de moneda en que fué vendido José, las pulgadas de agua del Mar Rojo, ó el número y hazañas de los insectos, ó el valor del pié Pirríguio, y mayormente la sarta de disparates que principiaron los filó-

sofos antiguos, y que han completado los modernos.

El viejo literato exterioriza su rango en uno como colmenar de grandes cartapacios dorados, alzados en trofeo de la carrera, y calados de registros, ó cataduras, ó mas bien de heridas que hizo á aquellos gigantes silenciosos, y cuyas cicatrices se dejan en anuncio del trabajo que se echó en sacarles las entrañas.

Tal deben suponerlo aquellos infelices aplicados que necesiten al anciano literato, mostrandole la envidia general que causa á los Potentados el tesoro de su erudicion que no son dueños de usurparle; y diciéndole que el mal del mundo es no tomar el aviso de él, y que los hombres no serán dichosos hasta que ó reynen los filósofos ó los reyes entiendan de ergos. Estas adulaciones no le parecerán tales por frecuente que se las repita. Tal los padres gratifican los elogios ó anuncios que el mendígo les hace de sus hijos; el enamorado sirve á cualquier insensato que pregona lo envidiable de la dama; y los militares se grangean la consideracion de

las gentes haciéndoles conversacion del atraso pel grado, del poco premio de un trabajo tan fastidioso como el de mandar estrepitosa y despóticamente á muchos, sin obedecer sino es calladamente á uno; no haciéndose tampoco el cargo de que, á ser mas fuertes los sueldos, el concurso de otros jóvenes mas granados, hábiles y pudientes les imposibilitaría los ascensos, y quizá les hubiera quitado su fácil entrada en la carrera.

Si tal adolece un viejo de cien años, ¿ qué génio, qué orgullo, qué insolencia no tendria un viejo de ochocientos ó mil años, que, ademas del grado de su eternidad, tuviera el apoyo patriarcal de cien mil descendientes suyos con el fuero paterno de abofetearlos en público sin riesgo de que se le revelen? ¿A qué monarca de la China, à quien la imensidad de millares de súbditos opulentos eleva poco ménos que al rango de los Dioses, se llegaria nadie con la deferencia y acatamiento que un jóven ante las aras de su ochentavo abuelo exaltadas con la humillacion creciente de 79 padres succesivos, y de una infinidad de venerables colaterales? Si con la edad

crece la rigidez, el flujo por mandar, y el espíritu de venganza ¿ quien habia de terminar la guerra entre dos familias ? Parece que el periodo natural de la vida humana es el único que cuadra con la libertad y felicidad del mundo; y que el mejor modo de hermanar los hombres es quitar del medio aquellos antiguos ascendientes que serian por fuerza los obstinados é inviolables caudillos de las familias, y, enemigos de lo nuevo, no permitirian adelentar la sociedad y sacarla de su primitivo estado salvage; de suerte que la mortalidad y la cortedad de la vida, que se miran como una miseria para el individuo, son parte absolutamente esencial en el plan de la naturaleza humana.

CAPITULO III.

Modificaciones generales del derecho de trato.

No corresponde un mismo trato con todas las personas. De unas se hace mas caso, y de otras ménos, segun que suponen mas ó ménos. Al que supone mas, se le trata con respeto, con cortedad, con acatamiento; se le da la preferencia en todo; uno le saluda ántes, y la salutacion es mas profunda. Si va á hablar, no interrumpimos y se presta mas oido. Conforme su persona nos parece de mas suposicion, así tambien de todo lo suyo se hace mas caso. Su agrado ó desagrado contenta ó mortifica mas: sus salutaciones y agasajo son mas apreciables. El gastarnos confianzas, el tratarnos con amistad es un favor que se mira como una honra. Todos procuran rozarse con personas de suposicion, y como que se les pega el viso de estas.

El trato con los inferiores es muy otro. Nuestra salutacion no es tan profunda como la suya, se espera siempre que ellos la hagan ántes, y el anticiparla uno se mira como una bondad. Al inferior se le trata con llaneza, con autoridad, suponiendo que él naturalmente debe ceder la primacía. Si cuando estamos hablando, nos corta la palabra, se mira como un atrevimiento. De la persona del inferior no se hace caso sino porque él lo hace de nosotros, de modo que el trato que le damos es un trato de correspondencia que á él le toca escitar, anticipando los oficios. En público nadie quiere acompañarse con sus inferiores, si no es que acompañen con respeto y deferencia en tono de inferiores. El acompañar como iguales, el no tenerse cortos, el no sufrirnos la autoridad, el saludarnos ó hablarnos con la confianza y desahogo que si fuésemos la misma cosa que ellos, sería un desacato, sería provocarnos. Delante de inferiores el superior lleva la voz: estos no secubren, ó se sientan, ó comienzan á comer hasta que el otro se les adelanta: adelantarse ellos pareciera muy mal, y se tendria por una injuria.

El distinto trato que, en igualdad de conocimiento, se da á cada uno es el criterio ó señal de su distinta suposicion, es decir, del caso que le hacemos, ó, en última resolucion, del distinto tamaño, esfera ó valor de que nos parece; debiéndose inferir de esta desigualdad de trato que no todas las personas nos parecen iguales.

Así los azares ó las dichas, las mugeres y los hijos, y hasta los criados y las pertenencias de los de mas esfera parecen cosas de mas consideracion, y se miran como mas importantes en el mundo. Y consiguientemente si el grado de las cosas es el que natural y espontáneamente les da el género humano, deberémos concluir que las cualidades estrínsecas son un título que naturalmente desiguala á los hombres, es decir, que los hace de desigual suposicion, de desigual valor: de desigual dignidad, de desigual esfera.

Las desigualdades primordiales del mundo son las que proceden de la edad y del sexo. Pero el límite de las desigualdades, es decir, el punto fijo por donde graduarlas es la igualdad. Esta, para no suponerla arbitra-

riamente, la considerarémos en la amistad perfecta, porque la amistad iguala conocidamente y sin contradicion de nadie.

Al amigo, del mismo modo que se le dispensan los derechos de justicia, esto es, los haberes y las facultades, se le dispensa tambien todo lo que hay de incómodo en los derechos de crianza y de decencia. Estos derechos los pregona la naturaleza en el corazon de cada uno para asociar la especie y contenerla en los límites que á ella le convienen y cuya conveniencia ignora el individuo. La amistad asocia mas que todo, y hace que el amigo tenga en el corazon la conveniencia del amigo: la amistad suple por aquellos derechos, y si todos fuésemos amigos, no habria necesidad de derecho alguno.

Al muchacho se le tutea, se le trata con autoridad, y se le hace tener respeto. El estar con muchachos ata muy poco; nos hallamos entre ellos con casi el mismo desahogo que entre irracionales ó á nuestras solas; si nos contenemos en algo, es por el ejemplo, y el derecho que les reservamos tiene mas de compasion que de otra cosa. Al muchacho no

se le saluda como no sea de cariño. No se gasta con él cumplimiento alguno.

Al contrario los muchachos no se sienten tan libres con nosotros como ellos entre sí. Un niño no ata con los ojos á otro niño; se vuelven mirada por mirada, y la cosa queda igual. El adulto lo confunde con mirarlo hito á hito. Y no se diga que el apocamiento del muchacho procede de miedo á las fuerzas del adulto; porque el carácter del apocamiento de miedo es quitar los colores, y el apocamiento que los saca, como es el del muchacho, es apocamiento de respeto: conociéndose bien así la desigualdad de entrambas clases. Confírmase la dsigualdad con que en el adulto son afrentosos los resabios de muchacho, y y al reves la vanidad de los muchachos es por hacer del hombre.

La clase de los ancianos es superior á la de los jóvenes. Delante de aquellos los jóvenes se sienten atados y llenos de respeto, no usando con ellos la llaneza y la confianza que con los iguales, y dando gustoso mil libertades á la augusta edad.

En las sociedades salvages la edad hace

rango : los menores llaman á los mayores de *padres*, estos á aquellos de *hijos*, y los iguales se dan el tratamiento de *hermanos*. En España al que no tiene mas rango que el de la edad, si es de la nuestra, le hablamos de *amigo;* si hombre maduro, de *tio*, y si ya muy anciano, de *abuelo*. En Inglaterra, pais mas nuevo, se dice tadavía con ménos finura *madre* en vez de *tia*.

La desigualdad por el sexo es tan osbcura y disputada por lo intrínseco cuan conocida y palpable es por lo esterior. A proporcion que los pueblos se cultvan se diferencia mas el trato de la muger del trato del varon; originándose de aquí muchas cuestiones reñidísimas y nunca decididas en órden al destino, esfera y trato natural de la muger.

Quizá ninguna cosa se elogia y se critica con el estremo que el bello sexo. Para los célibes no hay ocupacion tan gustosa como la de obsequiarlo : los que no lo son y los que pican de serios si bien le guardan la cortesía, tienen fllujo por murmurar de él. Segun estos la muger es la peste, segun aquellos, la gloria de la sociedad.

Tampoco están de acuerdo los escritores. Los unos predican tenerla punto ménos que en un silo los otros desnuda por la calle á la merced de todos. Hay quien recomienda su consejo, y hay quien la hace irracional.

No son los de ménos crédito los de estas estrañezas. El célebre legislador de Lacedemonia se propuso cortar los amores y el predominio del bello sexo, estableciendo tal rigor en el matrimonio, que ni se hiciese por eleccion, ni cohabitase luego á lo público. Platon, que mereció el apódo de *divino* fué indiferente para las mugeres en términos de idearles una licencia sin límite con todo hombre, y que turnasen en los oficios varoniles indistintamente, sin esceptuar el de las armas. Algo mas zeloso (por su confesion propia) el filósofo de Ginebra, no obstante truena mucho contra los amores que escedan de lo animal; y el trueno de su elocuencia aturde cada dia mas el mundo. El poeta Ingles, que se hizo célebre fuera de su pátria por lo que escribió del hombre, habló luego con tal ménosprecio de las mugeres, como decir que no tienen ninguna sustancia en el carácter;

peor aun que los que opinan que la muger es un libro tan raro, que cuanto mas se versa, se entiende ménos.

Parece difícil apurar un asunto disputado así de los hombres grandes, ó conocer en la poca edad lo que no alcanzaron los mas maduros. No quisiera se atribuyese á presuncion el dictámen que se va á dar del instinto de la naturaleza en órden al bello sexo, sus fueros y su trato.

CAPITULO IV.

Del desigual trato de entrambos sexos.

El distinto trato de los sexos se funda originalmente en la distinta impresion que se hacen el uno al otro, y en la distinta fuerza corporal de que están dotados.

La pasion del hombre.

Nosotros no podemos tocar la muger sin sentirnos en algun modo influenciados del sexo, á la manera que los animales mas bravíos, en llegando à sus hembras, se desarman por instinto.

Nuestros amores no admiten ni rival ni compañero: en hallando lo segundo, embravecen lo que halagaban; el hombre se hace una fiera; no se sácia de sangre, abrevandose de la suya propia.

Violentada que sea una muger sin su consentimiento, la infeliz se hace aborrecible del marido: él se siente degradado, sin que

ni en su concepto ni en el de nadie la integridad de la conciencia pueda subsanar el azar del cuerpo.

La soltera que se entrega libremente á uno, contrae para todos los demas una mancha que no se quita; siempre, como suele decirse, tiene porqué callar. Tan delicada es la pasion del hombre.

La razon condena estas delicadezas, pero la naturaleza las inspira por unos fines tan sábios al parecer, que no podria subsistir el mundo, si la pasion del hombre no estuviese bajo de esos términos.

Qué el bello sexo nos excite maquinalmente la pasion es tan necesario, como que, sin ella, nos seria indiferente tener hembra de nuestra propia especie ó de especies agenas.

Los zelos son tambien absolutamente necesarios, porque, sin ellos, nadie se cuidaria de escluir á los demas en el logro de los amores, ni tampoco se aprisionaria por una muger determinada, así como nadie gasta su calor natural en hacienda que esté á discrecion de otros. Los hijos se mirarian con frial-

dad y con desagrado desde los principios, al modo que los hijos de casa agena, y bien pocos padres sufrieran la larga impertinencia de criarlos. No habria educacion ni familias: los hombres carecieran de las obligaciones que los sujetan, é, indómitos como fieras, no reconocieran fácilmente otras leyes que la fuerza.

Frialdad natural de la muger.

La muger está organizada de otro modo que el hombre en órden á los amores.

La hembra, por principios mecánicos bien óbvios, en ninguna especie necesita sentir tan vehementes estímulos como su compañero. No solo no los necesita, mas tambien parece que no los esperimenta, porque si los esperimentase, mostraria de antemano el frenesí de aquel, ó tiene tal vez algun instinto que la contenga del anhelo.

El personal del hombre hace poca impresion en el sentido de la muger. Nuestras veleidades son rarísimas en ella. Le es estraño, le es desnatural, le es bochornoso, desmerece de ser la primera en los avances; y

el despagarse ella de una figura ridícula, es mas bien por la afrenta de ludirse con un mueble tan fuera de todo estilo.

Por mucho que la muger se arrebate de un hombre, por clara que le vea á este la pasion, y por segura que esté de su buen fondo y consecuencia, siempre se avergüenza de parecer fácil. Resuelta ya, y confesada la resolucion, son del decoro todavía las dilaciones. Aun en una amistad ó matrimonio largo nunca las dificultades de la muger desagradan seriamente al hombre de entendimiento. Los animales mismos como que respetan la frialdad de la hembra, pues á pesar del fuego que los devora, no se embravecen contra ella, ni desisten fastidiados de la resistencia. En los hombres algo libres es tan corriente decir que si ellos fueran del otro sexo, no guardarian sus escrúpulos y delicadezas, como en las mugeres el negarlo: prueba del distinto interior de entrambos sexos en esta parte. La oda primera de Sáfo solo es propia de una muger tan escandalosa como su autora; y Teócrito, á vueltas de su finura para tratar los amores del hombre, tuvo poca dis-

crecion para tratar los amores de la muger. Irrita en el Bucolista ver à las doncellas rondando á aquel záfio pastor, cuya brutal vanidad consistia en tener velludo el pecho.

Tampoco los zelos de la muger tienen por objeto lo material de la infidelidad, sino el ménosprecio que esta arguye ó el apartamiento que amenaza; y así toda muger perdona los deslizes en que no hay lugar á estas consecuencias.

Los amores de la muger no se dirigen á lo esterior, sino á lo intrínseco, ó á los conotados de la persona. Y lo que dice el autor de la Novela mas larga, que se conoce, que el hombre de talento no da su mano á muger que titubease un momento en preferirlo á un emperador, es un error muy claro. Bien que la nacion inglesa, como mas novicia, no tiene todavía en punto de amores mucho voto. Algo mas sesuda la nacion española tiene por refran « la muger es de quien la trata. » Aunque sea poco recomendable el personal de uno, aunque á primera vista le repugne á la muger, la pasion, la humildad, la discrecion y la constancia al cabo consiguen el

triunfo. No le sucede lo mismo al hombre. Si le repugna el personal de una muger, cuanto mas oficiosa se le muestra, tanto mas le aumenta la repugnancia. Tampoco vemos que ninguna muger de juício se prende de quien no lo merezca; y es frecuente en los hombres de mas entendimiento perderlo por una loca. Pocas enamoradas tienen estravíos, y raro enamorado deja de tenerlos.

Ni puede decirse que este juicio natural en los amores y conducta de las mugeres proceda enteramente del instinto separado que llamamos pudor, sino principalmente de la frialdad, es decir, del poco sentido al personal del hombre. Porque si nuestro personal le hiciera á la muger la misma impresion que el de ella á nosotros, el pudor podria retraerla de ser fácil, pero se le conociera en todos los ademanes una impresion como la del amor, que es bien dificil de ocultar.

Esta frialdad natural de la muger era muy necesaria para tener quietos los zelos del hombre. ¡Desgraciado aquel cuya consorte no hubiese tenido mas motivos que los sen-

suales para quererlo! El casado guarda juicio porque todas le huyen sino las que ó lo degradan ó lo arruinan. No está en ese caso la consorte; no la huyen los solteros; y por hermosura que él tenga, la facilidad y la costumbre á todo lo material le quitan el realce.

Pero la costumbre de juzgar el corazon ageno por el corazon de uno mismo ocasiona dos errores contrarios en los sexos.

La muger, no esperimentando interiormente el calor y los voraces zelos del hombre, no puede formar tanta idea de la ofensa del adulterio como él. Por esto las mugeres tienen ménos horror y mas facilidad en hacer oficios de tercería, y les es natural la insolencia de decir que ¿porqué se ha de castigar con mas rigor la infidelidad del un sexo que la del otro? Esta ocurrencia seria funestísima, si las mugeres tuviesen fuerzas corporales para poderse apoderar del mando.

Los hombres tambien juzgando los movimientos del corazon de la muger por los del suyo propio, no pueden hacerse cargo de que la pasion de aquella sea distinta de la de ellos

mismos; y, á consecuencia, le atribuyen el mismo objeto y la misma voracidad. Y así es general en los hombres el bárbaro deseo de deshabituar la frialdad y el pudor del bello sexo, sofocándolo con la ruinosa idea de infundirle la desvergüenza del nuestro.

Algunos ignorantes se van al otro mundo quejosos de que sus mugeres nunca les fueron hombres, y atribuyendolo ¡mentecatos! á falta de cariño. Otros maridos de génio terco no se fían hasta que las vencen con mucha guerra: hasta entónces no dejan su honra en mano de la muger; entónces le dan anchura, entónces le entregan la honra; se la entregan cuando le quitaron las fuerzas para guardarla, y cantan vitoria en el momento de consumar su pérdida.

Otros creen que la muger, desde que se casa, les tiene ó está obligada á tenerles pasion sensual como la de ellos. A consecuencia, cuanto les dicta á ellos su ceguedad sensual otro tanto suponen le cuadrará á la muger; y desde el primer dia los vemos coserce con ella, comer quizá y beber en un mismo plato y vaso, estarle hechos unos con-

tinuos sombras ultrajándole el pudor, y haciendo como ostentacion de sus miserias y defectos, sin guardar respeto, ni siquiera cortesía. El que se nos interna muy de repente; tomándose mas confianza que la que corresponde á los antecedentes, se mira como un mentecato ménospreciable. La infeliz muger calla y sufre los fastidios y suplicios por prudencia; pero aquel furor de confianzas y licencias que, empleadas poco á poco, y quedándose siempre cortas de la voluntad de la muger, se recibirian bien y le fomentarian insensiblemente la pasion, la espantan y le concilian el mayor fastidio y aborrecimiento, sin quedarle en el corazon sino el miramiento del interés y de que ya es forzoso acomodarse con aquel indiscreto marido. De esta suerte un corazon que, bien conllevado, seria noble, se hace un corazon bajo y dispuesto á sacrificar el placer y el pudor por el interes, pues que con solo este vil título el marido se erige en déspota absoluto de su cuerpo, libertad y sentidos.

Otros todavía, por tener la fuerza, suelen ser poco amigos de contemplaciones. Pero,

acostumbrada la muger á recibir inciensos de todos principalmente del mismo marido cuando soltera, hállase chasqueada del matrimonio al ver que las cosas mudaron de semblante, y que aquel hombre tan rendido, tan humilde y tan allanado á cualquier partido, vuelve sobre sí, principia á tomarse fueros, se hace dueño de toda la casa, escudriña y dirige hasta lo mas minimo, sojuzga, pérfido, á aquella á quien juró con lágrimas ser su esclavo, y, con pretesto de quitarle ocasiones, le niega ó le regatea el gusto en cosas que no siendo de sustancia para nosotros, son muy sustanciales para el sexo. Las desdichadas doncellas, faltas ordinariamente de edad y de mundo, no tienen aun alcances para discernir y graduar al hombre, creen tal vez discreto y fino al que en el fondo es un záfio, y caen del engaño cuando ya es tarde.

El hombre de poco talento no tiene que aspirar sino al capricho de una loca, ó á ser infeliz con una muger de bien. El marido que trata con decóro á su consorte, al mismo tiempo de robarle el alma, infunde tal res-

peto, que cuanto mas franqueza da, mas contenidos hace á los solteros; en conociendo estos falta de delicadeza, es decir, en viendo ademanes de fuerza, autoridad, derecho, suponen naturalmente apartado del marido el corazon de la muger, y se hacen adelantados; y si la muger llega á verse ajada, piensa por venganza lo que no le ocurriera por inclinacion.

Estas son las causas del vicio de las mugeres. Fuera de estos casos, la muger que no necesita á nadie, por maravilla deja de ser fiel, conforme la que, recibiendo mal trato, se acostumbra al vicio, y lo deja difícilmente.

Sujecion y fuero de la muger.

Esplicada ya la diferencia de la impresion mútua de los sexos, es bien fácil esplicar la sujecion del bello sexo, el trato de urbanidad que disfruta en los pueblos cultos, y el igual partido que, á pesar de su inferioridad de fuerzas corporales, halla en el contrato matrimonial.

Si es cierto el verosímil pero improbable

principio de que en la naturaleza no hay nada por acaso, debemos inferir que la pasion del hombre no es dada con solo el intento de la propagacion de su linage, sino que tiene algunos otros respetables fines; pues por lo que hace á la propagacion, no se necesitaba aquel fuego perene que desvive al enamorado, mas era suficiente una pasion ó periódica, ó que dependiese de la alteracion física de la hembra, como suele suceder en los animales, propagándose mejor por eso mismo.

El primer efecto de la zelosa pasion del hombre es estar á la mira de la muger, tenerla recogida, y consiguientemente domiciliarse él mismo. No sosegáran los zelos en los pueblos cultos, si las mugeres tuviesen nuestra educacion, oficios, y vida libre.

Pero seria vano el intento de tener recogido el bello sexo, si al nuestro no le asistiesen mayores fuerzas corporales.

Los zelos inspiran sujetar la muger hasta hacerle físicamente imposible la infedilidad; y en estos duros términos la sugetan los poderosos en los pueblos bárbaros.

La muger pues, siendo independiente de

suyo, se hace independiente por escitar la pasion y los zelos de un ente mas fuerte; así como el animal pequeño, por tener ménos fuerzas, recibe la ley del animal grande.

No le queda otro amparo á la muger sino es su frialdad, su atractivo, y la contrariedad mútua de los hombres.

El hombre ama hallar cariño en la muger, pues, por bien que le cumpla esta, no le llena el pecho si el cumplimiento no procede de pasion. La pasion en la muger no se escita con lo sensual, ni con oro, con amonestaciones, ni con dádivas, sino con el amor y con el buen trato. La frialdad pues de la muger la ampara de la tiranía del hombre. La frialdad le da una ventaja por el estilo de la del que vende sin necesidad y se puede hacer de rogar. Cuanto mas fria está la dama, tanto mas le da la ley á aquel que se le apasiona; así como aquel que vende, cuanto ménos ganas tiene de vender, tanto mas alto precio saca. Tambien á proporcion que está mas apasionado el hombre, mayor partido ofrece, así como el precio mayor lo da el que tiene mas ánsia de comprar. En suma la frialdad de la muger

balancea las fuerzas corporales del hombre; y si al bello sexo le fuera dado apasionarse como el nuestro, nos estaria en la mas estrecha servidumbre. Por lo contrario, si teniendo la frialdad que tiene, estuviera dotado de mayores fuerzas corporales, claro es que seríamos nosotros entónces los esclavos.

El atractivo de la muger tiene mil puntos por donde cautivar al hombre. No hay nada en el cuerpo de ella que á él no le despierte el ojo: el mas mínimo elemento suyo puede embriagarlo de pasion. Unas veces le atrae el rostro, otras una faccion sola, el talle, el cuello, el brazo, la mano, el pié, la voz, las gracias, el cabello y aun el modo de prendérselo. Nada es mas incierto que el tiro que nos hace la muger. A haber en esto reglas fijas, no se pudieran avenir los hombres; todos se decidieran por la misma persona, y ó estuvieran en guerra, ó cayeran á la par esclavos de una muger sola.

En cualidades pues tan imposibles de definir como los atractivos, todas tienen campo abierto para pretender la primacía, ó por lo ménos para hacer figura. Tal sucede con los

militares y los letrados por disputarse tambien unas cualidades difíciles, aunque no tanto de graduar.

El mérito del parecer, á pesar de ser una cosa sin fundamento á los ojos de la razon, es un asunto de la mayor suposicion para la muger; es una cualidad tan séria para quien la posee, como solicitada y comprada caro.

Valuar pues en esta parte las mugeres ménos de lo que ellas se valúen, es como hacer de uno ménos caso que el que crea corresponderle, es una ofensa grave que no se perdona facilmente.

Por fea que sea una, hay pocos quince años feos, y aun para los que lo son hay muchos hombres de mal gusto: pocas de esa edad carecen de apasionados que las tengan por las mejores del mundo; pocas hay que imbuidas desde entónces de su mérito sobresaliente, no sigan conceptuándose mas de lo que son. Todas pues presumen; y la presuncion de la muger dimana de las adoraciones del hombre apasionado; dimana, en suma, de la mayor pasion que el bello sexo escita. Los hombres presumieran tambien si

le hiciesen tanta impresion al bello sexo como este les hace á ellos.

Por tanto para no ofender las mugeres, para no chocarles su concepto propio, es menester suponerlas mayor mérito del que nos parezca, mostrarles mas agrado del que nos infundan, y, á consecuencia, estarles deferentes y serviciales, bien en algun modo como cualquier galan se lo está á su dama.

No guardar este tratamiento lisongero seria desaprobar en su cara y condenar por locos á los apasionados ó consortes de cada cual: raro hombre culto quedara por encerrar si no usásemos la lisonja general con las mugeres; y el bello sexo se abismaria de vêr que no se le apasionaba sino algun loco.

La cortesía pues que de nosotros exige el bello sexo en los pueblos cultos depende originalmente de la política ó buena armonía que entre nosotros tenemos que gurdar los hombres; y consiguientemente no envuelve de parte de la muger ninguna mira injusta ni amorosa, cual seria la de que la adulasen seriamente, ó la de tenernos verdaderamente conquistados, sino limpiamente la mira de

que le tributémos el agasajo, la condescendencia y la distincion política que para su consuelo y nuestro propio bien le destina la naturaleza; cuya mira está tan agena de todo vicio, que las mismas damas que, á fuerza de méritos y de tiempo llegan á estar frenéticas de pasion por uno, exigen de los demas la cortesía; y los zelos fiscales delgadísimos como son, no le encuentran nada que morder, mas ántes se envanecen de que el objeto, que los tiene alerta, parezca por la demostracion de todos bien valer la pena.

Congruencia de la cortesía con el bello sexo.

La principal parte de aquella cortesía es no posponer á las claras una dama á otras. Esto que seria una vanidad notoria si el atractivo estuviese sugeto á reglas fijas, tiene unas utilidades morales muy grandes.

En virtud de la presuncion de las mugeres, el que se señala con una se acarrea el tédio y la murmuracion de todas; y así la presuncion del bello sexo hace contenido al hombre.

Por el mismo principio, el que hace dis-

tincion duradadera, el que se casa, en el momento de hacerlo puede despedirse ya de las demas, seguro de no ser bien recibido sino es por interes ó por cumplimiento; forzándole así la naturaleza á recogerse con su muger y á ser mejor marido.

A causa de presumirlo todas, ninguna muger se une de corazon con otra sino es con la que no está en edad ó en sazon de presumir : las demas son rivales mútuas, bien así como los de un mismo oficio, ó como los candidatos de un mismo puesto. Con lo cual, ahuyentada de su sexo, la muger inclinase al otro, haciendo así la sábia naturaleza que proceda de miras políticas una inclinacion que arruinaria al bello sexo si le proviniese de estímulos sensuales.

Esta es la congruencia y este es el orígen de la sujecion y de la distincion del bello sexo. Véamos ahora como, en virtud de la pasion del otro, adquiere un partido de igualdad perfecta en el matrimonio. Este será el asunto del capítulo siguiente.

CAPITULO V.

Como la desigualdad de la pasion iguala el contrato de los sexos.

Cuando se trata de la pasion amorosa, no debe confundirse la sensualidad con los amores, el gustar de una mugerc on el quererla. Un hombre puede ser muy sensual, y no haberse enamorado nunca. La hermosura y aun el mero sexo de la muger excita el corazon del hombre, pero no siempre lo fija, es decir, no lo arrebata ácia una hembra determinada, en terminos de quitarle el pensamiento con ninguna otra. A un mismo tiempo puede haber sensualidad con muchas personas, pero no puede haber amor si no es con una sola.

Al acercarse uno á la que meramente le gusta, el agrado y la sonrisa acuden al instante al rostro, los ojos se electrizan suave-

mente, el pensamiento discurre listo, y el hombre mas tosco se hace elocuente.

Pero cuando se presenta el semblante de la que penetra de veras, pasa por lo interior como un rayo indefinible que trastorna enteramente; el hombre se melancoliza; los ojos se le fijan encendidos y llenos de pavor en el objeto, como anunciando, involuntarios, el alto poderío que le reconocen: no se esperimenta entónces estímulo sensual, sino al contrario, un sumo apocamiento de respeto: las palabras no acuden á la lengua: el mas despejado titubea, enmudece, se atribula de cada vez mas, hasta la ocasion de rendirse en lágrimas reprimidas y en razones mal formadas al sereno objeto, el cual, si carece de esperiencia, se espanta y ríe de ver que tan fácil arranque las existencias. A cada vista se aumenta la pasion, y el hombre ó está á pique de enfurecer si no pone mucha tierra de por medio, ó logra se le acepte el escaso sacrificio de mil vidas y libertades que tuviera.

Aceptado este, se aprende lo que es amor. La vida que huía, se fija y toma una esten-

sion nueva. El corazon se aposenta por imaginacion en ojos, en manos, en piés y hasta en las pisadas de la querida. Cuanto fué tocado de esta le renueva á aquel maquinalmente la impresion, y se le figura con otro lustre: el ayre hace el respirar mas blando; el sol luce mas alegre; los campos reverdecen; toda la naturaleza acompaña en la adoracion al fino amante: hasta las cosas que carecen de sentido se le antoja vienen á disputarle el logro, y no muere su zozabra hasta obtener un juramento irrevocable de ser el único querido para siempre.

Al transigirse este ajuste, parece que la ventaja esté de parte de la muger, porque ella no necesita todavía al hombre, y este no puede ya vivir sin ella. Pero como el poderío de la muger no tiene otro cimiento que el éco que le hace á su amante, se ve forzada á darle una ley que no le aparte el corazon de él; y así, respetándole los zelos, se conviene en no ser nunca para nadie sino para él solo. Este es el contrato á que propenden los amores serios. En él los zelos del hombre enfrenan la tiranía de la muger; y la tiranía

de la muger enfrena la liviana voltariedad del hombre. Los zelos pues del amante le hacen gravitar ácia el matrimonio, como á su centro de reposo.

Contrahido este, los oficios y la compañía engendran ó acrecientan el amor en la muger, porque labra tanto en los racionales la compañía agradable, que las piedras mismas, que la diesen otros años, enternecen de agradecimiento cuando se vuelve á ellas.

El cariño del hombre tambien se arraiga y toma con el logro un progreso rápido. Cuanto ve ó discurre, otro tanto lo refiere ácia la querida; él le asume por la imaginacion el cuerpo y los sentidos, con estos lo ve y lo palpa y lo mide todo, cualquier cosa de mal ú de bien, figura que le hará una impresion inmensa al delicado ente, y ya que no puede desertar vivo al interior de este á participar sus bienes y sus males; desierta de pensamiento, y le está hecho un perpetuo como torna-éco: por cada sensacion que aquel recibe, él esperimenta ciento; y sus propios gustos ó disgustos, su existencia misma, no le es importante sino por la relacion que

tenga con el adorado idolo. Se queda corto el dicho de que la alma del amante vive en el cuerpo de la querida.

La perseverancia, la discrecion y la finura del marido acaban de decidir al fin la pasion de la compañera. El agradecimiento le arranca todo aquello que hace beneficios. El arbol que diese sombra ó recrease con su pompa, agrada verlo; la casa ó choza que albergase, da congoja si luego se ve caida; un mero mueble que haya servido tiempo, como que hace duelo deshacerse de él; y la tabla que nos salvase de un naufragio, se guarda religiosamente como un sagrado. Si esto mueven las cosas que carecen de intencion ¿ qué será el racional que con pleno conocimiento se sacrifique por abrumarnos de beneficios á tiempo sin mas interes que el de agradarnos? ¿ qué muger, aunque en vez de tener la ternura de su sexo, fuese de bronce, no habia de ablandarse por un alma noble, por un rendido, por un amante humilde que coloca su felicidad en hacerla á ella feliz á costa de sus entrañas propias, que se desvive discretamente y con alegría, que se goza de pu-

drirse en el pecho los suspiros y las ansias del amor por no incomodarla, y que aun los cortos premios, cuya confianza le lee en el rostro, no acude á recogerlos sino es con mucha timidez de fastidiar, y con aquel apocamiento de respeto que le infunde el idolatrado objeto de sus amores, y que de justicia se debe á un ente que le parece en cierto modo como el supremo, por el fácil poderío que tiene de trastornarle la existencia ?

La muger pues se apasiona al cabo, tambien llega á asumirle por imaginacion el cuerpo y los sentidos al amante, se hace como torna-éco de él, y recibe de rechazo las sensaciones que quizá de suyo no supiera.

Llegado este caso y ciega ya la muger, no admite tantos sacrificios del hombre, quiere ella ostentar los suyos, y á poco tiempo quedan iguales los oficios sobre poca diferencia; y este es el periodo peligroso para el bello sexo, peligroso sobre todo, si el hombre no está atado con un nudo indisoluble. Como el hombre suele apasionarse á primera vista, deja tal vez un amor por otro, en hallando casualmente quien le haga impresion.

Toda muger que se apasiona al modo del hombre, si está libre su amante, cae por lo general esclava de él para esperimentar luego un desengaño. Es indiscreta la que no se hace desear y no tiene bien corto á su amante libre. Lo único que se necesita para sujetarlo es serenidad y dureza, despreciando altamente las amenazas. La dureza oportuna nunca hizo quebrar el cariño serio. Si el hombre quiere de veras, bien quisiera no estar sujeto, pero tiene que morder el freno. Sus protestas y amenazas son mentiras, cantan ellas mismas la pasion. Algunos retienen la cólera, y se hacen los frios, pero pronto se descubre la estratagema; y si la muger entónces se mantiene firme en la frialdad, primero se ensoberbece, luego acude á sus piés el hombre. Si el bello sexo culto, conociendo su poderío, tuviese nuestras entrañas duras, por bravo que fuese el hombre, tendria que estarle á la cadena.

La época de la succesion, en vez de entibiar, enciende mas al fino enamorado. Lo que la muger pierde en lo material al hacerse madre, como que es una pérdida causada por

el hombre mismo, le mueve doble á lástima; y si por un lado la compañera se va ajando, por otro le deja renuevos frescos de sus propias carnes. Los hijos, muestras ostentosas de las escondidas y, en el dictámen del amante, envidiadas dichas con la madre, envanecen el pecho del padre; los trazos vivos de la imágen, ó el mero ser pedazos de aquella, lo arrebantan de cariño; y el sentir empeñada la preciosa sangre en librarle del imperio del olvido su persona propia, le hace alborozarse agradecido en los escuálidos despojos que escapasen por fortuna á la fatiga de los meses.

Hasta coger esta prenda no se sacia la vanidad natural del hombre; pero, cogida ya, el pecho se le despeja, el capricho se muda en reflexion, y la pasion pierde de su voracidad, ó se volviera loco el hombre de sobrecargarla con los hechiceros grillos que la substituyen; y cuanto mas fino amante principiase el hombre, tanto mas gustoso aplica el ombro al peso de la familia.

¡Qué dicha la del hogar mediano, pero fino, vivido y fructificado del amor! Allí,

sin amonestaciones ni resguardo, los consortes están olvidados de pura confianza y como insulsos de cariño; sus tiernos semejanzitas asidos de ellos; la entrañable condescendencia reina en medio; y los títulos de padres entonados á cada instante, mecen el pecho en inesplicables glorias.

A proporcion pues que la pasion calma, la naturaleza echa otros cordeles mas fuertes, mostrando desde el principio hasta el fin un conato decidido porque el vínculo del matrimonio subsista y crezca hasta la muerte. Ni aun esta separa enteramente; quedan identificados en la prole padre y madre.

La gente de poca esfera suele incurrir en la bajeza de pedir correccion contra la muger, pero nunca piden el divorcio, y mucho ménos descasarse, ni aun en los pueblos donde se consiente esta corruptela.

La guerra de nacion con nacion es mala, la guerra civil es mas mala, y la peor guerra de todas es la casera. Ningun enemigo tan cruel como el que fué amigo. Todo convida en el matrimonio al amor, todo lo retrae de romper en guerra.

El divorcio escandaliza, y á ningun marido le hace honor el solicitarlo, aun cuando sea demostrable el motivo justo. Mas vale pasar por hombre de demasiado buena fé que solemnizar uno su deshonra.

En los matrimonios tempranos la docilidad de los años suple por la reflexion, congenian facilmente y se llevan bien.

Para el que se casase adulto, cualquier cosa es mejor que acreditarse de tan poco delicado como haber tomado una muger conocidamente mala, ó carecer de partidas para formarla bien, porque hasta las alimañas se domestican y siguen nuestra voz con una blandura juiciosa.

En los matrimonios que se hacen por razon de estado, el grito de la naturaleza es tambien por el vínculo perpetuo. No se le puede negar á una señora de honor el fuero de toda muger comun.

Toda contrata temporaria ó por el tiempo de la voluntad, es afrentosa para la muger. Esta queda desmerecida, porque aunque no haga intencion de unirse luego con otro, es afrenta en el concepto del mundo el tener

impedimento moral. Nadie sino el que está ciego de pasion quiere por muger á quien haya tenido conexion á las claras con ningun viviente, y si la embriaguez de la pasion le hace resolverse, no es sin mucha afrenta suya. A buen cierto que no gustará verle la cara al compañero fatal, aunque fuese su propio hermano. ¡ Que honra en una matrona ir voltaria de contrato en contrato, franqueando à unos y á otros aquello que la naturaleza le enseñó recatar desde la niñez, y que solo deja de sacar los colores á fuerza de distraerse de pasion! ¡ Qué ejemplo para los hijos é hijas el de unos padres livianos, mudando cohabitacion como viviendas de alquiler!

Al espirar el marido, es comun rogarle á la muger jóven la palabra consoladora de que no se casará jamas. En algunos países, como en Bengala, las mugeres se iban vívas con el marido muerto á la sepultura. El casamiento de la viuda ó viudo es ruinoso para los hijos, subleva la parentela del difunto, y en los pueblos pequeños llama una mofa y escarnio que las justicias no se sienten con autoridad de reprimir.

La naturaleza pues por todos caminos retrae de la contrata que no es perpetua ; la naturaleza le aplica todas sus sanciones ; la naturaleza la condena ; y la única indulgencia que hace á los amores es el matrimonio indisoluble. Y si es preciso y conducente que haya mugeres malas, no lo es ménos que las demas, huyéndoles el lado, las adviertan que están sin honra.

En suma: la pasion del hombre le hace desear todo el bien posible á la que escoge para dueña de sus confianzas ; quiere decir, la pasion del hombre no se satisface si no es ganando el corazon de la muger : un corazon no se gana si no es con otro corazon. El hombre pues, por razon de su pasion propende á entregarle el corazon á la muger. Por otro lado, la delicadeza de los demas hombres hace afrentosa para aquella muger cualquier contrata no perpetua. El amante pues que la quiere bien no puede proponerle tal deshonra. Deduciéndose de aquí que la pasion y los zelos del hombre son los caractéres indelebles de la ley del vínculo perpetuo; y por tanto el fuero de la muger está

entallado en el pecho del hombre. Tal se requeria para que el ente fuerte no avasallase al ente débil. Tal es el orígen de la igualdad moral entre dos entes físicamente desiguales.

CAPITULO VI.

Desigualdad de pobre á rico.

La filosofía siempre ha estado quejosa del éco que los ricos hacen en el mundo. Todos convenimos en la queja, y todos bajamos cabeza al opulento.

No hay ley ninguna escrita en punto á quitárnosle el sombrero, y la reflexion dice: » ese es un hombre como tú. » Sin embargo todos hacemos diferencia entre el pudiente y el mendigo. Este, aunque nada pida, en todas partes incomoda, y no encuentra quien quiera darle el lado; y el que viene lleno de galas y de tren, aunque nada dé, en cualquier parte hace honra con tomar asiento.

Todos quieren rozarse con el rico y la riqueza. Los hombres, para hacer fiesta, juntan sus mejores muebles: los festines y las solemnidades públicas no parecen bien si no relumbra el oro y el lujo en ellas. En una

choza se entra como se quiere: en un palacio naturalmente nos movemos á estar con modo.

Esto está sucediendo mas de cuatro mil años hace en la China, país que equivale á la mitad del mundo; y esto es lo que sucede en toda sociedad donde hay haberes. Este pues parece el destino natural del linage humano, no rigiendo en él los discursos, la cábala, el silogismo, sino los flujos, las manías, los movimientos espontáneos é indeliberados, es decir, el instinto ó la potencia irresistible de la naturaleza; pues, como todos los entes tienen naturalmente las afinidades ó tendencias, en virtud de las cuales sigue cada uno su carrera ó su destino, así tambien, como se dijo al principio, el hombre tiene sus tendencias naturales que, independientemente del discurso, y aun contra los dictados del discurso, le hacen guardar esta vida ó forma particular que llamamos racionalidad. Así el flujo porque nos hagan caso, y el flujo por no estar al reves de los demas son evidentemente los principios cardinales de la asociacion y de la moralizacion. Aquellos dos flujos son unos movimientos ó tendencias cie-

gas é indeliberadas del corazon; sin tener por cierto la mas mínima conexion ó roze con el discurso; y lo mismo sucede en los demas flujos ó propensiones generales, de suerte que en el sistema práctico de la racionalidad no es móvil en manera alguna el discurso.

Lo que se llama luz de la razon es una cosa muy distinta de la naturaleza. Esta en nosotros es un conjunto de afinidades ó propensiones ó instintos; y la luz de la razon es una como antorcha que alumbra el interior. La naturaleza en nosotros obra imprimiéndonos un sistema de potencias ó movimientos; y la luz de la razon no tiene otro efecto sino es ver ó calcular. Si los planetas tuviesen la luz de la razon, con ella podrian tal vez ajustar la cuenta de sus propios movimientos, pero no podrian trocar la direccion ó intensidad de sus potencias: podrian conocer que de este modo ó del otro irian mejor ó peor; pero este conocimiento, erróneo ó fundado, no les crearia ó aniquilaria las potencias ó afinidades que les están impresas naturalmente.

Del mismo modo aunque el ojo del dis-

curso ó la luz de la razon nos haga conocer ó calcular nuestras tendencias ó propensiones naturales, aunque lanzándose, por decirlo así, fuera de nosotros, tantée el mundo y pronuncie las correcciones que se podrian ó deberian hacer á nuestra naturaleza, no por eso produce ó aniquila las tendencias del corazon, ni puede tener en nuestros movimientos naturales mas influjo que los cálculos astronómicos en el movimiento de los planetas.

Asi es que aunque el discurso diga que lo mismo es estar al reves que al derecho, la naturaleza nos hace desazonar de hallarnos al reves de los demas : tambien aunque diga que lo mismo nos debe ser hacer ruido que estar desconocidos, nos alegra irremediablemente el ver que se haga asunto de nosotros.

Hay pues mucha diferencia de la voluntad ó conato de la naturaleza al aviso ó sentencia de nuestro discurso, y no es lo mismo ser una cosa conforme ó no al discurso que á la naturaleza. Toda cuestion acerca de lo que es conforme ó no á la naturaleza es una cuestion de hecho; y la conformidad ó disonancia

con el discurso es cuestion de derecho. No deben confundirse estos dos géneros de cuestiones.

La naturaleza le ha puesto al hombre la pierna atras, y tal vez el mal discurso de alguno dice que estaria mejor delante. La naturaleza nos arroja al mundo desnudos, y el ignorante discurso grita que seria mejor vestidos. La naturaleza nos señala un corto periodo de vida, y el discurso dice falsamente que seríamos mas felices viviendo mucho. La naturaleza no nos da andar á cuatro piés ó volar por los aires, y hay quien piense estaríamos mejor de aquella manera. La razon en abstracto compadece la locura de los zelos, y nadie que es amante deja de tenerla. La razon no halla porque ha de sernos mal visto muchas mugeres para un hombre; muchos hombres para una muger, ni cualquiera de las abominaciones á que el pudor rehusa nombre. Tampoco tiene ningun fundamento racional la compasion; pues si no inmuta ver cortar un árbol ¿porqué ha de inmutar ver cortar una cabeza? ¿qué crucifiquen al uno, ó al otro se lo coma la desdicha? ¿Estoy

acaso yo en su piel? « Perezcan todos, como » yo me goce » es consejo de la razon seca, es decir, del discurso, ó mas bien de esta potencia que los cartapacios de filosofía llaman entendimiento. Debiéndose cuidar mucho de no confundir aquí ese género de razon digámoslo así, escolástica, con aquella razon tal cual la llama el sentido vulgar, y que significa propiamente el conjunto de flujos y propiedades que caracterizan nuestra especie, y la distinguen de las otras especies animales: pues el discurso solo no nos distingue de estas, siendo muy demostrable que los animales ejercen todas nuestras funciones intelectuales, aunque no en un grado tan perfecto.

Nada se adelanta con llamar á cuestion la justicia ó injusticia de las operaciones de la naturaleza, ahora se suponga que la dirige un ente sábio y todo poderoso, ahora se crea que no la rige inteligencia alguna sino el mismo conjunto de virtudes que las cosas tengan tan de suyo como el ente supremo suponemos que las tiene; pues en entrambas suposiciones, sea justo, ó sea injusto, es irresistible el des-

tino de nuestra constitucion. Por mas que discurran los filósofos, no es posible trocar el mecanismo y virtudes de las semillas, tanto en los vegetales, como en los animales, y en los racionales. Las semillas reproducen siempre una misma organizacion. Por mas diques que se opongan, siempre la naturaleza triunfa, como un rio impetuoso vence los obstáculos, y se encaña por sus establecidos cauces.

Ademas de no adelantarse nada en juzgar la justicia ó injusticia de la naturaleza, carecemos de los datos necesarios para examinar la conexion ó intento final de sus operaciones.

Así como en el ojo se descubren una muchedumbre de partes que concientan unas con otras para hacer la sensacion de la vision; y en la mano hacen sistema los huesos, las articulaciones, los tendones, los músculos, las fibras y las uñas, conspirando, como de comun acuerdo, á componer el órgano del tacto; y todos los órganos y miembros, tanto en el cuerpo humano como en el de los otros vivientes, están casados mutuamente, y con-

tribuyen juntos á la subsistencia, conservacion y reproduccion del individuo: así tambien notamos en muchas especies animales unas como manías ó instintos, que, pareciendo dañosos y destructivos del individuo, mantienen en pié el conjunto de la especie; y tendiendo un poco mas la vista, vemos unas especies subordinadas á otras, sirviéndoles para apacentarlas ó para defenderlas, y formando mutuamente y á ojos vistas un sistema concertado; y los montes, los mares, las fuentes, los rios, las tierras y los elementos se subordinan recíprocamente para la sustentacion de este mundo; y nuestro mundo, rodando por la region vacía, hace juego y tiene dependencia con los otros astros, cada cual de estos madre probable de un otro mundo: y todos ellos juntos forman, al parecer, el vasto campo, por donde, al hacernos, midió su aliento el pecho de la naturaleza. La naturaleza en suma nada ha hecho ni hace si no es con relacion al conjunto del universo.

Miéntras pues el discurso del hombre no coja á la vez todos los cabos del universo, no

puede hilar la conexion final, ni consiguientemente la justicia ó injusticia de las operaciones de la naturaleza.

El flujo por harmonizar con los de nuestra especie, y el flujo porque nos hagan caso subordinan el individuo á la comunidad; y esta sola ojeada es suficiente para comprender que en la organizacion del hombre la naturaleza no intentó formar un ente aislado, independiente, inconexo, desprendido de los demas, y bastante á solas para sí, sino un dependiente de familia, un miembro de cuerpo, una parte de un todo mayor.

Y así como en una comunidad los estatutos bien arreglados no se dirigen ni se pueden dirigir à la conveniencia de cada individuo tomado á parte, sino al bien del conjunto de ellos, así tambien las miras naturales en la organizacion é instintos del hombre no deben medirse por la conveniencia del individuo, sino, cuando mas, por la conveniencia de la especie. Se dice *cuando mas*, porque no sabemos todavía si nuestra especie no es acaso subalterna de otras especies.

Por tanto la voluntad de la naturaleza en

nosotros, ó nuestra ley natural no puede coincidir con el placer, interes, ó conveniencia del individuo, sino, quizá con el placer, interes ó conveniencia de la especie. Y esta consideracion condena sin apelacion el sistema de Epicuro, que decia que la ley natural y la virtud coinciden con la utilidad del individuo, y el sistema de los placeristas que dicen que la virtud ó regla de moral coincide con el mayor placer ó con el menor dolor del individuo.

Aun cuando nuestra especie no sea subalterna de otras especies, y se conceda que el solo bien de ella es el objeto de nuestra organizacion y, consiguientemente, de la ley de la naturaleza, no podemos asegurar que tenemos los datos necesarios para seguir el hilo de ese bien. Porque siendo así que nuestra especie se perfecciona progresivamente y tiene varios periodos consecutivos de moralidad desde el estado salvage hasta aquel estado sublime en que, aumentados á lo sumo el capital y la industria, la tierra mantenga el mayor número posible de habitantes, claro es que el bien commun de la especie debe calcularse,

no con arreglo á un solo periodo determinado, sino con arreglo al conjunto de todos ellos, pues lo que es bueno para un periodo suele ser malo para otros.

Se prescinde, cual se debe en este escrito, de las futuras transformaciones y periodos que despues de esta vida pueda tener el hombre, y de los cuales nada dice la filosofía. Contando solo con los periodos de la presente vida, es sumamente complicado coger á la vez todas las circunstancias que concurren en cada grado ó periodo de la sociedad. Y dando de barato que algun talento estraordinario tuviera bastantes luces y noticias para abarcar aquellas circunstancias, y la despreocupacion que se requiere para meditarlas y digerirlas, el resultado lo comprenderian bien pocas personas: seguramente no seria para la capacidad del vulgo.

Pues el vulgo, sin ninguno de esos rodeos, conoce bien la ley de la naturaleza; y si la hubiera de conocer por esos rodeos, no la conoceria nunca. El vulgo es casi todo el mundo. Puede pues decirse que el órgano por donde la naturaleza intíma ó pregona su ley al mundo

no es por cierto el órgano del discurso, ni el del interes, ni el del placer. Y resulta en limpio que la voz de la naturaleza está en los flujos ó manías generales, ó por otro nombre movimientos, tendencias ó instintos naturales. La voz de la naturaleza, es el impulso ciego de la naturaleza, ciego para nosotros, ilustrado y sábio para su autor; y el órgano de la moral no está en nuestra cabeza sino en el corazon.

Cuando se pregunta pues la voluntad de la naturaleza en órden á la suposicion de las riquezas, en vez de inquirir petulante y locamente si es justa ó injusta, debemos tan solo examinar el orígen físico de esta ó sensacion ó ilusion que se nos obstina, á pesar de los alaridos del discurso, y á qué fines ó utilidades corresponde. Ambos puntos van á verse en este capítulo y en el siguiente.

Un pobre que está esclavo del trabajo para mantener mezquinamente sus obligaciones, y que, para poner bien su familia y ser él feliz, no necesita en su dictámen consejo ni sermones sino dinero, no puede ver á un hombre opulento, sin hacer una sensacion profundísima del descuido y bienaventu-

ranza de aquella criatura que en tal abundancia posée la única porque él suspira. Aquello que hace éco llama la curiosidad y la atencion. Por cualquier parte pues que el pobre columbra al opulento, corre á mirarlo y admirarlo, tendiendo la vista por toda aquella magnificencia y ostentacion, embebeciéndose en las gozosas ideas que le ocurrieran, á hallarse por fortuna en igual caso.

A un ente que tanta alegría esparce por donde quiera que va, y que llama la atencion y la admiracion de todo el mundo, es decir, de quien todos hacen tanto caso, no puede ménos de hacerlo de un órden mas importante. El nacimiento pues, la muerte, las dichas, las desgracias y los eventos mas fútiles de un grande, todo llama una atencion espantosa, todo se registra, todo pasa de boca en boca y se grava como una historia del mayor asunto en la memoria de los pobres.

En consecuencia el pobre le coge al opulento un respeto tan sumo, que si lo ve venir á pié ácia él, se atribula y echa á huir; ó si le es forzoso pararse y hablarle, no halla palabra ni demostracion que venga bien con su

gran respeto; se sofoca, tiembla y pierde el tino.

Todos los derechos de crianza y de decencia los dejan los pequeños á los piés del grande, al modo que el tonto á los piés del cuerdo. Consiguientemente el grande no solo está al reves de los demas, sentado, tendido, desnudo, cubierto, ó como le dé la gana, y á esto los demas de ceremonia, mas tambien lleva él la voz: si se pone en pié, todos se ponen en pié; si se quita el sombrero, todos se lo quitan; si vuelve friamente la cabeza, todos la vuelven y revuelven con el mayor ahinco; si mira arriba, todos hincan allí la vista; si medio estornuda, todos lo imitan lanzando lo que se llama el saludo, profundamente; si hace ademan de desplegar los lábios, todos se interrumpen; miéntras habla, se lo sepultan en el oido; si pide algo, trompican por correr la voz ó por servirlo; lo que le fastidia un poco los demas lo detestan; para lo que alhaga, toda ponderacion es corta; sus insulsezes levantan una risa vehemente, pero refrenada; y sus necias caidas pasan por sentencias.

Este flujo de harmonizar con el opulento y señalarlo como ente de mas suposicion no está mandado por ley humana alguna. La ley puede mandar en ciertas esterioridades, pero no penetra á mover el corazon, ni nunca se entremete en los asuntos de crianza ó de buen modo, ni manda que al rico le persigamos con la vista, que nos encortemos delante de él; y hagamos de todas sus cosas el ridículo asunto, á que se propende naturalmente.

Como el vernos hacer caso y admiracion, el ver que los otros se nos acaten y subordinen eleva y engrie el interior, es natural que el rico tenga siempre un aire de elevacion; al mismo tiempo el verse reparar de todos lo habitúa á estudiarse en habla, en porte, y hasta en el paso, como cualquiera hace cuando está en un público. Todo esto parece natural; y así disuena la llaneza y la vulgaridad en el opulento; mas nos prometemos hallarlo con un tono de majestad, de señorío, de alegría, de independencia y de soltura, y con un estilo, demostraciones y ademanes que cuadran muy bien con la opulencia, pero que en un pobre serian ridículos de puro insolentes: no

de otra suerte que aquellos sábios de primera clase, los cuales en estilo, en conducta y en conversacion tienen, por derecho que los demas les ceden, unas libertades y una autoridad ó magisterio que en ellos parece bien, y en un hombre adocenado seria reparable.

A la verdad un mendigo que pretendiese cumplimiento y ceremonia, y tomase aire de autoridad y elevacion; ó un ignorante que rasgase el estilo como si hubiera de hacer éco lo que saldria de su boca, son dos espectáculos, que al reflexionar los andrajos del uno y los despropósitos del otro, dan pasion de risa.

Ved aquí palpable la diferencia de pobre á rico.

El rico no come por dos, ni el palacio hace mejor sueño que la choza, ó el vestido bordado cubre mejor que cualquier pellejo. No hay magnate que no lo conozca, y que no quisiera simplificarse. A sus solas, tanto ó mas les acomoda estar desnudos como de gala, un plato como un banquete, albergarse en oro como estar al raso, y el ir á pié como el andar en coche. El fausto, léjos de satisfacer-

les, lo miran como un martirio necesario por la razon de estado.

El atractivo de las riquezas para el que las posee no consiste en la materialidad de disfrutarlas, sino en ser ellas instrumento para el logro de los dos flujos mas fuertes de la naturaleza, á saber, el flujo porque nos hagan caso, y el flujo porque harmonizen con nosotros los demas.

Y el constitutivo de la desigualdad entre pobre y rico consiste en que el pobre se tiene corto en el derecho de trato, y le cede al rico mas licencia: él hace del rico mucho caso, y halla natural que el rico le haga poco; él se acata ante el rico, y, acatándose, lo exalta. La exaltacion del rico nace del interior del pobre. El pobre lo exalta porque lo admira, y lo admira por una ilusion irremediable.

CAPITULO VII.

Congruencia de esta desigualdad.

Reflexionandolo poco, parece duro que al pobre no le haya de mirar la cara ni aun el mismo que le pone en la mano la limosna. Nadie se detiene á preguntarle nombre y apellido; al columbrarle los cabos, todos ladean la vista; aunque vaya por la calle al lleno del dia, es tan reparado como á media noche; en medio mismo de un corro de gente está tan escondido como en su garita.

Pues no es poca fortuna esta oscuridad para los pobres: no es poca tambien para nosotros el no mirarlos. Si reparásemos al pobre, tendria que estudiarse el esterior y seguir el compas del nuestro. Su trage, su semblante, sus modales, sus lloros, sus gritos y quejidos nos parecieran muy ridículos. No lo parecen porque lo contemplamos como cosas de un hombre que está á sus solas, que está

seguro de que no le mira nadie. A mirarlo perdiera la libertad de comer por la calle, ir de verano ó de invierno, tenderse en el suelo, y los otros renglones de la disciplina mendicante que le es tan absolutamente necesaria. El que tiene una falta en el cuerpo, cara, ó ropa, no gusta que se la repare nadie, y es poca discrecion el repararla. Muchas cosas que se hacen, se sofoca uno y se encorta si se las reparan; dependiendo de aquí gran parte de las reglas de la decencia, del pudor, de la cortesía, y de todo aquello que el discreto hace para no fastidiar en parte alguna. El no mirar pues al pobre es una especie de política natural, aunque indeliberada. Se ahuyentaran, perecieran martirizados los pobres si los mirásemos.

Para perecer, mas bien se dieran á saltear. Si pues reparásemos á los pobres, no dejarian vivir al rico; y la ley de la propiedad no está asegurada sino en la oscuridad natural del pobre.

Si es fortuna que el hombre atraiga ménos la vista á proporcion que le conviene mas estar oculto, no es ménos fortuna que, á

proporcion que tiene mas medios de abusar, tenga tambien mas testigos que lo reparen, tenga mas semblantes que contemplar: mas vergüenza que pasar. Es fortuna que el mas poderoso tenga mayor freno. La distincion de las riquezas es la seguridad del pobre, conforme la oscuridad del pobre es la seguridad del rico; y el intento de la naturaleza en tener oscuro á aquel, y visible á este, parece claramente la conveniencia de uno y otro.

El no causar gran lástima la pobreza consiste en que la reparamos poco; en que no nos informamos bien del equipage, de la hediondez y de la miseria; en que la imaginacion no coge pié para pintarse con viveza la escualidez del pobre.

Si la pobreza causase una compasion séria, cual causaria reparándola mucho, todos partiríamos con el pobre el pan; no hubiera pobre ninguno ni interes en no serlo. El trabajo ó aplicacion decayera sin límite, y la sociedad perdiera el estímulo económico. El no mirar pues al pobre es el móvil económico de la sociedad.

Tambien si la riqueza no causase la distin-

cion que le tributamos, lo mismo nos importaria ropa buena que ropa mala, ir de moda que á la antigua, medio vestidos que del todo, el palacio que la choza, el desaliño que el aseo. Serian inútiles las riquezas, y nadie gastaria su calor en acopiarlas.

No habiendo caudales acopiados, seria absolutamente imposible la subdivision de oficios [1]; cada hombre los reuniria en sí todos, y la sociedad no podria salir del estado salvage.

La civilizacion pues procede evidentemente de la mayor suposicion del rico; y la distincion de las riquezas es un registro ó instinto absolutamente esencial en el plan de la cultura.

(1) *Económica reducida á principios exactos, claros y sencillos.*

CAPITULO VIII.

Modificaciones de la desigualdad por la riqueza, y de la gradacion de clases.

Pero no es tan injusta la naturaleza que atempere la distincion mera y rigorosamente por las riquezas. La consideracion que se atrae el rico no es tanto por serlo como por gastarlo.

El que, teniendo mucho, gasta poco, no hace ilusion; no da pié para que se le mire como una criatura feliz, sino como un traidor para sí, y consiguientemente aleve para los demas. Sus desgracias y quebrantos no mueven á compasion sino á alegría; y sus eventos felices hacen lástima. Los medios que tiene de corromper, por lo mismo que lo hacen temible, provocan mas el odio. Nada se detesta tanto como el avaro.

No basta tampoco adquirir muchas rique-

sas para llamar el respeto espontáneo y desinteresado que llama la grandeza.

Para parecer del órden elevado de los magnates es menester que el pretendiente no haya estado nunca en clase humilde, ó tenga una alma que en cualquiera clase parezca grande; es menester que el orígen pequeño se esconda de la memoria á fuerza de tiempo, ó se borre con azañas que hagan patente la injusticia de la suerte en haber alojado bajamente una alma tan superior. Para parecer grande es menester ó serlo por las hazañas ó parecerlo por la cuna.

El hombre de fortuna, el hombre nuevo llama la ojeriza y el desden de sus nuevos coiguales, la envidia de los antiguos, y la murmuracion de las clases inferiores.

Por mérito intrínseco que tenga, si carece del estrínseco, que es el único que pueda juzgar el vulgo, siempre se supone hay otros muchos hombres, por lo ménos, de tanto mérito, y de consiguiente choca la distincion.

Si se vulgariza, lo menosprecian sus iguales; y si se engrie y toma todo el fuero, se

hace odioso á los demas. Es menester ó grandes proezas, ó entronques muy ilustres para que el hombre nuevo parezca como el de cuna.

Este, por lo contrario, aunque pierda sus riquezas, continúa tiempo haciendo viso en la imaginacion del pueblo. No carece de fundamento la ilusion.

El mérito ó demérito de cualquiera lo participan en algun modo sus amigos: conforme se sienten honrados en lo uno, tambien se afrentan y como que conocen desdorarse de lo otro. Nadie que tiene vergüenza quiere pasar por amigo de un malvado, porque la amistad la creemos provenir de la semejanza de carácter, y nos es natural formar concepto de uno por el que tengamos de las gentes de su roze. Amigos pues, parientes, y sobre todo padres ilustres, parecen sordamente motivos poderosos para portarse con honor. Tan estragado como estaba Catilina, sin embargo, al darse la batalla, refiere el escritor de su conjuracion, mostró un heroismo estraño en un caudillo de malhechores.

En todas las repúblicas cultas se hizo mérito

de la ilustre cuna; y la naturalidad de esta idea se muestra bien en la costumbre de los insignes poetas griegos y romanos, que nunca olvidaron atribuir ó fingir un orígen muy esclarecido á los héroes que celebraban.

Pero no sea esto ocasion para que la nobleza moderna se engría de sus ridículos privilegios, y de sus pergaminos y protocolos todavía mas ridículos, rezando unos parentesco con Wamba, otros con Galba, y quienes subiendo la alcurnia hasta Noé. En mil años de sucesion malo será le falte á nadie un ascendiente que se haya señalado en mérito y otro en villanía.

Los ilustres parientes que miramos como estímulo; ó que tienen opcion al agradecimiento del público, no son los remotos del tiempo del diluvio, ó del tiempo de los Moros, cuyos beneficios ó hazañas ya ni agradecemos ni admiramos, sino los parientes inmediatos, aquellos cuyo rostro esté todavía en la memoria de las gentes, cuyos beneficios se estén reconociendo y palpando aun, y cuyas máximas y egemplo haya verosimilitud de conservarse aun en la familia. Los muertos de

nuestros tiempos siguen vivos en nuestra imaginacion, y los figuramos atentos á nuestra conducta; y por tanto si á alguno de ellos le hemos tenido ó cariño, ú obligacion, hacemos la demostracion con sus allegados ó parientes, creyendo que él lo aprecia desde el sepulcro.

La distincion natural de las riquezas es generalmente proporcional al carácter que suponen en el poseedor. Así los que viven de ganancias procuradas por sí mismos no hacen el viso que los que viven de renta.

El objeto del que vive de ganancias es aumentar su capital, pues para no aumentarlo, lo pondria mejor á renta. El capital no se aumenta sino es ahorrando de sus ganancias, el que vive pues de ganancias procuradas por sí, propende á economizar mas que nadie, y á privarse de mil cosas de que no careciera el rentero en iguales medios; por lo cual este gasta mas esplendor, y hace mas viso.

Tambien el comerciar propende á infundir resabios impropios en las personas visibles.

Comerciar es para ganar. La ganancia se

hace comprando en ménos que en lo que se ha de vender, ó vendiendo en mas que en lo que se comprase. Comprar barato y vender caro son el negocio, y de consiguiente el estudio y el esmero del comerciante.

El que se llama buen comprador tiene habilidad para vituperar el efecto, ponderar el esceso del precio y persuadir la dificultad de su salida, y todo esto sin que parezca estudio. Lo contrario se requiere en el vendedor hábil.

Comerciante que quisiera hecharla de honor, y no decir en sus ajustes sino lo que realmente siente, seria un comerciante menospreciable y quebraria á muy pocas transacciones.

Terceros que, haciendo del ignorante suelten especies como por acaso; cartas que se esparcen de unos barcos que vienen á surtir, otros que vienen á estraer, noticias exageradas ó fingidas de surtidos, consumos, paces, guerras, lluvias, cosechas, batallas, presas, ó naufragios; mil interlocutores haciendo el papel; y á todo esto, el actor principal, el comerciante tras del telon : estas son las má-

quinas comunes, esta es por fuerza el álgebra, ¡quien sabe! en las cuantas porciento de las especulaciones mercantiles.

Una mera noticia que uno haya dado equivocada, sofoca y amarga hasta hallar ocasion de sincerarse: un criado que, por obedecer, escusa al amo, se avergüenza si este se presenta, ú oyen que está dentro. ¿Qué sería el comerciante si le descubriesen la reparticion de papeles en cada escena? Bien se sabe, que, cerrada la contrata, el comerciante guarda fe: bien se sabe que su interes es atenerse á lo legal; pero no es lo mismo la legalidad que el honor ó la hombría de bien.

En Inglaterra, por razones particulares, el comercio ha medrado mucho ántes que la labranza; y, á consecuencia, las leyes y las costumbres nacionales tienen mas de lo mercantil. En España las clases mas medradas y que dan la ley en cada pueblo, son los labradores hacendados; y, á consecuencia el modo de pensar español tiene por lo general otra nobleza que el ingles.

Por unas reglas semejantes juzgamos de

todos los oficios ó profesiones, y tenemos mucha razon para no mirar con unos mismos ojos al menestral que al liberal, al sirviente que al amo, al de oficio sucio que al de limpio, al vago que al de taller, al decente que al indecente, al que supone educacion como al que no necesita sino los brazos. Los mismos de las profesiones dan idea del justo órden en que se les coloca.

El artesano ahorra comunmente para emplear en lo que le es mas fácil, que es en aumentar el número de oficiales hasta hacerse fabricante; este y el comerciante se proponen acrecentar con el deseo de arraigarse y hacerse caballeros; el arraigado piensa en condecoraciones y títulos; y el título en entroncar con gente mas ilustre ó de mas poder. Cada cual aspira á lo que le parece mas lucido y no vemos que el grande retroceda á mero título, este descuide de conservarlo, el arraigado se ponga al tráfico ó el comerciante tome oficio.

Entre los de arte, el facultativo no pone sus hijos á lo mecánico, el limpio no quiere pasar á lo sucio, el que tiene taller se desdeña

de los que andan por las casas; ni estos últimos quieren trabajar por las calles.

Unos oficios tienen su tara; otros son de gratificaciones y regate. Los primeros cobran su justicia, los otros tienen trampantojos y bajezas, y no pueden pretender la vergüenza y honradez de aquellos.

En fin en estas distinciones no interviene la ley; son hijas espontáneas de la opinion pública, contra la cual no hay lugar á quejas. La ley no puede ni producir ni contrarrestar la opinion pública: oficios hay que antiguamente se reputaban viles, y la ley, no reformada desde entónces, los trata como tales; y sin embargo en el dia los miramos ya como muy decentes. Al contrario otros muy distinguidos en la legislacion vieja, tienen poco concepto ahora.

Es bien de advertir que las naciones que no hicieron mencion de la desigualdad de personas en su legislacion, no fueron nunca sino aquellas naciones rudas y pobres, donde no habiendo haberes, ni, consiguientemente, subdivision de oficios, todos los individuos eran iguales sobre bien poca diferencia; ó

acaso alguna colonia que, estando recien principiada á cultivar, y componiéndose de bárbaros, de desterrados, y de pobres ventureros, no tenia ningunas familias esclarecidas que hiciesen grande viso. Esto es decir que las naciones que no sentaron la desigualdad por basa de su gobierno, fué porque al tiempo de formarlo, tenia realmente iguales sus individuos.

CAPITULO IX.

Congruencia de la gradacion de clases.

En las ciudades populosas la dificultad de saberse quien es cada uno, principalmente fuera de su casa, abre el campo á la presuncion, y cada clase quiere aparentar en el trage un rango superior al que le pertenece.

El trage ata mucho. Conforme el que se disfraza de pobre adquiere libertades de la pobreza, así el que toma trage de persona fina, se impone las sujeciones de esta; porque si el aire, los modales, la conducta no cuadran con la ropa, es el hombre descubierto, deslográndosele el intento, con mucha irrision de todos.

De este modo las clases groseras aprenden de las finas con la idea de confundirse : estas, sintiéndose acercar, se estudian y refinan

para sobresalir aun; y la cultura y la racionalidad crecen á la par del lujo.

De las ciudades grandes va el lujo á los pueblos menores, por medio de la moda; y por consiguiente á proporcion que ganan terreno el aseo, la moda y el lujo, lo va ganando tambien la racionalidad, y la blandura de las costumbres.

El lujo pues y la moda son el vehículo ó conductor natural de la racionalidad; y un país sin lujo y sin modas quiere decir que la racionalidad en él está parada sin hacer progresso.

Una clase nunca compite con otra clase muy superior á ella, sino tan solo con la que le está inmediata; con la otra seria inútil y ridículo el intentarlo. Una clase pues no copia, no aprende sino de la inmediata que le está encima. La cultura de las clases superiores no influye directamente en las clases ínfimas; y por tanto el progreso de la racionalidad no procede de la desigualdad de clases, sino de su gradacion imperceptible.

Asi en los pueblos donde no hay sino dos estremos, unos pocos muy ricos y todos

los demas muy pobres, no adelanta nada la cultura.

Por la supresion pues de la nobleza, y no por los débiles institutos de Mahoma es por lo que se mantiene tan bárbara y uniforme la Turquía. Que á los mahometanos les esté prohibido examinar la religion, es un recurso muy pobre. El que carece de luces, nunca la examina, aunque se le permita, y aun cuando se le mande; y sino, véase lo que entre nosotros cuesta hacerle aprender la dotrina al vulgo. Pero el que tiene luces para examinar la credibilidad de la religion por sí mismo, no es fácil se contente con el dictámen ageno en un asunto de tanta monta. Por confianza que se tenga en el conductor ó portador de un dinero, y aun cuando no haya intencion de hacerle cargo del desfalco, es natural la curiosidad de contárselo, por lo ménos á la espalda. Aunque no haya fraude, puede haber equivocacion. La certidumbre que uno adquiere viendo las cosas por sus propios ojos es mayor que la que se adquiere de la relacion agena. No importa que los peritos en una facultad

nos digan unánimes una cosa; siempre tenemos curiosidad de examinarla. Todos los físicos y matemáticos convienen en una porcion cierta de principios; y sin embargo cualquiera que se aficiona á estas ciencias, no se satisface con los resultados; quiere hacer él mismo por su mano los cálculos ó los esperimentos. Ni aun de sus propios ojos se fia el hombre siempre que hay otro exámen mas seguro; y así cuando vemos algun objeto estraño que nos llama la atencion, no estamos contentos hasta que nos llegamos á palparlo; dando á entender con este flujo aquel principio de los metafísicos, que el tacto es el único sentido que haga conocer originalmente la existencia de las cosas esteriores. La curiosidad, en vez de apagarse, se escita con la prohibicion. La reunion de los dos poderes, espiritual y temporal, en el Mahometismo tampoco es ninguna invencion de gran mérito, porque ni tiene originalidad, ni puede hacer mas duraderos entrambos despotismos. Al contrario seria mas firme su apoyo, si el que predica á favor del Emperador no fuese el mismo emperador, y el

que predica á favor del sacerdote no fuese el mismo sacerdote : no tendrian entonces tanta sospecha las oficiosidades. El riesgo de que separados así los poderes, tuviesen altercados, es imaginario. Tendrian sus altercados, pero bien se reunirian en importándoles. No hay cuidado que el alcade y el escribano se desunan si á uno y otro les tiene cuenta.

En el *Esprit des Lois* bien se dice que en las monarquías es necesaria la nobleza, pero ni se prueba, ni los precarios è inconexos principios de aquella útil obra tienen la mas mínima conexion con ello.

Tampoco, si fuese posible la igualdad política, si el equipage y la ropa no distinguiesen la persona, nadie tendria flujo por copiar á los demas, se acabaria la moda y el lujo, la cultura y el trabajo decayeran sin límite, hasta parar en el estado salvage.

El flujo por el trage dimana del de hacer viso. El viso no se esterioriza ni tiene donde fijarse sino en el trage. Bastaria pues desnudar una nacion para hacerla retroceder rápidamente al estado salvage : viniendo á

ser la ropa para la especie del viviente racional en cierto modo como la hoja y la tríplice corteza para la especie del viviente vegetal; estas no solo adornan y defienden; sirven tambien para la circulacion y secrecion de los jugos, para el nutrimento y sazon del árbol.

La tendencia de las leyes suntuarias es contra el progreso de la civilizacion; y un distintivo á las clases, como el que por invencion de Minerva se dice en el Telémaco, y como en parte se usa en levante, atajaría de todo punto el progreso de la cultura.

Por el mismo principio el establecimiento de cruces, tratamientos y uniformes, aunque por otros lados pueda ser útil, es evidentemente nocivo para el progreso de la cultura. El que lleva su cruz ó uniforme, y aun aquel á quien hay que darle tratamiento, no necesita mas equipage, mas modales, ni mas finura para esteriorizar su rango. No seria tanto el daño, si aunque hubiese órdenes de caballaría, tratamientos y uniformes, no se llevase la insignia por la

calle, y los tratamientos y uniformes fuesen no mas que para ciertas ocasiones.

Por lo que se ha dicho del lujo no se construya que aquí se intenta definir cuestiones de moral. Las miras de este escrito no pasan de lo físico; y en él no se quiere sacar al medio sino lo que realmente pasa en la naturaleza para cultivar al hombre, prescindiendo totalmente de si el lujo es pecaminoso ó no.

Segun el sentir de los teólogos, hasta el pecado tiene sus utilidades, y está calculado para el bien, si no del individuo, por lo ménos de la comunidad. El discernir con la vista figuras, distancias y tamaños, es sabidísimo consiste en identificar la luz y el color con las cualidades tactíles, sin mas fundamento que el de la correspondencia fija que guardan entre sí las variaciones de estas cualidades : al modo que los mejicanos, por ver siempre sentado el ginete, creian que él y el caballo eran un animal solo. De otra ilusion queda demostrado dimana el trabajar, y el vivir como racionales. Tambien el cultivarnos y afinarnos procede de la

desnudez en que nacemos. En el hombre es rara la facultad que no tenga por móvil algun error práctico; y si nos curásemos de errores, no podríamos subsistir. La ignorancia en que nacemos, y las ilusiones generales á que nos habituamos son parte esencial en el plan de nuestra naturaleza; y nada arguye mejor el conocimiento y la providencia de un Dios que la ignorancia y los errores del hombre.

Lo único que se dirá aquí en órden á la moralidad del lujo, es que quien gasta mas de lo que tiene, se arruina ó se da á cualquier delito. Pero en medio de hablarse tanto del incremento del lujo en nuestros dias, lo cierto es que la economía y la ahorrativa son del carácter general del mundo. Todos tiran á mejorar de suerte; y esto no se logra por lo comun sino ahorrando. Los pródigos son en ménos número que los mezquinos. Cuente cada uno las ruindades que le han pasado, y verá que esceden de mucho á las generosidades que tenga que agradecer.

El presumir, el tenerse en mas de lo justo es vanidad. Es vanidad por cierto, porque

ninguno que lo conozca á uno lo tiene en tanto. Es vano, es inútil tenerse en mas, porque no se saca mas sustancia que disonar de los otros, é incurrir, cuando ménos, en su irrision. Pero el flujo por mantenerse uno en su rango no tiene nada de vicioso, ó lo tienen todos los afanes de la vida, los cuales no se encaminan por lo comun sino es ó á conservar el rango en que se naciese, ó á adquirir el que por su particular mérito ó casualidades crea uno corresponderle.

No parece que la religion católica mande atenernos á lo que se llama un no perecer é ir tapado; habiendo muchos varones bien católicos y doctos que recomiendan la caridad de socorrer con decencia al pobre vergonzante. Jesucristo no solo tuvo las miserias de nuestra naturaleza, en términos de temer la muerte que á los tres dias se las quitaba, mas tambien en el discurso de su vida parece guardó los estilos de crianza portándose con el decoro correspondiente al rango político que obtenia en la opinion del mundo. El llevaba túnica larga, sin embargo de que para cubrir lo preciso, habia bastante

con ménos ropa; y particularmente sabemos no despreció los honores que le hacia la Madalena, mas ántes reprendió la mezquindad de aquel discípulo á quien se le hacia duelo malgastar en los piés el precioso aroma, cuyo producto hubiera podido quitar el hambre á algunos pobres. Al mismo ente supremo le atribuimos el flujo por el rango, de natural que nos parece. Porque ¿ qué otra cosa son los honores que le hacemos sino una demostracion política del sublime rango en que se le coloca? Regístrense todos los pueblos y religiones del mundo, y se verá que el culto que han dado y dan á sus dioses se reduce á hacerles caso, á distinguirlos, á acatárseles á darles un trato superíor, en suma, á reconocerles la sublimidad de esfera.

El que yendo de pueblo chico á pueblo grande, aumenta la ostentacion por no desdecir de sus ignales, tampoco parece reprensible en ello. Lo mismo sucede con cada vecino de ciudad. La máquina, digámoslo así, de la naturaleza, por utilísimos fines, fuerza el lujo en las ciudades; y cada vecino se siente arrastrar del compas de sus iguales.

La falta, si la hay, está en quien lleva el lujo de la ciudad á los lugares. Pero ni se ha de hacer ropa nadie á cada viage que haga al lugar, ni el que se acostumbra al aseo, se deshace de él tan facilmente. Cuanto mas, que, esteriorizado en el trage y en los modales el aumento real de racionalidad, dignidad y suposicion, es afrentoso volver atrás. Por tanto en el lujo debemos atenernos á una opinion media; y el predicar por estremos es cansarse la lengua en valde.

No puede negarse que el lujo suele traerlo males al individuo, porque ¿ qué cosa buena hay de que no pueda hacerse mal uso ? Pero peores males le trae la tosquedad, pudiendo establecerse por regla general, que, á proporcion que los países son mas rudos, desaseados y pobres, hay ménos racionalidad, ménos virtud, ménos felicidad en ellos, como se verá bien pronto.

DIGRESION II.

Del efecto de la solemnizacion del trage en los Clérigos y Religosos.

Los eclesiásticos y los monges á los principios de su institucion llevaban la misma ropa que los seglares, y no se diferenciaban de estos esteriormente sino es en ser y parecer mas timoratos, y acaso mas austéros.

Pero luego que se reglamentó el claustro, pareció mal que los monges siguiesen la moda en el vestido, mas retuvieron siempre un mismo estilo de ropa; y habiéndose mudado enteramente con el tiempo la de los seglares, los monges quedaron con un trage singular que les esterioriza la profesion.

Sea ya el monge lo que quiera, siempre parece monge. Por tanto la disciplina de los hábitos, en medio de tener un orígen muy recomendable, tiene la misma tendencia que las insignias de las órdenes de caballería. Aunque uno sea un hombre bajo, si lleva

las insignias de caballero, todos los que no le conocen, le graduan de tal, y los que le saben el fraude tienen todavía que respetarlo por atencion á los otros caballeros, cuyo rango se le solemniza. Lo mismo es con los monges. Aunque alguno de estos, por desgracia, sea tan desahogado é irreligioso como quiera, el hábito lo pregona recogido y religioso : aun conociéndole su maldad, hay que tenerle consideracion por razon del hábito. Porque como entónces no se dice « fulano es un pícaro, sino » el monge fulano es un pícaro, parece que la tacha ó apódo moral cae no solo en el nombre del individuo, sino tambien en el de la especie, y por esto todos los que son de ella se resienten; y por rencillas que tengan entre sí, se reunen de comun acuerdo y juntan sus fuerzas para defender todo aquello que se refiere al hábito; del mismo modo que qualquier cuerpo, sea el que se fuere, propende naturalmente á tener parcialidad por el mas mínimo miembro suyo, en competencia con los estraños. Cuando un coche atropella sin culpa, todos los que van á pié, se reunen para acriminarlo.

Aunque un noble cometa un asesinato aleve, y que por consiguiente lo infama en el concepto público, todos los nobles en España se oponen á que se le dé suplicio infamatorio. Si á un eclesiástico, por criminal que fuese, lo sacasen á un patíbulo, patearian todos los eclesiásticos. Si esto sucede con los cuerpos que tienen poca liga ¿ qué será con un cuerpo de gentes que viven en perpetua liga y compañía, atadas mutuamente con un vínculo solemne, y tan indisoluble casi como el del matrimonio? El hábito pues, pregonando la liga á una legua de distancia, protege forzosamente la licencia de monge que degenera de su santo instituto. El hábito quita parte del estímulo virtuoso que tenian antiguamente. Puede decirse en algun modo que ya el hábito hace al monge.

Tambien se refiere aquí la litúrgia, ú oraciones y oficios de Iglesia, y en general toda solemnizacion de lengua, porque estas cosas, en solemnizándose, son ya un distintivo que hace el mismo efecto que el de la ropa.

Cuando el idioma de los oficios de Iglesia era el comun, el auditorio reparaba en la

devocion y propiedad con que oficiaban los ministros, y, reparándolo, los tenia á raya. Ahora que habiéndose mudado la lengua del país, los oficios han seguido naturalmente en la misma en que se establecieron, el auditorio, como que no la entiende, no sirve de tanta sujecion á los ministros, ni tampoco puede acompañar en ellos, como hacia ántes. El pueblo no percibe ya del culto sino las esterioridades; ha menguado la sustancia de su devocion, y por esto ha habido que aumentar gradualmente la esterioridad.

Tambien cuando las palabras *eucaristía*, *hipostásis*, *misterio*, *iglesia*, *sagrado*, *presbítero*, *diácono*, *contricion*, *canónigo*, *obispo*, *idolatría*, etc., etc., eran palabras de vulgar etimología, cuya composicion y significado propio y original todos conocian, cualquiera se imponia en la religion casi sin estudio. Ahora el vocabulario eclesiástico necesita de mucho estudio, y por tanto el vulgo conoce muy poco la religion. Así mismo como los esplicadores de la doctrina no podian hablar de ella sin ser entendidos de los oyentes, tenian que ser hombres de suficiencia

y de buen zelo. Pero ahora la ignorancia y la negligencia pueden encubrirse facilmente con dos docenas de palabras cuya esplicacion, de puro ardua, no es regular la pida el vulgo.

La solemnizacion pues de idioma y de trage distinto á pesar de tener un escelente orígen y de convenir quizá para otros fines, tiene tendencia de relajar gradualmente tanto los ministros como sus feligreses; y al paso que la cultura destierre el cruel aprendizage de las lenguas muertas, se irá relajando mas el ministerio de la religion y su fervor en los creyentes, á no ser que se haga alguna reforma, ó que Dios, por su alto poderío, sostenga á unos y á otros milagrosamente.

Pero la solemnizacion del trage en los clérigos produce un efecto algo distinto que en los religiosos.

Los clérigos, puede decirse, gastan dos vestidos; el corto debajo, y el talár encima. A veces van de corto; y como en la hechura de este no tienen establecido reglamento alguno, es natural que el flujo por no estar al reves de los demas les haga seguir la moda de los seglares. Siguiendo la moda en la ropa,

es forzoso sigan tambien el estilo en lo demas, pues si el deseo de no desdecir los entra en lo uno, el mismo deseo debe entrarlos en lo otro. Yasí el trato de los clérigos es muy parecido al de los seglares de iguales medios. Un canónigo se porta como un caballero; y disuena ver de canónigo á un hombre tosco ó de baja educacion.

El trage de los religiosos, sobre no poder entrar en la moda del de los seglares, es un trage tosco que no fuerza à pulcritud ni aun á aseo. La costumbre de tirar agua encima y hacer otras burlas en el carnaval no se va desterrando en los pueblos de España sino es á proporcion que va entrando el lujo. Con este, por una parte, la finura de la ropa hace mas sensible que la manchen; por otra parte el mayor rango, y cultura que ella supone hace portarse con mas dignidad. Así entre la gente pobre todos los juegos son de manos; y entre la gente rica parecen mal. Quiere esto decir, que la grosería y singularidad del trage de los religiosos propende á hacerlos ménos pulcros, ménos aseados, ménos finos, y de un trato ménos digno. Así

á un clérigo rico se le hospeda y se le agasaja como á un caballero, y de consiguente él tiene que portarse como tal: á un religioso se le hospeda y se le trata con mas llaneza. En suma la clase religiosa no es de tanto cumplimiento como la clerecía.

En consecuencia al clérigo le chocan ménos las costumbres y estilos de la gente fina, y por tanto su moral es mas esparcida y política. Al religioso, igualmente que al hombre llano, le chocan mas las costumbres de la gente de cumplimiento, y por tanto su moral se resiente de lo tosco.

El clérigo une mas con el hombre de mundo; y el religioso liga mejor con el vulgo. El clérigo pues tiene partido con la gente fina, y no lo tiene con el vulgo. Al contrario el religioso tiene mucho partido con el vulgo, y poco con la gente fina. Y como el oficio de clérigo y el de religioso se mantienen á espensas del público, resulta en limpio que la clerecía es odiosa al vulgo, y los órdenes religiosos no tienen grande apoyo en la gente culta. Al paso que cunde la cultura, pierden partido los religiosos.

De estos principios se infiere que el poner uniforme tosco ó talar á los educandos es perjuicial á sus modales y cultura.

Pero la diferencia y la rusticidad del trage no quitan el flujo de distinguirse por lo esterior. En los claustros hay bastantes quimeras y castigos sobre el corte y la figura del pelo, sobre el modo de plegarse el hábito, sobre el de ceñírselo, y sobre otros elementos de su ropage, de que los seglares, por repararlo poco, no se hacen cargo; manifestándose con esto que no por carecer de las modas de las otras gentes, dejan ellos de tener las suyas.

La ropa talar, si bien no admite tanta variedad de modo, por otro lado da un pié mas á las rencillas que se mueven por la presuncion del personal.

El que tiene buen rostro y es mal formado, como el ropage talar le encubre las faltas, puede tener una presuncion de que careciera, si se pusiese de corto. El que, siendo bien formado, es feo de cara, parece debe estar quejoso de que el otro, cuya persona vale

ménos, luzca mas por razon del trage que lo encubre.

El ropage á que propende la cultura es el que pone la formacion á descubierto. Este es el interes de los feos de cara, es decir, es el interes de los mas, porque como los elementos de la cara son en mucho mayor número que los de la formacion, debe ser mucho mas raro hallar una buena cara que un buen cuerpo.

Todo país donde el trage comun es el talar, no puede estar muy culto.

CAPITULO X.

De la proporcion de la moralidad y de la racionalidad con la cultura.

1° Desde Epicuro acá se ha dicho muchas veces, y en la época presente es de moda decir que el interes propio y el deber coinciden en tales términos, que es una conveniencia en este mundo el ser uno bueno; y el que peca es porque no entiende su negocio. Propiamente es decir que el pecar es por yerro de cuenta, y que nadie pecaria, si fuese persona de alcances, de modo que el pecado es una ignorancia y no una culpa.

Esta doctrina queda refutada en el capítulo segundo; y de lo allí dicho se infiere que el hombre en tanto es agente moral, en tanto es racional, en cuanto se gobierna por las fuerzas morales de honor, amor, vergüenza: en cuanto para conducirse no atiende tanto á su pasion ó poderío como al rostro

ó pensamiento imparcial de sus semejantes. El hombre en tanto es racional, en cuanto se atempera ménos al interes propio que al interes ageno.

2° En la vida salvage concurren circunstancias particulares para embotar ó para impedir el completo desarrollo de este órgano ó como sentido moral.

Ignorantes los salvages del derecho de las propiedades porque no hay entre ellos quien las posea, no reconocen en punto de haberes mas leyes que la fuerza. La dureza á que los habitúa primero la soledad de su niñez, y luego la aspereza de los trabajos en que viven, les apaga la compasion; y si alguna centella les queda de esta, acaba de sufocarla el hombre que ó los devora ó los amenaza.

En consecuencia están siempre de guerra á muerte unas tribus con otras; el que cae prisionero, muere de un suplicio espantoso; y así embravecidos, no distinguen entre enemigo y forastero, ni respetan la cara sino de su propia tribu. El mas infame ciudadano es mas bien de fiar que el mejor salvage.

Entre nosotros mismos, en los lugares tos-

cos y rayanos de jurisdiccion ó de partido, los vecinos del uno están casi siempre de ojeriza y como de hostilidades con los del otro; y por los parages apartados de las carreras un forastero decente, como no lleve mucha pompa, va muy espuesto á que lo provoquen.

En Africa el viajar es muy arriesgado; y en parages donde no son tan bárbaros que no canozcan el uso de la moneda, son frecuentes las incursiones de unos vecinos contra otros, no ya para saquearse los aduares, sino para apresar las familias enteras y venderlas dispersas, como bestias, sin remordimiento alguno.

3° Que la administracion de la justicia sea mejor y mas exacta donde se necesita mas, donde se cruzan mas intereses, donde cada cual tiene mas que perder y mas que guardar, es decir, en los países mas ricos, es un hecho tan natural, que él mismo se cae de su peso.

Las virtudes de condescendencia son poco comunes en los países pobres. Un par de zapatos que uno se ponga con un siesnoés mas de punta en un lugar pobre, ya está levan-

tado el lugar. Por maravilla tiene la mas mínima singularidad un vecino de país pobre, que no le caiga encima el apódo para él y para sus hijos. Aun en aquellos países donde no se sigue la religion verdadera, no hay hombre vulgar que no ose sojuzgar insolentemente al que no profesa la propia de ellos. En Atenas toda la persecucion contra un personage tan ilustre, tan amable, y tan sumamente original como Alcibiades, y los desastres que de ella se siguieron no tuvieron mas sustancia que aprender el pueblo que Alcibiades, general que por entónces necesitaban, no creia en el Dios Mercurio. En Madrid, sin embargo del particularísimo seso y meollo de los castellanos, sin embargo de la finura y honradez de las gentes decentes de la villa, ¿quién es el que mueve los alborotos por la basquiña, por la mantilla, por las modas? ¿Quién tiene el descaro de insultar boca á boca á las señoras de mas respeto? sino esa plebe mendiga, esa chusma de miserables artesanos que escasamente ganan para cubrir sus carnes?

Naciones pobres quiere decir naciones com-

puestas de lugares y villorrios de poca comunicacion. En semejantes pueblos no hay casi ninguna virtud social. Tres ó cuatro individuos hacen figura, se disputan la primacía, el vecindario arde en una especie de cisma, y no reina sino la envidia, murmuracion, acechamientos y chismes. Al que se ha criado en lugar, toda la vida se le conocen los resabios lugareños, murmurando eternamente de aquel mismo á quien visita á todas horas, y no pudiendo unir con nadie.

4° Como los primeros fueros que ganan los bárbaros son á viva fuerza, en los pueblos rudos el hombre visible trata á los inferiores con la misma insolencia que al vencido el vencedor: él les canta el fuero en sus barbas; y aun se conserva en Inglaterra la costumbre de hacerse á la presencia de uno un escrutinio, callado pero conocido, de su rango y dignidad para conferirle en consecuencia el asiento que le toque á la mesa; siendo lo mas singular que los Ingleses que se domicilian en España retienen religiosamente esta bárbara costumbre. La gente fina se va con mucho tiento en cantarle á ningun hombre

blanco: « Vm. vale ménos que el señor. »

Como las primeras justicias que administran los hombres, es, no por ambicion que tengan de ejercerla, sino rogados y pagados por los que recibieron el agravio, la primera renta de los soberanos y poderosos sale de las gratificaciones qne al pronto se dan, y luego, por su mucho producto, se exigen de los protegidos. A consecuencia en los pueblos bárbaros los poderosos no se colorean de admitir ni de pedir regalos en dinero; siendo general esta costumbre en Africa y en parte de la Asia, y quedando todavía tantos vestigios de ella en Inglaterra, que el mismo que convida suele hacer pagar á escote; y el agraviado en adulterio, toma, por sancion pública, dinero del ofensor en satisfaccion: bien que á estas vergonzosas prácticas puede tambien contribuir el espíritu mercantil.

5° El sistema de las virtudes sociales ó de racionalidad, como que procede de unos mismos principios, es tan delicado y difícil como el sistema de la finura. Ni bastaria conocerlo para practicarlo; es menester habituarse á él, porque las cualidades morales

no penetran, no se contraen sino á fuerza de acostumbrarse.

Cultos como estamos, incurre en mil nulidades á cada paso nuestra juventud, con todo el esmero de su crianza. Es comunísimo en los jóvenes distinguidos hallarse encortados cuando se sientan entre personas de talento y de mundo, dimanando la cortedad de no conceptuarse capaces de portarse con propiedad en cada caso. ¿Qué le sucederá pues á un hombre comun? ¿qué á uno sin crianza? ¿qué á un salvage?

La historia de los países cuadra con esta observacion, mostrándose palpablemente en los que conocemos que la socialidad, la racionalidad y la finura no son obra de pocos años para una nacion.

Entre los antiguos griegos, á pesar de sus prodigiosos progresos en las artes, era comunísimo el alabarse. Los célebres artistas colgaban sus obras á la puerta con rótulos jactanciosos é insultantes. Sus filósofos, á escepcion de Aristóteles, que fué cortesano de un rey, tenian generalmente una ingenuidad pueril y de mucha presuncion. Unos carac-

téres como el de Sócrates, queriendo examinar y sojuzgar petulantemente á cuantos encontraba por la calle, y que vivió engañando con la verdad, es decir, que queria pasar por sábio pregonando importunamente que no sabia nada; el venerable Platon que, sin saber nada de sustancia, afectaba siempre un aire como de oráculo; pasarian en España por unos mentecatos, y todos los demas filósofos griegos, quitando á Epicuro, que fué hombre de ingenio y de mundo, por frenéticos. Las tropas griegas no conocieron la ley del honor. El palo era la sancion de los ciudadanos que servian en las armas; y, en vez de la palabra de honor, tanto entre ellos como entre los Romanos, se tomaba juramento. Los padres aun conservaban el derecho salvage de poder quitar la vida á sus recien nacidos.

En la antigua Roma, á vueltas de su estupendo lujo, habia tan poca delicadeza, que los amos de casa se tomaban siempre el mejor lugar á la mesa, y los convidados tenian que traer consigo la servilleta. Por direccion de Ciceron se cometió la grosería de ahorcar en

secreto á un noble como Lentulo; y en mil casos no tuvieron empacho de valerse de la traicion y de la perfidia. Sin embargo los Romanos, como que su gobierno, ademas de ser aristocrático, tuvo mucho mayor duracion que el de la antigua Grecia, llegaron á ser mas cultos en los modales.

La Inglaterra, en medio de estar mucho mas adelantada que la España en industria y en riqueza, guarda todavía muchos mas resabios del tiempo de su barbarie. Aun conservan el pelearse á mogicones, y las gentes mas distinguidas hacen el groserísimo ademan de ellos en las amenazas de chanza. Su bello sexo se trata con muy poca finura. Rara señora se peina de peluquero; para las calles mojadas estilan una especie de tréveres de hierro bajo del zapato : poquísimas gastan media de seda : el avanico principia á introducirse ahora; y los tacones no los usan aun sino las damas de gerarquía. En las comedias de lugar está bien visto tirarle á la cantora moneda de cobre desde el patio; y ella con todas sus galas, se baja para cogerla. Del pañuelo de narices se hace muy poco

uso: no parece mal en personas bastante decentes sonarse sin él. No se gastan servilletas sino en mesas de mucha distincion; y fabricándose tanta tijera en aquella isla, aun tienen la torpeza de cortarse las uñas con navaja. En las mesas se guarda una etiqueta, una torpeza y silencio cerril, que la hora de comer con ellos es para el forastero una hora de suplicio. El arte de la cocina á penas principia á conocerse ahora en Inglaterra. Las mugeres estrañan y agradecen mucho la oficiosidad y deferencia del Español y del Frances. Como Londres ha medrado tan rápidamente, ha contraido los vicios del lujo mas pronto que sus virtudes; y así el populacho ingles tiene una inmoralidad y una barbarie de que no es fácil hacerse una idea. Como los Españoles no están acostumbrados á ver trage fino sino en gente muy racional, les sorprende el verlo á cada paso en Inglaterra en gentes del trato mas soez. Todas las cosas inglesas tienen una mezcla de lo que acá llamamos *merced y señoría*. Lo mismo se dice de los Rusos que, neciamente, intentó afinar de golpe Pedro el Grande.

6° Esta diferencia de costumbres y de ideas que se halla en cada grado y periodo de civilizacion procede de la misma naturaleza, porque reparándolo un poco, se echa de ver bien facilmente que los usos de cada país, de cada edad, de cada clase son los que mas dicen á sus circunstancias. La virtud misma que mas éco hace, el valor, si quieren ser ingénuos los militares, no pueden ménos de confesar, se aprende, se habitúa, y se conaturaliza como la habilidad ó destreza en cualquier oficio. Generalmente los soldados no muestran mas descuido de las balas que las infelices vivanderas estimuladas de un interes tan despreciable como el de su pequeño tráfico.

Esto está en el órden. Por repugnante que le venga un estado á cualquiera, si no hay arbitrio ni esperanza de salir de él, ó si se toma como medio de vivir y aumentar, se sosiega pronto el hombre, y se aplica á sacar el mejor partido.

El carcelero ensordece á la pena y al reniego de los que custodia; el encerrado se familiariza con su tormento propio, y ríe,

canta y bayla al compas de las cadenas que lo abruman: y en la nacion mas fina del mundo hemos visto en nuestros dias familiarizarse un tiempo el mas sangriento de los suplicios, haciéndose casi una moda la serenidad en el modo de recibirlo.

En la vida salvage se necesita de muchas fuerzas corporales, sueño y piés ligeros, y buena vista; y á consecuencia esto es lo que tienen los salvages. Su poca sensualidad repone gradualmente el vigor original de las generaciones: criado casi á solas, el niño se hace sufrido; el hambre luego, los trabajos, la guerra acaban de empedernirlo, y no le queda piedad ni para sí ni para nadie. Tan fácil como lo recibe, da el martirio.

Si fuese este el caso de los vecinos de una ciudad populosa, ninguna pena, ni aun la pena capital podria contener á unos fieras, desapegados á sus familias, divorciados de sus mugeres, contentos con un puñado de hiervas, insensibles á los golpes, y careándose con la muerte á cada paso.

Por tanto está muy bien que del estado salvage al estado culto vayan gradualmente

disminuyendo la dureza y el valor para hacer lugar al amor y á la justicia; decaygan las virtudes austéras, sostituyendo por ellas las virtudes blandas y sociales.

La civilizacion, al mismo tiempo que trae la paz, suaviza las guerras, y la subsistencia no sale tanto de la fuerza como del arte. El ciudadano tiene mas seguridad, mas conveniencia, mas compañía y mejor vida. Las luces se le despegan, el carácter se le afina, y á la ley del interes y de la fuerza sucede la ley del honor y de la estima; á lo animal sucede lo racional; y lo que ántes parecia un bruto, ya parece hombre.

La honra del salvage no sale del estrecho ámbito de su tribu, no se estiende sino á los que le conocen de vista, y aun para con estos no son objeto de vanidad sino las habilidades ó virtudes toscas que vienen con sus circunstancias.

En la sociedad civil, la honra se esterioriza y se fija con el equipage, con este acompaña por todas partes, indicando la conducta que hay que esperar; y los derechos que no están señalados por la ley los arranca la

opinion que el trage infunde ó el viso particular que pretende cada cual.

Está pues muy bien que en las grandes ciudades, al paso que la mayor dificultad de conocerse da mas libertad, el mayor lujo ate mas la gente, encomendando así la naturaleza á la vanidad lo que no es de esperar de la vergüenza.

En la sociedad civil no hay cualidad por la cual no pueda brillar el hombre, porque todas tienen su uso, siendo así incomparablemente mayores los estímulos económicos y sociales.

Por las mismas razones, en los grados intermedios desde el salvage hasta el hombre fino, desde el mendigo hasta el magnate la dureza ó la blandura, la grosería ó la finura, el pensar interesado ó el pensar con desinteres, los pocos ó los muchos modales, la irracionalidad ó la racionalidad están en proporcion de las circunstancias ó conveniencia de cada periodo, grado, ó clase; cada una tiene lo que le conviene; y el mayor ó menor viso que hacen; la menor ó mayor estima que merecen, es generalmente propor-

cional á la dignidad intrínseca del individuo.

La opinion pública ha señalado siempre esta diferencia. Hijos del comun sentir los estatutos de las naciones, en cada tiempo son proporcionales á la rusticidad ó finura del pais.

Cuando por no estar tan adelantada la civilizacion, era mas dura la gente comun, se empleaba el tormento para estimular los reos á la confesion. En nuestros tiempos, sin que se hubiese cansado tanto el escritor italiano de delitos y penas, hallamos bárbara la costumbre, porque, ménos duros ya, la mera carga de hierro se nota ser estímulo suficiente á pocas horas. Pero cuando se instituyó el tormento, era muy fundado, igualmente que los crueles palos que se repartian á los ciudadanos griegos que servian en las armas.

En Rusia y en Turquía todo se gobierna á palos y azotes, y regularmente convendrá así. Entre nosotros ni aun ponerle la mano se puede á un hombre de honor : quedaría degradado en el concepto del vecindario, á no espiar la profanacion por su mano propia.

En la nacion mas natural amiga de la

nuestra, anteriormente á su revolucion, cuando las tropas se componian de enganchados, de sentenciados, de miserables, en una palabra; de gentes de ningun honor, el palo era, como en todas partes, la sancion del soldado raso. En el momento que, con la revolucion, se alistaron gentes de honor, ya fué imposible el palo; todos representaron pidiendo mejor la muerte; y desde entónces han tomado tal decoro las sanciones militares, que ni para llevarlo al suplicio se le ata á ningun soldado. Pero no se infiera de aquí que pueden gobernar por honor los que no lo tienen, no se infiera que al que se crió sin honor se le puede infundir de golpe. El que quitado el palo, se gabiernen bien los miserables entremezclados en la tropa decente que se ha dicho, consiste en la mayor crueldad que se ha añadido á las sanciones, pues por cualquier cosa se arcabucea. Esta novedad no puede subsistir sino miéntras dure la estraña novedad de su rigorosísima diciplina. La paz pondrá fin á esta necesidad. Las sanciones entónces parecerán crueles, no podrán ejecutarse, y habrá que hacer distincion de

personas en el castigo ó dejar el delito impune.

El que cada clase y cada grado de civilizacion y de dignidad tenga las costumbres morales que le son mas propias, es régimen muy sábio de la naturaleza.

Si el aldeano hallase semejantes suyos en otra parte que en la aldea, el flujo por la mayor compañía le haria desertar de los campos para buscarla, porque por bien que parezcan el campo y los animales, siempre atraen mas las personas, y la compañía de estas en ninguna parte se escoge y varía como donde hay muchas.

Por la diferencia de carácter y costumbres es por lo que se atiene cada cual á su esfera propia, y no se encamina sino por grados á las esferas mas lucidas á cuyas costumbres es imposible hacerse de repente. Un patan no se encuentra entre caballeros, ni uno del comercio se acomoda facilmente con hombres de carrera. La adhesion de cada cual á sus costumbres y á los de su carácter es lo que tiene subordinado el mundo. Aquello en que nos criamos hace una impresion que no se des-

arraiga. Es propension de todo viejo declamar contra lo que no se usaba ó hacia cuando era él jóven; inspirando así la naturaleza la lentitud y los grados que requiere la obra indeliberada de la civilizacion del hombre.

Por todo lo que se acaba de decir se ve bien clara la diferencia moral que hay de estado á estado, de clase á clase, y que la civilizacion y la cultura afian y mejoran el interior del hombre.

Las virtudes que mas se exageran de los lugares y de los rústicos son la fidelidad ú honestidad de las mugeres y la sencillez de las costumbres, quiere decir, su naturalidad é ingenuidad.

Por lo que hace á la honestidad de las aldeanas, no procede de disposicion interior, sino de no haber entre ellas ni seductores ni facilidad de seducir. El mas mínimo paso se acecha y se hace la conversacion de todo el vecindario. Se saben los haberes de cada una, y cualquier gala ó joya que se pongan, se averigua por ápices de donde ha salido. Pero no hay lugar ninguno donde si se aloja tropa

por algun tiempo, no den bastante que decir las mas de las mugeres.

Bien desentrañado, la pasion de los amores se perfecciona y la honestidad es mayor á proporcion de la cultura. Tambien lo que se llama decadencia de la ingenuidad es una de de las modificaciones mas racionales y útiles de la especie. Ambas proposiciones van á probarse largamente en los dos capítulos siguientes.

CAPITULO XI.

Del progreso de los amores y de sus congruencias.

1º. Por los campos y en los lugares cortos está mas concentrado en el hombre el estímulo sensual; com ohay en ellos poco de que abusar y muy poco en que elegir, la primera que viene á mano es buena para muger; y no bien le apunta el bozo al hombre, cuando ya, por una pasion poco moral, se encuentra hecho padre de familia.

Entre los salvages, parientes que son los mas en cada tribu, hay todavía ménos que de abusar y ménos en que elegir, y el hambre tambien los ocupa mucho para vagarles en amores. Por otra parte la rusticidad y ninguna espresion en el rostro, la grosería de la conversacion y de los modales disminuye el atractivo de la muger; el estar el cuerpo á la vista le quita esa confianza mas que dar en prenda; y la hollinosa

tez que lo cubre le barre casi todas las gracias. Y así entre los salvages debe parecer mas estraño el enamorado, debe parecer mayor locura la de cegarse en preferencias donde todo es tan parejo. La pasion pues les queda reducida á lo absolutamente vergonzoso. Una pasion así, no puede declararse ni á muger, ni á hombre; sofoca á la una y ofende al otro. Juntando con esto el que los salvages tienen menor condescendencia, resulta en limpio que la pasion de los amores debe sentarles ridícula en términos de no hallar indulgencia en el circunstante; al modo que entre los cultos tampoco se disimula ninguna descortesía natural é indeliberada pero que no sea absolutamente necesaria. El salvage que rondase á una muger, ó quisiese tratar de matrimonio por sí, no podia ménos de ser atoreado solemnemente por toda la tribu.

Esto cuadra con las relaciones originales y fidedignas, contestes todas en que el hijo de familia entre los salvages incurre en un oprobio eterno, si hace el mas mínimo ademan de preferencia por una muger mas bien

que no por otra; si en punto de casamiento no se deja ciegamente en manos de sus padres; si despues de concertado por estos el casamiento, muestra curiosidad de saber con quien, como ni cuando; si, casado ya, quiere dejar la vivienda de sus padres; ó en ningun tiempo le ven oficiosidad amorosa con la muger.

Por aquí se demuestra palpable la ninguna originalidad y el ningun mérito del instituto matrimonial de Licurgo, cuya admiracion es la rutina de todo escritor moderno. El adulterio era raro en Lacedemonia porque era tambien raro y difícil el goce de la union legítima: lo primero era afrentoso porque lo era tambien lo segundo. No arguía esto fidelidad y virtud de parte de la muger, sino solamente que ningun hombre queria ser atoreado del público. La muger de uno de los sucesores de Licurgo no fué por cierto tan difícil, que á primera vista no se rindiese, con mucha infamia para su marido, á un capitan de Atenas. Las Espartanas no podian tener mucha idea de la ofensa que es el adulterio: ni querian á sus maridos (porque,

¿como los habian de querer casi sin tratarlos?) ni en entregarse veian otra culpa que la de incurrir en irrision. Pero en los pueblos bien civilizados la muger que tiene juicio y un marido que la merezca, se deja despedazar ántes que entregarse á nadie.

El poderse hablar de la pasion entre nosotros consiste en ser muy distinta y tener poco de lo vergonzoso. Quien no apreciase del otro sexo sino lo material, pasaria por irracional, y se tendria que esconder de todos. Sus palabras no hallarian oidos, ni sus demostraciones condescendencia. Para lo material bien poca diferencia puede haber de una muger á otra; y seria mucha bestialidad mirar con el mismo ojo á un javalí que á una Venus. De lo que se lleva el hombre culto, y es lo único de que no parezca mal llevarse, es del atractivo, es decir de la elegancia de la figura, del atractivo, de las gracias, del mirar, del habla, en una palabra, de los agregados que saben todos. Estos agregados son como el condimento de una vianda insulsa y solo apetitosa á fuerza de hambre. Los agregados hacen que la pasion cunda y

se tolere, del mismo modo que los condimentos del arte hacen cundir y tolerar la gula.

Del estado pues salvage al estado culto, y de las clases bajas á las clases distinguidas el recato mengua gradualmente porque la pasion pierde gradualmente de su indecencia: en vez de dirigirse á lo animal, se dirige á lo racional, y en vez de amar el cuerpo, ama mas bien la voluntad. Así entre los bárbaros la violencia es muy frecuente, y no se mira como gran delito. Las Sabinas fueron robadas, y los historiadores antiguos que lo refieren, no hacen mucho alto en ello. En las guerras antiguas las hostilidades se estendian al pudor de las mugeres, y á la honra de los padres y maridos, y esto se miraba, no como una infamia, sino como un fracaso. En los pueblos cultos el último suplicio se hace poco por la violencia; porque ni aun la muerte del violador aplaca el agravio en nuestro concepto. La gente de honor lo pierde con una demanda matrimonial: la gente ordinaria no desmerece por ponerla; conociéndose bien así el distinto rumbo de la pasion.

Esta pues se afina y se hace mas perene al paso que se aumenta; no halla indulgencia sino á proporcion que se va afinando; y las reglas ó estilos del recato en cada estado y cada clase son las que convienen á la calidad de la pasion de cada cual.

El recato cerril en una señora fina es injurioso para los circunstantes y para sí propia. Una doncella del campo tiene que coserse los labios, bajar los ojos, rara vez sonreirse, ninguna reirse, cerrarse el pañuelo á raiz del cuello, y aun así no está segura: todos se le atreven si va sola, siendo lo mas singular que no se ofende mucho, mas ántes se envanece interiormente de los ligeros atrevimientos. Cuanto mas bárbaros son los países, tanto mas recato tienen que guardar las mugeres. Las Moras y las Turcas, mugeres tan poco delicadas que se venden en feria pública como cabezas de ganado, van tan recatadas, que escasamente se dejan una abertura para mirar donde pisan; y esto depende no de los zelos, como construyen los viageros, pues en no habiendo ocasion de recelar, nadie recela, sino evidentemente del atrevimiento

que á los bárbaros les infunde naturalmente una pasion brutal, cuyo objeto es lo material del cuerpo, y cuya única demostracion es el arrebatarlo. Las salvages no podrian ir ni desnudas ni vestidas, si sus tribus no fuesen tan pequeñas y sus costumbres tan austeras. El hambre de los salvages, al mismo tiempo de serles la epidemia, les es una medicina para vivir sosegados en cada tribu.

Entre la gente fina, como la pasion no ama lo momentáneo sino lo duardero, y no tira tanto á disfrutar lo material como á la distincion de obtener la voluntad de aquella criatura que se admira, hay ménos riesgo sin embargo del menor recato. La hermosura se mira, se bendice, pero no nos pone inquietos, no nos mueve á la demanda, en faltando ó esfera ó proporcion para ganar la voluntad.

Cada clase tiene su particular modo de juzgar del atractivo. La gente ordinaria, á pesar de ser su sexo evidentemente mas fácil que el sexo fino, mira á este como un prostituto, juzgándolo neciamente por aquel ménos recato que guarda, que le cuadra, y

que en la esfera ordinaria seria escandaloso. Los hombres ordinarios no piensan en mugeres finas, ni el hombre fino busca la cerril sino es para el momento, de suerte que esta halla brutal la pasion no solo en los de su clase propia, sino tambien en los de clase fina, teniendo así que recatarse igualmente de los unos que de los otros.

Acostumbrada la rústica á conocer el brutal género de pasion de los de su clase, recibe á coces qualquier espresion de cortesía del hombre fino. La conversacion amorosa le es igual sofoco que la obra, y no bien le habla ó la mira con agrado el hombre fino, cuando ya espera el atrevimiento. En consecuencia las espresiones con las damas rústicas no son de lengua sino es de manos.

2º El aumento que la pasion toma con la cultura no es solo una consecuencia, sino tambien un principio, un apoyo, una máquina esencial de la cultura, de suerte que si posible fuese disminuir ó alterar la pasion, la sociedad retrocediera ácia el estado salvage.

La carga del matrimonio se aumenta gradualmente con la cultura.

Los salvages no tienen que pensar ni en la presente suerte de una muger que no visitan sino acaso una vez al año, y eso con tan poca pompa, como que es á escondidas, ni tampoco en la suerte futura de los hijos, de los cuales los que no se matan adrede, necesitan poco mas que ser puestos en dos piés, siéndoles enteramente ociosa la educacion para adquirir y representar el ningun rango de los que los engendraron.

El hombre civilizado está en muy otras circunstancias. Bien se sabe lo gravosa que es la carga de la muger y de la familia; y esta carga crece á proporcion de la riqueza. Con lo que á un rico le cuesta su muger podria tener cientos y acaso miles de concubinas; y si la pasion no pasase de lo animal, si fuese tan bárbara como la de los africanos y levantinos, todo rico incurriera en la insolencia de sus poligamias y serrallos. Para fijarse pues en una muger, para apechugar con la carga del matrimonio, es indispensable en los pueblos cultos una pasion fina

y vehemente, y para sobrellevarlo luego es necesario un incentivo no interrumpido de felicidades. Pocos hombres cultos se casáran, á no ser por la mayor pasion y el mayor desahogo de ella.

El desahogo, es decir, la libertad de vivir juntos los consortes no es un efecto de estas reflexiones, sino que se introduce indeliberadamente por otras causas.

La mayor pasion del hombre, y la mayor ocasion que las ciudades prestan para la distraccion de la muger encienden mas los zelos, y el hombre tiene que estar mas oficioso y servicial hasta vivir en la misma casa; reganando así en quietud lo que sacrifica en dependencia. Pero la causa principal de hacer vida comun los consortes en los pueblos civilizados es la misma finura, vehemencia è ininterrupcion de la pasion: deduciéndose de aquí, que al paso que crece la civilizacion, la pasion de los amores, su desahogo y sus frutos se encaminan gradualmente á su mejora, y la racionalidad y la especie van por esta parte ganando trecho.

3° Todas las dignidades crecen con la ci-

vilizacion. El rey originalmente era un particular poderoso, cuyo respeto se invocaba para reunir la gente á las espediciones y para resarcir agravios : el sacerdote era un timorato de ejemplares máximas : el soldado un vecino robusto que sellamaba á combatir: el juez era un mero hombre discreto è imparcial : artesano era todo el que necesitaba labrarse algo : y el casado es originalmente el privado amante de una muger.

Con el progreso de la sociedad, del mismo modo que se han dividido las artes mecánicas , constituyendo oficios ó dignidades á parte, con mucho ahorro del trabajo; así tambien la religion y las armas, el juzgado y el gobierno han llegado gradualmente á ser incumbencias ó dignidades separadas á proporcion que la necesidad ó casualidad les quitó á aquellos hombres privados sus otras ocupaciones, y los redujo impensadamente á una sola de estas. Entónces el hombre privado se advirtió que era ya hombre público, y nacieron los apodos de *militar, magistrado, sacerdote y emperador;* y se supuso con razon que estas dignidades ó cargos in-

funden, es decir, arguyen y requieren un carácter particular. Y en consecuencia de esta natural y obvia reflexion, se procurá criar ó diciplinar á cada cual de modo que el oficio le halle ya con el carácter ó disciplina propia.

Por este estilo es tambien el matrimonio. Originalmente no hay ni necesidad ni posibilidad de que el casado haga vida con su muger, como tampoco en el dia la hacen los amantes. Originalmente pues el matrimonio no es un estado, no infunde carácter; es decir, el ser casado como ni el ser amante no es una profesion á parte que ocupe la principal ó pública mira del hombre, y merezca apódo.

Si, civilizados ya, subsistieran en esta sencillez las cosas, habria muchos abusos. Pero como ántes de civilizarse la pasion es ménos perene y mas recatada, debe entónces haber muy pocos. Al paso pues que se pierde la rudeza primitiva, los abusos es natural que cundan hasta hacerse tantos que necesiten ya una raya. Esta raya es la ley, por que ninguna ley es originalmente otra cosa

que una raya á los abusos. Los abusos son como precursores de la ley, y, anteriormente á los abusos, no ocurre idear ley alguna, rige entónces meramente el instinto de la naturaleza. Supónese pues con fundamento, que, á consultar meramente lo natural, el estado del matrimonio es originalmente el mero estado de amantes, y en suma el matrimonio no es estado originalmente.

Pero, esperimentados los abusos, es muy natural ponerles la raya de hacer espresa la contrata tácita, solemne la fe privada de los amantes.

Sacados al público los amores, ya tuvieron apódo : el amante se llamó *casado*, y la amistad privada se llamó amistad solemne ó *matrimonio*. Por donde se ve que la institucion del matrimonio no es en resumidas cuentas sino una proteccion política del derecho natural, ó lo que es lo mismo, del instinto de los amantes; y por tanto aquel instituto no puede derogar en lo mas mínimo lo que la pasion amorosa inspira contratar naturalmente á los amantes; condenándose por estos principios la poligamia, el descasamiento, y

los otros establecimientos corrompidos de algunos pueblos.

4° Antes de hacer vida comun, ántes de ponerse á un mismo yugo ó destino de la suerte los casados, el poco roze de la muger con el marido, las pocas occasiones de tropezar con él, y los ningunos cuidados domésticos, hacian no necessarias en la casada la amabilidad, la política, y las habilidades y prendas que en el dia. Consiguientemente la mira principal de la crianza de las mugeres en sociedad salvage no se dirige á grangearles esperanzas de casarse, y á hacerlas buenas madres de familia, pues que esta les es una pequeñísima incumbencia que se adquiere y y se desempeña facilmente.

Pero luego que el progreso de la pasion junta perenemente los consortes, y pone la casa, la familia y la felicidad del hombre al cargo de la muger; en una palabra, luego que con la civilizacion se estiende y se hace de mas importancia para la muger, y mas difícil de conseguir la incumbencia del matrimonio, tambien la mira de adquirirla y la de bien desempeñarla se hace parte mayor

de su educacion; y consiguientemente al paso que cree la cultura, el bello sexo se hace desde la niñez de partidas mas propias para grangearse y desempeñar el cargo de madre de familia,

Este cargo se desempeña con la economía, con el sufrimiento, con las buenas máximas y el buen ejemplo; y se grangea con el atractivo, con el recato proporcionado, con la prudencia, la amabilidad y discrecion. La mayor para madre de familia es la que tiene una moralidad mas fina y un carácter mas digno. Al paso pues que crece y cunde la civilizacion, y con ella la pasion amorosa del hombre, tambien crece y cunde naturalmente la racionalidad y la dignidad del carácter del bello sexo; coligiéndose de aquí que el incremento gradual de la pasion del hombre es la máquina que la naturaleza emplea para mejorar el interior de la muger; y que la mayor y mas perene llama que en los países cultos enciende el bello sexo es proporcional al mayor mérito intrínseco que tiene.

La naturaleza pues tiene á la muger mas ó ménos divorciada del hombre segun que es

mas ó ménos impropia para su compañía; y el hombre se estrecha mas ó ménos con la muger segun que lo intrínseco de ella lo merece mas ó ménos; y toda esta afeminacion de vivir juntos los consortes significa que el bello sexo vale mas de dia en dia, y hace mejor la vida. ¡Quien dijera que la flecha del amor habia de ser la dulce lima de la especie! No merecia ménos la racionalidad sino que viniese en amparo suyo Venus.

5º En atemperar la pasion al grado de cultura intenta la naturaleza no tan solo proporcionar la carga con el estímulo para emprenderla, sino tambien quitar del pecho de los rústicos un fuego embarazoso que los tendria en disension continua. Porque los amores, así como son la pasion que mas perenemente trastorna al que la tiene, así tambien es la que halla ménos condescendencia en el circunstante; empleando este contraste la sábia naturaleza para moderar y reglar el benéfico desenfreno en que le ha sido forzoso ligar los sexos.

Si el calor, que se muestra en los amores, parece desproporcionado con el mérito del

objeto, dan irrision las demostraciones, como cualquier locura fria : y si parecen bien fundados, incomoda de parte del de el otro sexo una distincion que nos propone y da en ojos, sin venir al caso. Nadie lo sufre sino el que está en desquite; y el señalarse uno es dar accion igual á todos.

Los zelos son la espresion mas viva y ménos equívoca de la pasion; y por tanto el demostrarlos es una desatencion tan grande, que el que la comete se mira como un hombre ido. La irrision se aumenta no poco con la singularidad y vehemencia del gesto al tiempo de dar zelos. Los amantes de poca discrecion siempre tienen quien los aceche, su familia misma, para burlarse y hacer platillo. En todo vecindario se persiguen los amores.

El recurso vulgar de mantenerse lejos y hacerse los frios está bien para cuando no hay antecedente; pero, habiéndolo, es ridiculizarse mas, porque es querer ocultar lo que no se puede ocultar al que está ya alerta, es graduar de tontos á los demas, y estos,

en retorno, le pasan unánimes la justa sentencia de mentecato.

El amante ó pretendiente que tiene talento y mundo, conociendo que todos le saben el flaco, y que á los ojos de los demas su pasion correspondida es ó envidiada ó ridícula, no se empeña en disimularla enteramente, mas acomódase á la opinion de estos, y como que hace fisga de sí mismo por lo burlesco. Este estilo es delicado, pero no hay otro para no chocar. Aun á los envidiosos les agrada que la cosa suene á chanza. Habiendo gracia en los ademanes, dichos y ocurencias, y finura para atemperarse á la confianza y genio de los circunstantes, es gustosísima la compañía con dos amantes. No habiendo eso en el hombre, si la dama tiene juicio, se sofoca á cada paso, se fastidia y llega á aborrecer tan indiscreto amante. Faltando el talento á los dos, lo mismo es quedar uno á solas con ellos, hay que tomar el sombrero á toda prisa.

A los consortes el aire único que les cuadra es el de una total indiferencia, porque se supone que su pasion está apagada. Los

amantes que guardan la misma frialdad se hacen sospechosos, y dan naturalmente mucho que decir.

A estos mismos principios debe ajustarse el teatro, si quieren hacerse decentes las escenas amorosas. En ellas no debe intervenir ninguna seriedad cuando se les suponen circunstantes.

Lo mismo es de advertir en la poesía. No hay cosa mas incómoda que aquellas seriedades, aquellas retóricas pedantescas y amorosas de los poetas modernos de la primera edad. Las obscenidades de Ovidio no incomodan ni el diezmo que aquellos amores permitidos. Virgilio, á pesar de la opulencia de sus versos, denota el trato poco fino con que se crió; su *Alexis* lo hace ménos preciable. Horacio trata el mismo vergonzoso asunto mas á las claras, y sin embargo no desazona, ántes bien divierte.

Tambien debe medirse por las mismas reglas la decencia de las pinturas. Deben representar lo obsceno del asunto, sin dar en ojos con la obscenidad; y cuando sea forzoso representarla, es menester lo hagan de un modo

ridículo que mueva á risa. Guardando esta regla, ni provocan, ni incomodan.

Los rústicos no son capaces de ninguna de estas reglas, y así no festejan sin escandalizar el vecindario, ni tienen baile que no se concluya á palos.

DIGRESION IIIª.

De la felicidad en general y particularmente con relacion á los amores.

1° De nada se habla mas que de la felicidad, y nada hay que los filósofos hayan entendido ménos. Antiguamente se contaban por cientos las opiniones; y esto es una prueba de que la cuestion no se propuso bien.

Cuando se pregunta en que consiste la felicidad del hombre en este mundo, se debia especificar de que grado de felicidad, y de que estacion de la vida se habla.

Una felicidad absoluta, es decir, una satisfaccion perene y agena de todo sinsabor, es imposible. No hay quien no tenga trabajos propios, y el que carece de estos, siente los agenos. No hay quien no sepa lo que es irritarse ó estar triste. El que no lo sabe es el tonto, y este es cabalmente á quien mas compadecemos.

Que el vivir sea una felicidad es claro, porque todos lo aman. A todo el que se muere le tenemos lástima; y el luto que vestimos es prueba de lo amable que es la vida.

El que pretendiese ser en todo feliz, seria desgraciado, al modo que seria un necio quien pensase no ser engañado nunca. Todo el que es cuerdo supone que lo han de engañar una vez ú otra, y así no le da el engaño tanto chasco. De la misma manera, el que quiera ser feliz debe contar con los trabajos; y por tanto la resignacion es una parte necesaria para ser dichoso.

El que se empeña en arreglar el mundo, el que quiere que los demas lo miren como un dechado, el que no sufre que nadie discrepe de él, el que carece de condescendencia, el intolerante, en suma el hombre poco culto tiene un embarazo grande para ser feliz. El en nada se complace, todo lo tilda, todo le disuena, siempre tiene hirviendo las entrañas.

En los escritos del dia es de moda encarecer la reduccion de necesidades. No se ha de beber, no se ha de fumar, no se ha de comer

con regalo, la ropa ha de ser indiferente, y escasamente se ha de alzar la vista al astro de la luz. Ignoramos á que se dirige este sermon. Qué ha de ganar el hombre quitándose necesidades? tiempo. ¿Y para qué es el tiempo sin gusto? No hay dicho mas aturdido que el que se atribuye al sucesor de Aristóteles en su escuela: « la pérdida mayor es la del tiempo. » Mayor es la de la paciencia; mayor tambien es la de la salud. Mas vale malgastar el tiempo que pasarlo en una cama martirizado del boticario.

La libertad de tenderse en el suelo no resarce el suplicio de ser en todo el último. El que carece de los cuidados del dinero se acuesta con el torcédor de pensar de donde sacará el pan mañana; ó si cae enfermo, á quien acudirá con sus lamentos: y los que dicen: « Dios proveerá, » no se sientan á aguardar el cuervo, mas echan buen jornal aporreando puertas, ó madrugan á la plaza á atisbar quien de los que compran cambia.

Las necesidades, dicen, hacen dependiente al hombre. Mas vale ser dependiente que no tener nada en que ocuparse. Sin necesidades,

no hay gustos. El que ignora lo que es la sed, no sabe el gusto que es el agua. Quien quiera gustos ha de querer necesidades, y un hombre sin estas, pasaria la vida en cuclillas como el salvage cuando se halla satisfecho. En suma predicar contra las necesidades es predicar por la vida salvage, es abogar por la castracion, por la insensibilidad, por el suicidio, por la no existencia. Con efecto tal suele ser la espresion de los ignorantes; cuando uno muere, dicen « ya descansa, » y nadie le envidia el tal descanso.

Una vida ocupada sin interrupcion, se nos hace fastidiosa. Por divertida que sea la ocupacion, si es continua, cansa luego. Hasta los músicos ejercen su oficio de mala gana; y no tocan si no les pagan. Está bien la ocupacion interpolada con el descanso; pero mejores que la ocupacion sea voluntaria. El depender del trabajo nadie lo cuenta por felicidad; y el que es muy pobre no puede ser feliz. Todo pobre tira á hacerse rico, y ningun rico quiere empobrecer. Es una pedantería en los literatos suponer que los poderosos no pueden ser felices. Plática mentirosa

y vana, encaminada á realzar y hacer envidiable su desmedrada y quejicosa clase.

2° Tampoco es una misma la felicidad de todas las edades. Lo que es bueno para el niño no es bueno para el adulto; este reniega del gusto de los viejos; y en lo que tienen sus glorias las mugeres no encuentran los hombres la menor sustancia.

El niño gusta de juguetes y embelecos y de corretear con otros niños : el anciano se complace en mandar y reprender : la muger está contenta con adornarse y parecer bien : el adulto se desvive por hacer fortuna : y la primavera varonil no halla sus delicias sino á la sombra del bello sexo, no tiene sosiego sino á la inmediacion de quien se lo quita.

Decir, como casi se ha hecho de rutina, que la felicidad consiste en el ejercicio de la virtud, es una opinion que tiene mas de timorata que de filosófica. Ella contradice la inegable tendencia de las edades. En Epicuro tuvo mérito la opinion por la novedad y la marcialidad con que la espuso. Pero es muy evidente que el interes del individuo no coincide con el interes de la especie, que como

ya se dijo, es el que corresponde acaso con el plan de la ley natural; el individuo no tiene en el corazon el bien de la especie; y aun cuando lo tuviera, es muy recóndito el hilo de ese bien para que, en el solemnísimo atraso en que todavía estamos de cultura, pueda rastrearlo el vulgo. No necesita la ley de la naturaleza ser del gusto del individuo para obligarlo y hacérsele venerable mal su grado. El camino de la ley natural lo seguimós á ciegas en virtud de la coaccion, ó como látigo de la naturaleza; y en lo que se llama racionalidad el discurso no tiene ninguna parte, el interes individual bien poca.

La opinion del arzobispo de Cambray que atribuye la mayor felicidad de este mundo á los reyes que se ganen el amor de sus pueblos, es una lisonja no ménos manifiesta que importuna. Para estimular á su príncipe no se necesitaba invocar un oráculo que lo declarase el mas envidiable de los hombres; ni en la boca de un legislador tan cuerdo y respetable, como se supone un Minos, parece propio un engreimiento semejante, aun cuando tuviese fundamento. Pero este será siem-

pre un defecto del escelente poema del Telémaco, pregonar en el tono de los Dioses máximas poco examinadas; al modo que La Bruyere, careciendo del talento de observar, puso sus caprichos aturdidos á la par de las observaciones de Teofrasto.

3° Las inclinaciones características de cada edad ó periodo de la vida no se parecen, no convienen en nada sino en el flujo por el viso. El niño está contento con dominar sus muñecos, y llamar la atencion de los otros niños: la muger mas envidiada de las otras es la que tiene mas galas y adoracion: el jóven no se trueca por nadie, si tiene partido con el bello sexo: el hombre hecho palpita de alegría á cada nuevo honor que logra; y el anciano se remoza si coge puesto de mando.

El centro pues de cada edad es la nombradía y admiracion por las cualidades propias de ella, y bien que estémos llenos de otras pasiones, y miras accesorias, la pasion que domina y que las asume en su servicio á todas es la de hacer viso.

El viso que se hace por los juegos ó por el parecer tiene poca esfera y dura poco tiempo.

El viso por las cualidades intrínsecas no principia sino desde que se adquieren estas, y no subsiste sino lo que la vida: es menester un mérito prodigioso para que se haga caso de los muertos. El viso en nada se fija tan duraderamente como en las riquezas; y el mismo flujo que tenemos por dejar en la prole un monumento vivo y duradero de nuestra persona propia nos hace mirar las riquezas como un objeto de mayor deseo que ningun otro.

Pero el flujo por el viso tiene por lo general sus límites.

Lo que es imposible para las fuerzas ó circunstancias de uno no lo pone inquieto. El que no sabe leer, bien conoce algo del mérito de la ciencia, bien quisiera tenerla, pero no presume de letrado. El pobre no osa competir en lujo con el rico; el viejo no emprende conquistar mozas; el niño no la hecha de hombre, ni al jóven le ocurre el pensamiento de hacer sombra al bello sexo.

En el plan pues de la felicidad de cada uno no entran sino los objetos propios de la edad, del rango, del ejercicio; y el flujo por hacer

viso se limita naturalmente, atemperándose á la esfera y facultades de cada cual.

De esta limitacion dimana lo que llamamos quietud del ánimo; y por tanto la quietud es una de las partes que supone la felicidad.

A pesar de aquella limitacion general del flujo por hacer viso, hay circunstancias particulares que, en vez de limitarlo, lo fomentan. Estas son las que constituyen lo que llamamos esperanzas. La esperanza es la madre de la inquietud.

El que entra en carrera donde el adelanto no depende ni de los años, ni del nacimiento, ni de los haberes, ni del mérito sino del capricho de la fortuna, pone las miras desde el principio en el escalon mas alto, y tiene la vida inquieta. El se afana por grangearse coyunturas favorables, sacrificando los amigos, la salud, el honor, y todo cuanto pueda embarazarle para sus quiméricas intrigas. Todo aquel que suponiendo poco por su mérito ó por su cuna, entra en carrera de ambicion, se hace inconsecuente, ingrato inmoral y bajo; y sus primitivos conocidos, ántes de

ser, cual infaliblemente lo son, detestados de él, se anticipan á detestarlo solemnemente, siendo por un justo instinto los primeros á publicar la miseria y bajeza con que se criase, la estupidez en que, por consiguiente, viviese sumido, y la vanidad altanería y desaciertos que promete.

Un hombre así, aun cuando, por un aborto del acaso, logre su tema, es muy infeliz. El mando le sienta como el vestido magnífico á un patan. El no puede hacer ilusion sino á los que no le conocen: se asusta á la mera vista de un hombre de talento que se tenga un poco sobre sí: con nadie de cuya venalidad y bajeza no esté bien seguro, osa internarse en lo mas mínimo: y á pesar de su delgadez en ocultar la falta de fondo y de carácter; á pesar del aire postizo y violento de marcialidad y de sonrisa, y de las palabritas recalcadas, superficiales y misteriosas; á pesar de la memoria y vigilancia que aparenta con los insensatos, hablándoles, ántes que se lo recuerden, de su pequeña dependencia ó de alguna frustería de los tiempos pasados; y á pesar de la hambrienta aclama-

cion de los encantados pretendientes embaidos con dedadas de miel, la torpeza de sus menguadas hechuras sacadas todas de las escerias, como para tenerlos mas sumisos, le vociferan el fondo de ignorancia, de pequeñez y de malicia; y en medio de la brillante farsa, y de los inciensos del aturdimiento, tiene dentro un torcedor que le agua todas las satisfacciones; los berridos de su propia desconfianza y desconcepto lo abisman á cada negocio arduo; y sobresáltase al menor ruido de pensar en el momento cierto de su descubrimiento y vilipendio : bien así como el desdichado que con embustes y trampantojos pasa por un gran caballero fuera de su lugar, suda de agonía al encontrar algun conterráneo que lo conoce, y que con la sola palabra que va á hablar, toda la fanfarria le hace tiestos.

El hombre estraordinario que entra en carrera, y va de grado en grado en fuerza de sus talentos y de su sólido carácter, le sienta el mando como á un magnate su vestido propio. El no se engrie ni aparenta. Como su mérito consiste en lo que tiene de la natura-

leza, el modo de ostentar es portarse siempre natural. Aunque el ridículo papel que hacen los otros á su lado, los reuna para derribarlo, nunca puede caer del concepto y veneracion pública : perseguido, denigrado y sacado mismo á un patíbulo, sigue entronado en el corazon de sus compatriotas : el semblante de estos trahido en el pensamiento, le eleva el corazon : la persecucion lo empeña en el alarde de su magnanimidad; y los tiros de la suerte por abatir á un hombre grande, lo realzan y hacen mas señalada su memoria.

El que desea pues lo que no le corresponde, aun cuando lo logre, no habrá con ello su felicidad; y de consiguiente una de las partes para obtenerla es saber distinguir entre la suerte y el merecimiento, no escediéndose en el concepto del valor propio.

4° Pero para la felicidad contribuyen otros varios agregados ademas del viso correspondiente. Las operaciones de la vida no todas son objeto de viso : unas son públicas, otras privadas, y otras todavía se recatan. No siempre se está en la calle; la mayor parte

del tiempo es en casa, y mucho de este se pasa en la alcova.

Las operaciones públicas sacan su principal valor del viso. No es así en las otras. Los dolores, las desazones, los quebrantos, bien que se templen, no se quitan con la compañía ó compasion agena. Y así miramos como parte de la felicidad la salud, la conconveniencia, y la buena familia; y estos son los puntos de que parece política preguntarse entre amigos.

Por lo que hace á la conveniencia, casi todo su valor depende de la costumbre; y lo material del equipage y lujo contribuye bien poco para la felicidad.

La salud contribuye mucho mas, pero no tanto como la familia. La muger, y los hijos, y los parientes cercanos se estiman si no tanto, ó á veces mas que la persona propia, por lo ménos lo bastante para que su felicidad sea parte de la nuestra.

Entre ellos la muger es quien nos tira mas; y así trae del viso correspondiente, nada influye mas en la felicidad del hombre que su buena union con la compañera.

5° La estrecha y perene pasion en que inflama la muger, cuadra no solo con el mayor placer material de que es orígen, sino tambien con sus circunstancias naturales para una amistad mayor y mas duradera que ninguna otra.

La amistad duplica la felicidad del hombre. Las satisfacciones de un amigo se le hacen dable mayores de verlas comunicadas cordialmente al interior del otro; los disgustos se hacen doble llevaderos de participarlos con el mismo; y en compañía con un amigo no hay nada indiferente. Si todos nos fuesen amigos cordiales, no podríamos vivir de tanta dicha, pues el esceso de alegría trastorna y produce un efecto mas ejecutivo que el de los pesares; y así la espresion natural del gozo fuerte son las lágrimas y los sollozos.

La amistad con los del propio sexo está sujeta á mil eventos que la hacen mal segura.

Con aquel que no es de la propia esfera y cultura de uno mismo es difícil el unirse con intimidad y con igualdad. La union del inferior con el superior quiebra de preciso con el trato estrecho, y solo puede hacerse sub-

sistente á fuerza de dependencia y de interes.

Dos que son iguales se pueden unir cuando entrambos tienen discernimiento para graduarse mutuamente, y buen carácter para no escederse ni quedarse cortos en el concepto propio.

Pero á pesar de esta buena disposicion, las circunstancias vienen facilmente á poner rivalidad entre los dos amigos. Aquel que aumenta, suscita la displicencia y últimamente la aversion del otro. Sus mugeres, sus familias, y otros mil incidentes llegan á torcerlos ó las ausencias á enfriarlos. De suerte que los amigos que se disfrutan, y son los únicos que uno se propone grangear, no son aquellos amigos imaginarios que se casan uno con otro y están eternamente inseparables, sino aquellos que recrean y que sirven mientras las circunstancias lo permiten; sin cuidarse uno de contratar solemnemente un vínculo perpetuo, ni internarse en los bárbaros términos que los rústicos, pues en internándose mucho, se notan mas las diferencias, y no subsiste tan bien la union, diciendo por esto el refran « la mucha conversacion

» es causa del menosprecio. » La distraccion que proporcionan las ciudades grandes, y la variedad de gentes y dependencias impide á los conocidos internarse demasiado; y esta es la causa de aquellas generosas amistades en los pueblos grandes que se mantienen eternas entre gentes que apenas se visitan media vez al año.

Conforme la muger no quiere que la vean descompuesta, sino prendida ya y puesta de estrado, así tampoco ninguna persona culta quiere que los amigos se le internen en las operaciones ó relaciones secretas, otorgando mucha licencia en todo lo demas; y la cultura introduce las reglas de la reserva para que la amistad subsista.

Pero acostumbrados los rústicos á internarse en sus aldeas con los vecinos, por estarles encima á toda hora y ser testigos del mas mínimo paso que den; son muy impolíticos luego en las ciudades, muelen con visitas, curiosidades, confianzas y fastidios, y hay que quitárselos de encima á palos. Todo rústico, si le dan el pie, se toma la mano; y el despego y el tono de autoridad con que

lo trata el hombre culto, es conducente al bien de entrambos.

Pero la amistad de un sexo con el otro es de una naturaleza bien distinta.

La muger nunca puede ser rival del hombre, á no ser que se realizase el ignorante y quimérico proyecto de educarla como este, habilitándola para las incumbencias varoniles. La muger no puede subsistir bien sino es á la sombra del varon; y el cuidado de la casa y de la familia, es decir, el principal cuidado de la vida es comun á entranbos. El interes de una muger buena nunca puede ser distinto del interes de un marido que la merezca; y consiguientemente los motivos de amistad entre los consortes son mas fuertes y estables que los que hay aun entre padre é hijos. En estos la diferencia de edades les hace fastidiarse, y ademas ocurren razones de estrañarse. Alejandro fué émulo de su padre.

6° A pesar de su union en los intereses, la diferencia en el carácter y las propensiones haria imposible la union cordial de los consortes, bien así como las personas dese-

mejantes en carácter nunca unen, si la diferencia material del sexo no inflamase el pecho del hombre, y contrarrestase el efecto de la otra desarmonía interior.

La amistad pues con el otro sexo se funda radicalmente en un grado de amor; y por consiguiente son distintos movimientos ó afectos la amistad del hombre con la muger, y la amistad mutua de los hombres. La amistad pues á lo Platónico es imposible; y todo el que se interna mucho con una muger, no necesitándola, da naturalmente que decir; siendo por esto una usanza corriente entre los amantes cuerdos travar ó fingir negocios para que no se estrañe la intimidad.

7° Los ancianos, por ser ya insensibles á los amores hablan mal de ellos; no de otra suerte que al harto ó inapetente le fastidia ver la mesa puesta; ó bien así como los jóvenes no hallan sustancia alguna en los juguetes y pasatiempos que son la delicia de los niños.

Pero lo cierto es que nada llena de todo punto el corazon del hombre sino es el corazon de la muger. El que quiere de firme á

una, ya no piensa en otra. Por nada se aprisiona perpetuamente el hombre, sino es por la muger. Por ella se dejan los amigos, los parientes, los padres, sin que la dejacion parezca estraña. Si el ambicioso se desdeña de los amores, tambien el feliz amante se rie del estrépito de los reynos. La ambicion obstruye digámoslo así, el corazon, y lo cierra enteramente á los amores, pero una vez enamorado el hombre, no hay ambicion que lo arranque de su objeto. El enamorado que, poniéndole en la una mano la dama, y en la otra un reyno, se tirase al reyno, hiciera una escena vil: todos gritarian que era indigno de mandar.

Pocos monarcas y ménos ministros conocen la quietud. Cuando no temen caer, piensan en conquistas, ó en hacer ruido. El amante, en conquistando el corazon de su dama, arrima las armas para siempre, y lo único que pediria es que la lozanía y el calor no se acabasen nunca.

Una novela sin amores, es un papelujo insulso para la gente jóven. Todas las conversaciones de la juventud vienen á parar á

los amores, y en tocándose este punto, á nadie le coge el sueño. La estacion de los amores no es ni en la niñez ni en la vejez, es decir, ni ántes de hacerse el hombre, ni luego al ir desmoronándose su máquina; pareciendo en cierto modo que la vida del hombre es principalmente intentada para los amores, no viéndose en lo demas de ella sino sus débiles ó principios ó fragmentos.

¿Qué objeto puede producir aquel deleitoso fuego, que encienden los ojos de la que, sin saber porqué, es, por beneficio de la naturaleza, la nacida para compañera? Alegre, triste, enfermo ó sano, descansado ó exhausto, siempre prende la llama á la mirada de la querida: moribundo que esté el hombre, abre los ojos al grito de esta para entregarle, llorando en gusto, por último tributo, si posible fuese, el alma.

¿Y que monarca de toda la tierra puede compararse en felicidad con aquel jóven difícil que, lleno de esperiencia y de mundo, tiene la ventura de caer cautivo, y fijarse en una de su esfera? Si la gana en quietud, el inmenso sentido con que se goza le hace

desdeñar las dichas de los Dioses; y si hay contra tiempos, como le tenga el corazon, las furtivas horas equivalen en su concepto por eternidades. No gravita la piedra con tanta fuerza ácia su centro como los sentidos del fino é ilustrado amante empos de las pisadas de su dichosa dama; y el serle perpetuo esclavo le parece á él muy pequeño pago de la firme y discreta correspondencia.

El que goza mucho de la ambicion, disfruta poco del amor. Entre los individuos de las clases altas, como tienen pocas mugeres de donde elegir la suya, raro es feliz con ella; y no hay nadie mas desdichado que el que se apasiona por muger de ménos esfera. La llama que prende en este no asienta en su propio pábulo, mas lo tiene devorado en vano como Tántalo empos de la gota de agua; porque si la ambicion es altiva, no lo es ménos el amor. Este no se invoca con sacrificios parciales; pide el holocausto de la voluntad entera; y es en vano llover cetros sobre la muger mas miserable, si ella percibe en el amante concepto de disparidad. El amor todo lo iguala; y el poderoso que

no se abate de corazon no puede adquirir sino en alguna mercancía regateada.

8° Pero es digno de notarse que la ininterrupcion y la fuerza de los amores en la sociedad civil parece que dependen del flujo por el viso.

Cualquiera poderoso que se sacase á un desierto con un esclavo suyo, al cabo lo trataria como á un igual suyo. La principal parte de la satisfaccion causada por el acatamiento depende del viso que se hace por él. A solas no hay viso, ni por consiguiente ademanes de elevacion. Los poderosos en secreto se humanan mas. Bien decia aquel general que: « ningun héroe parece tal á su ayuda de cámara.

Lo mismo que de la grandeza puede decirse de la hermosura. La hermosa no precia tanto por el voto de su amante como por el voto de los demas. Sacada á un desierto con el amante, ella perdiera tan pronto la presuncion como este los amores. El amante no valúa tanto á la dama por la impresion que á él le hace como por la que nota ó figura en los demas. En prueba de lo cual, el que

tiene el capricho de gustar de alguna muy fea en el concepto público, oculta mucho los amores, y los pierde en cuanto se los descubren.

La rivalidad hace en los amores un efecto como el de la competencia de los compradores en el mercado. El amante puja, digámoslo así, en el precio de la dama porque hay ó imagina que habrá otros muchos que la quieran. Así una ramera despreciable y desechada, en cuanto se le arrima algun poderoso que la equipe, despierta el ojo de los que ántes la despreciaban. Por una razon semejante es por lo que las galas realzan á las mugeres. La mal vestida no da idea de tener séquito de gente fina, y por consiguiente ofrece poca rivalidad. Quitando el efecto de la rivalidad, el amor se reduce á lo meramente físico ó brutal.

Todo hombre es propenso á hacer alarde del agasajo que halle en el bello sexo. Quizá no canta los favores, pero se engríe de que las gentes se los piensen; y el que lo siente es porque ó por su estado ó por sus circunstancias, desmerece de la nombradía. Las

venturas que no hubiesen de sonar, se estimarian poco; y el ansia por ellas seria brutal y vergonzosa. Así es que hallamos brutal y vergonzosísima la pasion en todos aquellos que la tienen, siéndoles por su estado deshonrosa. Estos, cuando la dama no está á solas, son serviles é hipócritas, quedando sola, audaces. Su grosera pasion no tiene otro freno que la vergüenza, y en cuanto, por quedarse sin testigos, desaparece esta, cargan como el lobo hambriento contra su inocente presa. Por el contrario es el que tiene pasion fina: si hay gentes delante, se esparce y parece adelantado; y en quedando sin testigos, es sumamente corto. Este es cierto que ama lo físico, pero no á secas, sino condimentado con lo moral: sin lo moral, lo físico no le atrae. Lo moral no es objeto de servicio, sino de respeto. A solas pues, muestra su pasion, esto es, se acata y se tiene humilde el amante fino: delante de otra, disimula el acatamiento, y se esparce por harmonizar con ellos. Por mucha ocasion que vea el amante fino, nunca se mueve á atrevimiento; y todo el riesgo

que corre la dama es el de apasionársela.

Las mugeres son mas circunspectas que los hombres en órden al alarde, porque son mas frias; pero la que tiene pasion, ella misma la publica, con ménos rebozo por el mismo hecho de no hacerle agravio al hombre: y toda la que siente que los demas sospechen su debilidad notoria, podrá tener venalidad ó vicio, pero no amor. Ninguna dama que quiso á su galan, quebró con él por hablador: tal vez lo riñe, y siente la hablanduría por los inconvenientes; pero interiormente se complace, y le duele que haya inconvenientes en hacer gala: pudiéndose inferir de estas reflexiones, que la exaltacion de la sensualidad al amor proviene quizá de asociársele el flujo por hacer viso.

Los zelos pueden esplicarse por el mismo principio. Lo que se franquea á otro nos quita la singularidad; bien así como el que va á lucirse con una idea nueva, y halla que otro se le anticipe.

9° Los amantes no se bastan á sí mismos: necesitan compañía agena que los selaze, es

decir, que forzándolos á reprimirse, los concentre para desearse luego. La intolerancia del circunstante es un estímulo natural para concentrarse y hacer mas permanente la pasion. No hubiera amores si no chocase su demostracion.

La naturaleza pues hace muy sabiamente que á proporcion que es mas firme la pasion, sea menor la intolerancia de los circunstantes; y que del estado rudo al estado fino mengüe el recato gradualmente.

El atractivo pues y su efecto, el amor nace y crece con la sociedad, y fuera de esta no habria ni uno ni otro. Los amores no traerian mas felicidad que el agua en habiendo sed. Y por lo mismo de no ser periódica la sensualidad del hombre, el bello sexo esperimentaria peor suerte que las hembras de los animales, perdiendo su predominio, y siendo todo el año víctima de la fuerza.

El flujo pues por el viso eleva la brutalidad al amor, quiere decir, fija la voluntad del hombre, lo sujeta á una muger sola, y rompe las cadenas que arrastraria el bello sexo, en los pueblos cultos conforme las ar-

rastra en algun modo entre los bárbaros.

Los zelos crecen del estado salvage al estado culto, de las clases groseras á las clases finas. Todo el sistema moral del hombre hasta el de su felicidad se modifica de distinto modo de un periodo social á otro, de una clase á otra.

CAPITULO XII.

De la decadencia de la ingenuidad.

1° Entre las cualidades morales no hay ninguna mas difícil de definir y graduar que la ingenuidad. Todos dicen : « yo soy ingenuo » yo soy claro, á cada cual le digo en su » cara mi sentir, y así quiero me traten los » demas. » Y un hombre claro no puede unir con nadie.

Una sociedad donde cada cual contuviese sentado, tendido, llorando, cantando, ó como le diese la gana, pareceria una jaula de locos. La amistad mismo, con toda su confianza, tiene ciertos límites; miéntras el un amigo padece, no se pone á holgar el otro, aunque tenga gana. La amistad, lejos de escluir la harmonía, se funda en suponerla : la confianza de harmonizar en lo sustancial es el título para dispensar las ceremonias. No

habiendo esta confianza, es indispensable el esterior de las ceremonias; y si la ingenuidad es virtud en unos casos, la reserva lo es en otros.

Con el que hace ó dice lo que siente no pueden conformarse los circunstantes sino en cuanto tenga ó razon en ello, ó autoridad para exigir el acatamiento. No habiendo ni uno ni otro, nadie quiere sufrir que lo sojuzguen, mas emprende con el necio que tal tenta con sus debilidades. Rara desavenencia procede de otra causa que de la impropiedad de las demostraciones ó palabras, de no reprímir las debilidades, de ser demasiado ingenuo.

Al contrario el que es sufrido, el que se porta como si le doliese poco lo suyo, y mucho lo ageno, tiene una prenda noble que lo quista en todas partes, aun cuando no tenga otra recomendacion. Todos gustamos de que armonizen con nosotros, y no puede ménos de hacérsenos agradable aquel que nos atienda, condescendiendo y disimulando nuestras debilidades, á no ser ya aquellas cuya tolerancia es bajeza ó adulacion clara; diciendo por

eso el refran « quien del mundo quiera gozar ha de ver, oir y callar. En lo cual debe entenderse que el callar no es solo de lengua, sino tambien en las demostraciones, porque tanto habla lo uno como lo otro.

El que tiene una falta que no puede ó le es duro remediar, se contenta con que se la disimulen, es decir, con que se porten como si no se la echasen de ver, porque cada cual quiere estar dentro de la harmonía, y siente discrepar de ella en un cabello. Por tanto el recordarle á uno sus faltas es un agravio grande; y el que guardase siempre la ingenuidad de Sócrates, es un detestable que se complace en aguar la felicidad agena, y merecia ser emponzoñado como lo fué aquel intolerante.

Hay mucha diferencia de hablar en la cara al hablar á la espalda. « Al rey por detras se le hacen las higas » dice el refran : quiere decir, que muchas cosas, que no incomodan pensadas en el interior ó dichas á la espalda, serian un motivo de quebrar, si se dijesen en la cara. El que no mas habla á la espalda, se supone tiene aun respeto.

Cualquiera muger que tenga una amistad desdorosa, bien sabe que todos los que le andan al rededor se lo piensan, y supone que cada uno de estos lo habla al oido con aquellos con quienes tenga mas confianza que con ella. Por esto no se ofende porque ella misma da el derecho. Pero se ofendiera gravemente, si hablándole en la cara, le supusiesen el desdoro. Por eso dice con mucha elecuencia el refran « en casa del ahorcado la soga no se miente. » Esta decencia en las demostraciones, esta especie de farsa, este como secreto á voces, no es ninguna cosa imaginaria, arguye una tolerancia y condescendencia positiva, y es absolutamente necesaria para la quietud del mundo, porque si al que tiene alguna singularidad defectuosa no lo tolerase nadie, tendria que huir de toda sociedad.

Se llama hablador ó murmurador, ó largo de lengua el que hace conversacion de las faltas de sus conocidos con otros con quienes no tenga tanta intimidad. Al reparon ó hablad or todos le huyen el cuerpo, todos le tratan con reserva y con despego.

El carácter hablador dimana de falta de

condescendencia, dimana de conceptuarse tanto á sí mismo, como querer ser la regla de los demas, no sufriendo que nadie discrepe de ella en lo mas mínimo. Esta presuncion, que regularmente es de quien ménos debiera tenerla, hace que, por lo general, todo aquel que es poco escrupuloso para los demas, sea muy nimio para sí. Nadie es menos sufrido que el reparon. El mismo engreimiento que le hace zaherir á los que no se le conforman en un todo, es decir, á todo el mundo, lo enciende en cólera contra los que le tildan; porque claro es que si el no conformársele es el motivo de zaherir, nadie se le conforma ménos que aquel que ademas de no conformársele, lo tilda. El hablador se empeña en tapar las bocas, y pasa un purgatorio, siempre desviviéndose por oir, por acechar, por preguntar, sorprendiendo papeles, casando especies y respirando el chisme. Un carácter tan diabólico no puede conservar ningun amigo porque la esencia de la amistad exige condescendencia. Todo murmurador es curioso, ó reparon; las molestias del reparar no se toman sino por el flujo de murmurar,

por el flujo de zaherir, por el flujo de mostrarse el corrector y el digno caudillo del linage humano. Ningun reparon tiene amigos que le duren; y todo aquel que carece de amigos íntimos, antiguos y sólidos, sepa, para su humillacion y enmienda, que es murmurador, es intolerante, es un vano, es un ignorante; y si está necesitado, como no mude de carácter; no cuente con salir jamas de pobre. Suele decirse que los amigos son pocos y aquellos ignorantes que lo dicen echan la culpa á los demas en vez de echársela á sí mismos. Dicen que el mundo está perdido. Si esto es cierto, la pérdida consistiria en tener hombres como estos que se quejan. El mundo, por lo general, es justo. Quien esté quejoso de no hallar amigos, dome su carácter intolerante, y verá que pronto que los halla. Cada cual tiene sus debilidades. Mal nos tolerarán las nuestras, si no sufrimos las de los otros. Pero el que usa condescendencia, halla la misma en todos. La condescendencia hace amables; y el amor habituado es lo que se llama amistad. Para el que tiene buen corazon y buenas luces, no hay cosa

mas fácil que hacerse amigos; los hace aun sin intentarlo. Consuela tanto el hallar buenas entrañas y una condescendencia juiciosa, que todos buscan las personas de estas amables partidas para servirlas desinteresadamente.

La propension pues de harmonizar con los demas rompe la ingenuidad, y hace reportarse en apetitos, en demostraciones y en palabras. Una ingenuidad ilimitada supondria que la regla de la conducta era el sentido, interes, ó capricho propio, y no el sentido, el interes y el semblante ageno. El ser ilimitadamente ingenuo quiere decir ser irracional.

Cuando damos con alguno demasiado ingenuo en cosas que no nos zahieran, lo miramos como un loco que hace reir, ó como un hombre de estos que se llaman angelicales. Algunos hacen estudio de esta ingenuidad, bien que con delicadeza; y como se les conozca entendimiento, agradan y ganan la confianza á primera vista. Hay talento de portarse con llaneza sin apearse uno de su rango. Tales son aquellas personas que en todas partes hacen lo que quieren, y todo

les cae bien. Para esto son precisos muchos alcances; y el que careciendo de ellos, quiere hacer del gracioso, se hace pestilente en toda sociedad. Quien estiende la escesiva ingenuidad á cosas de sustancia, se mira como un grosero, y mentecato. Lo que se llama marcialidad no es propiamente sino un cierto esceso de ingenuidad empleado con juicio. El que tiene un carácter alegre, fino y marcial, es el alma de qualquier tertulia donde entra: él infunde el tono á todos, él los alegra, los esparce, y los tiene en una libertad y regocijo, que se pierde sensiblemente en el momento de él salirse.

La doblez suele ocultarse con la apariencia de ingenuidad; y este es uno de los artes mas útiles en el mundo. Todo comerciante lo posée para sus privados negocios económicos, y el cortesano para los políticos; pero en sacándolos de estos pequeños ramos, es lo comun descosérseles la boca y ser el juguete de qualquier persona de fondo. Ellos sin embargo hacen mucho ruido, y suenan sus golpes de talento; bien así como los descubrimientos de Newton, por ser en cosas de

cielos y planetas, hacen mas vulto que los adelantos de otros hombres de mas mérito.

Algunos tienen el fuerte por aparentar misterio, y hacer del hombre reservado, y como suele decirse, de mucha recámara; cuya flaqueza es una de las mas peligrosas y ridículas. Para una vez que, por casualidad, aprovecha, daña ciento de preciso. Este es un carácter descubierto al vuelo; y se conoce la mucha limitacion en que, por lo general, el que es misterioso en las pequeñezes es un boquirroto en las cosas de sustancia. El hombre misterioso tiene mucha vanidad ó timidez, y poco fondo: incapaz de lucir en las cosas recias, quiere hacerse valer por lo que nada importa; y en llegándole un asunto serio, se aturde y busca miserablemente auxilio ó consuelo en aquellos que no se lo han de dar. Al contrario, el que se siente con capacidad para lo grande, se desdeña de las cosas pequeñas, es franquísimo, y aun negligente en estas, al modo que un hombre generoso y pudiente no hace gala de regalar algun ochavo.

El carácter de reserva revestido de un

aire ingenuo y marcial, es difícil de conocerse; y esta es la causa de ganarse la confianza y descubrir el pecho ageno. Nadie lo pasa mejor en el mundo que las personas de este feliz carácter. Tal persona hay que los mas, aun de los que la tratan, á su parecer de ellos, con ingenuidad, la juzgan llana, sin doblez, demasiado ingenua, y aun quizá fácil y habladora; y qualquiera que, teniendo mundo, nota que su escesiva ingenuidad nunca es en cosas de trascendencia, se admira de la reserva y meollo del sugeto. Tal tartamudea que tiene cuando quiere la lengua como una espada. Tal creian los demas pasado, y se le halla aguantado con treinta y una de mano; pero aguantado sin alarde, mas ántes persuadiendo que él mismo lo ignoraba. El que hace alarde de la reserva y del talento, saca poco partido. Gustosísimos reconocemos al que realmente alcanza mas, pero no queremos que él se anticipe y se dé á reconocer. No sufrimos encima sino al que nosotros mismos ponemos por nuestra propia mano; y en cuanto él olvida este orígen de su exaltacion, tiramos á escupirlo. Con todos que-

remos condescender, ménos con el que no lo hace; y no hay en el mundo mas subordinacion que la espontánea.

Convengamos en que la naturaleza nos manda, por nuestra propia felicidad y la agena, no decir ni demostrar siempre lo que se siente. Saber lo que se ha de decir ó demostrar, y el modo y sazon de decirlo ó demostrarlo, es la gran ciencia del hombre sociable.

2º Si bien se mira, las reglas del decoro del estilo dimanan originalmente de las reglas de la ingenuidad.

Cuando se está con sugetos de mayor gerarquía, ellos están desahogados, y uno se siente corto. Ellos tienen libertades para hacer y decir lo que uno no puede. Ellos pueden ser mas ingenuos, y uno tiene que guardar cierta reserva : uno tiene que reprimirse mil movimientos y espresiones , ó les pierde el fuero. Por eso el estilo con gentes de gerarquía es un estilo circunspecto, estudiado, corto. La conversacion con los grandes debe ser concisa; parece mal tender el paño y querer uno como llevar la voz, ó dar lec-

ciones. Estas no sientan bien sino es muy rogadas, y aun entónces deben ser cortas, porque el consejo, confianza fastidiosa á todos, es detestable con los grandes. Las espresiones de mucha cólera ó alegría, como no sea en cosas en que ellos tengan mucha parte, parecen tan pésimas por escrito como malas cara á cara.

Cuando se está en un público, se estudia uno el esterior y la lengua, y no puede permitirse en el estilo solemne la confianza, el desahogo y la llaneza que en el estilo didáctico de maestro á discípulos, ó en el familiar de amigo á amigo. No hay cosa mas incómoda que el desentono que notamos muchas veces en el púlpito, aquel manoteo, aquellos gritos y estruendo, aquel escucharse el predicador, aquellas espresiones de cólera y confianza, aquel flujo por ostentar y por hacer dominante tal vez su opinion, aquel furor por tratar al auditorio con poco respeto, como si fuese algun miserable criado del que habla. Lo que se le permite al predicador es que él, por razon de su oficio, se juzgue como un perito en las Pandectas de la reli-

gion, y á consecuencia haga mencion de sus saludables máximas, sin orgullo, mas con mansedumbre como un hermano nuestro que tiene nuestros propios deslices, y que igualmente que nosotros, necesita refrescarlos. Una persona de mayor carácter puede levantar algo el tono. Así un obispo tiene otras libertades, pero tampoco debe perder de vista que él es un hombre tan de carne y sangre como nosotros. Un sábio y virtuoso de mucha fama puede trenar de otra suerte que un orador adocenado. Si se juntan la subiduría y la virtud con la autoridad, se aumenta mucho la licencia. Así un apóstol que se supone como caudillo de un auditorio rudo, y que demuestra con milagros patentes á la vista de todo el auditorio la inspiracion de Dios, tiene naturalmente unas libertades que quitan la paciencia cuando, como es harto comun, las usurpa un miserable que predica por dos pesos, ó por hacer del hombre.

Para hablar ó escribir con decoro, es menester guardar inviolablemente en el plan, en cada parte, y en cad espresion la cere-

monia que corresponde del rango en que uno esté al rango y humor de aquellos á quienes se habla ó se escribe.

Por eso en las ocasiones de regocijos públicos, en los panegíricos y acciones de gracias es sumamente propio el adorno, la ponderacion, la difusion. A nadie le sienta mal que harmonizen con él, y sean algo difusos en hablarle de su gusto. Por lo mismo son impolíticas las reprensiones furibundas con que algunos oradores vienen á aguar los dias de grandes celebridades, y despues de poner el beneficio ó el santo á las nubes, sofocan y abisman el auditorio.

Nada está mas arreglado que el estilo de las cartas pastorales; y lo único que deseáramos es que los prelados las escribiesen siempre por sí, sin encargarlas á nadie que no sepa por esperiencia lo que es ser prelado, ó que acaso esté en tentacion de adularlo, porque estas causas suelen hacer que al prelado se le ponga demasiado alto, y á los feligreses demasiado bajo. Estos, en un tiempo de tanta cultura como el de hoy, no pueden tratarse ya como animales, sino como racio-

nales de la propia especie é ilustracion que el prelado suyo. Tambien se ve alguna vez que al prelado se le abate al principio con estudio para realzar mas la dignidad de su ministerio y facultades. El que se halla con un cargo que sincera y realmente le parece demasiado honorífico para sus méritos, lo desempeña con cortetad. ¿ Porqué pues, en las pastorales que principian por hacer pequeña la persona privada del obispo, vemos tomarse luego un fuero nada inferior al de los apóstoles? Aunque los obispos tengan toda la jurisdicion de los apóstoles, no por eso pueden pretender aquel fuero especial, aquella seguridad, dominio y licencias que infunde la inspiracion.

El estilo poético se diferencia de los demas estilos en suponerse que el poeta está arrebatado de entusiasmo, y no guarda mas miramiento que el de vaciar su pecho á compas de la harmonía. Al que está en un rapto de pasion le toleramos lo que no se sufre del que está sereno. Sin embargo, si el poeta no guarda juicio, dirémos que está, no con entusiasmo, sino en delirio.

3º Por la dificultad del decoro del estilo puede formarse juicio de lo difícil que es la observancia de las reglas de la ingenuidad.

Son contadísimos los escritores que hayan brillado en muchos estilos á la vez: tan contados como los actores que hagan á muchos caractéres, esto es, á cómico y á trágico, á serio y á bufo.

Ciceron, á pesar de su rancio crédito en lo forense y en lo familiar, no alcanzó en estos estilos tanto como en el didáctico; y en todos tres, como ya se insuó, tiene el imperdonable defecto de escucharse. Nuestro Séneca, casi el solo de los antiguos que hiciese á prosa y á verso, sobresalió de mucho en la prosa. Horacio, poeta el mas delicado para las composiciones cortas, se sentia y era, incapaz para las largas; bien así como el que habla poco, lo luce, y si se estiende, lo echa á perder. Y Sócrates, cuyo estilo era bueno para perorar, se engaña Ciceron en creer que, teniendo tan poca sustancia, hubiera podido disertar bien: ni tampoco Platon, cuyo estilo dialógico no tiene nada de particular sino la claridad, hubiera

perorado bien. Bosuet, que fué bien elocuente en los elogios fúnebres, es infelícisimo en lo didáctico. Todos los estilos juntos nadie, de quien haya memoria, ha llegado á poseerlos con propiedad sino el célebre maestro y compañero, y poco agradecido del rey de Prusia.

Aun el coger bien un solo estilo cuesta mucho. En la antigua Grecia no fué comun el escribir fino hasta que Periclés hizo á su patria aquel beneficio de afinarla, á que infundadamente se atribuye su decadencia. En Roma los primeros escritores tanto en verso como en prosa fueron muy incultos. En Francia, hasta el tiempo de Luis XIV parece, por la profundísima historia de M. Voltaire, habia muy pocos escritos qne mereciesen la pena de leerse. En Inglaterra se ha ignorado lo que es escribir suelto hasta que, casi en nuestros dias, lo aprendió de los Franceses aquel despejado Addison, cuyo discurso preliminar al Milton parece sirvió de modelo al nuestro del Quijote. Los mas célebres ingleses faltan al decoro á cada paso. Pope, que, aunque no tuvo ninguna cualidad de gran poeta ni de filósofo, fué el restaurador de la versifi-

cacion inglesa, y picaba de cortesano, principia el ensayo del hombre, dándole al lord Bólingbroke, que era harto mas literato que él, este importuno consejo: « Despierta Bó- » lingbroke mio, y deja todas las cosas des- » preciables á la baja ambicion, y al orgullo » de los reyes. » En el prólogo guarda un tono muy altanero respecto de su pequeño talento, como desafiado á que hiciera otro lo que él no podia. En la carta á Racine acerca de la traduccion de aquella misma obra, trata con un orgullo insolente á aquel ilustrísimo poeta que tuvo la bondad de escribirle. En la Dunciada parece una verdulera cuando se baraja con algun mozo de cordel. En el ensayo del carácter de las mugeres, en vez de ridiculizar al bello sexo, se ridiculiza á sí mismo con la necia pretension de ostentar un género de estilo para el cual estaba muy lejos de darle el naipe. En la traduccion de aquella oda de Horacio *¿ Intermissa diù Venus, rursus bella moves?* empieza así: *¿ Again?* como si en castellano dijéramos: *¿ otra* ? ú *¿ otra tenemos?* En la oda del dia de santa Cecilia, composicion que

debia cantarse en una magnífica solemnidad, y de la cual habia ya otra oda muy decente de Dryden, rompe como queriendo imitar los Ditirambos de Píndaro, y, escasísimo de imaginacion, repite tres veces la palabra *to arms*, como tarareándola, y haciendo con ella un verso. El estilo epistolar ingles es de lo que acá llamamos « hablar puestos de golilla. » El escritor de los *Derechos del hombre*, ha querido hacer cabeza sin tener absolutamente la menor centella de originalidad ni filosofía; y el Recto Honorable, que está bien pensionado por haberlo mal impugnado, ha molido el público con una carta de cientos de hojas, y, proponiéndose en ella la imparcialidad, se muestra picado desde la cruz hasta la fecha. En el *Tom-Jones*, novela tan del gusto de los ingleses, que en pocos años le han hecho una infinidad de ediciones, no se guarda el decoro casi nunca. El autor cree copiar la naturaleza, dando en ojos con todo género de suciedades y groserías. Aun los ingleses de mas fondo, cuando carezcan de otros defectos, tienen el de ser unos plomos. Hárris, que, por voto del ce-

lebrado y modernísimo obispo de Londres, Louth, es un segundo Aristóteles en su Gramática universal, tiene la sandez de preferir á todos los estilos el rodeoso y tosco del diálogo. En suma el decoro y la finura del estilo es una obra de muchos tiempos todavía para la nacion inglesa, si sigue desdeñándose de las modas de la nacion que nos ilustra.

No ménos dificultosas que las reglas del estilo son las de la ingenuidad. Cuesta mucho el reportarse ó esplagarse con arreglo al rango, carácter, genio, ó confianza y temple de los circunstantes, sin perder de vista la dignidad de uno mismo. Pues esta flexibilidad se requiere para hacerse bien sociable.

El que se considera sin carácter ó sin talento para ello, si es persona prudente, toma el partido prudente, toma el partido prudente de hablar poco, y moderar el esceso, tanto de frialdad como de calor.

Pero el que presume de talento para cautivar á todos, es menester que principie por poseerse, por tener conocimiento del mundo, y una gran destreza en conocer al golpe el corazon de los circunstantes.

Se refiere como un prodigio el que Alcibiades, siendo bien jóven, admirase en Atenas por lo petimetre y frívolo no ménos que por la severidad y el seso; é hiciese ruido entre los Sátrapas de Persia por el lujo y la afeminacion, y de allí á poco en Esparta por lo frugal y austéro de sus costumbres.

En el *Ensayo del carácter de las naciones* se atribuye una prudencia y amabilidad por ese estilo á los Franceses. No puede negarse que el carácter frances es sumamente acomodado y amable; pero es incierto lo que se dice, que el Frances es Español en Madrid; é Ingles en Londres; mas al contrario no congenia ni en un país ni en otro. En España casi nunca los Franceses toman el trage del país, dependiendo de esto la enemiga general que hallan en el paisanage bajo; pues como entre los Españoles por maravilla se viste casaca sino entre gente fina, disuena y parece ridículo ver que entren con ella por España los Franceses pobres. Nosotros, á pesar de nuestro natural cariño al cuerpo de la nacion, no encontramos en los individuos la consecuencia, el asiento y la formalidad

de los Castellanos; nos parece que al pronto son mucho, y luego poco, amigos. Los Ingleses les notan lo mismo, y dicen que el individuo es niño hasta la edad de cuarenta años. Pero, en defensa de los principios sentados en este libro, debe tenerse presente que el carácter no lo forma solo la cultura, la educacion y la costumbre, como pretende infundadamente Helvecio, sino que le influye mucho lo material del país. Cuya observacion, original de Maquiavelo, se la han apropiado unos y contradicho otros, á la frente de los cuales está el historiador de Inglaterra, hombre de no tantos talentos como le vociferan sus paisanos. Lo cierto es que los vejetales suelen variar de flor y de virtudes en variando de país: varian tanto que ni la flor ni las virtudes son del carácter de las plantas. Una misma raza de animales, mudando de terreno, varía bajo de reglas fijas, á pocas generaciones, estendiendose la variacion no solo á las cualidades materiales, sino tambien á las virtuales. En nuestra especie tambien la variacion en lo material está á la vista. Traidos acá los ne-

gros emblanquecen á cierto número de generaciones; y nosotros en sus países ennegrecemos. De un país á otro varía constantemente no solo el color, la estatura, las carnes, el pelo, las fuerzas, sino tambien las facciones; pues así como hay aire de familia, hay tambien aire de nacion ó país. En España hay feos, como en todas partes; pero son bien raros los semblantes ridículos; por maravilla se ve ninguna de aquellas caras que á primera vista dan pasion de risa. En Francia estas son comunísimas; y parece que la abundancia de fisonomías ridículas cuadra bien con la voltariedad comun y con su pasion por reirse y ridiculizar. Difícil es creer que las variaciones constantes en lo material no traigan tambien otras variaciones constantes, aunque distintas, en lo virtual. Un escritor moderno observa y demuestra que el carácter voltario y frívolo es mas propio para las penalidades de la guerra: y esto da razon de la observacion de César y de Maquiavelo en órden al carácter belicoso de los franceses; debiéndose notar que la observacion de César no fué despues de hacerles la

guerra, tiempo en que su elogio del valor de los franceses seria sospechoso, sino ántes de pensarse en ella, al tiempo de la conjuracion de Catilina.

4° La historia del estilo es la historia de la ingenuidad y del buen modo.

Se llama estilo rudo el que carece del decoro debido al que habla ó al que oye. Las pláticas de Horacio en boca de Aníbal y de Régulo, y la de Gray en boca de uno de los antiguos Galeses imitan el mayor grado de elocuencia de que es capaz un patriota rústico. Las de Salustio y de Tácito, teniendo quizá no ménos energía, guardan el decoro de los hombres cultos á quienes las atribuyen.

La regla primordial de la conducta del hombre, es decir, el dictado de la animosidad es el egoismo; y el que estuviese siempre á solas, esplayaria su voluntad, sin ocurrirle ningun límite. El egoismo se enfrena con la fuerza moral de la compañía. Los niños condescendidos, esto es, poco corregidos en sus casas, se portan como egoistas en todas partes.

Las personas criadas en pueblos cortos, si bien guardan desde la niñez subordinacion

con sus vecinos, no saben generalizarla; y, á cualquier parte que salgan, son propensas á tomarse la preferencia. Conocidos mutuamente y á fondo todos los vecinos de una tribu ó de un lugar corto, se sabe y se canta en público el mal y el bien de cada uno. Por consiguiente entre ellos no está mal visto decir de sí y de los demas lo que todos vociferan, y suponerse y tomar un fuero que está graduado en público.

Criado en esta disciplina de hablar claro, conserva todo rústico la costumbre de alabar sus propias cosas y de reprender á los otros tanto mejor, cuanto ménos familiar les es, pues cuanto ménos le sepan sus flacos, mas confianza tiene de que no le puedan dar las tornas. A la mas pequeña diferencia que noten los rústicos ó lugareños, ya principian á carcajadas, como si los usos de su lugar hubieran de ser la ley del mundo. En los viages á las ferias es corriente usanza de toda gente ordinaria el que una patrulla atorée á las otras patrullas que encuentra por el camino. Los de lugareo rayanos en jurisdiccion están siempre como de hostilidades que no se con-

tienen sino es por tener un mismo jefe comun. Las tribus salvages, por carecer de este, están siempre de guerra á muerte. Cuando la Europa estaba dividida en pequeños estados, era casi incesante la guerra, En la antigua Grecia habia la misma indisposicion entre los pequeños estados que la componian; porque conforme cada vecino tira á rayar entre sus iguales, así tambien cada lugar, cada tribu, cada estado pequeño tiene pretension á la primacía, propendiendo naturalmente el mundo á la monarquía universal, sino fuese por el embarazo de la variedad de lenguas; de manera que esta variedad de ediomas que choca á primera vista con las ideas de la providencia, es tal ves la principal garantía de la libertad é independencia de las naciones. En las tropas griegas antiguamente cuando iban aliadas, eran frecuentes los motines, pretendiendo las de cada estado haber tenido la principal parte en la victoria; y hubo vez de estar para esterminarse mutuamente por el derecho de una cosa tan sinsustanciada como el trofeo. Trofeo era una señal que se ponia en el campo de batalla en ostentacion

de la victoria, como si no fuese harta memoria para el enemigo el irse derrotado. El trofeo era en propios términos un alarde y una jactancia de la cual podia burlarse el enemigo en mudándose la suerte de la guerra, ó por mejor decir, en mudándose la disciplina respectiva de los egércitos, siendo lo general depender de la superioridad en esta las victorias que luego se atribuyen los generales á sí propios. Lo único de que no puede burlarse el enemigo es de los golpes que reciba; pero el trofeo es una cosa tan pueril como el mojarse la oreja los muchachos. Pues por una cosa tan fútil como esta se hubiera destruido de todo punto la alianza de los Griegos, á no haber mediado el respeto y el ardid de Epaminondas. La propia rivalidad se verificaria entre los varios regimientos de una misma nacion, si sus plazas fuesen vitalicias, y no tuviesen un mismo jefe comun.

A fuerza de reportarse el hombre en sus apetitos llega á subyugarlos, y últimamente hace por sentido lo que principió por reflexion.

La concurrencia de forasteros en las ciu-

dades grandes hace que de puro haber muchos á quienes escarnecer, no se escarnezca á nadie. Los vecinos se acostumbran á ver distintos trages y estilos, hallan algunos mas vistosos ó acomodados que los suyos propios, los imitan sin ser notados, y de esta suerte se rompe aquella uniformidad de trage que es el período primitivo de la ropa, y que subsiste inviolable en todo pueblo chico y apartado de las carreras : pudiéndose decir que la variacion de vestido en la especie racional guarda sus períodos arreglados y tiene su influencia en el carácter del individuo, bien en algun modo como la variacion de la camisa en los insectos.

En el momento en que deja de chocar la novedad de los trages, no se injuria mas á los forasteros, se les tolera, se les respeta, se les atiende y protege como á los naturales del país, y se establecen sordamente las maximas de hospitalidad y de civilidad que componen el fuero general del hombre en cualquier punto de la tierra que se halle, y que se llaman el *derecho de gentes*. En ninguna nacion se reconoceria este derecho, si la cos-

tumbre de tolerar la variedad de los trages no quebrantase la intolerancia natural inspirada por el flujo de harmonizar. Pero en comenzando á no hacerse alto á la variedad de los trages, tambien comienza á no hacerse á la variedad de estilos y de ideas que el trage supone; y puede sentarse por principio que la variedad de los trages es el pregonero del derecho de gentes.

Por los mismos principios, el egoismo del hombre inculto su flujo por tomarse la preferencia, por alabarse, por hacer y decir lo que le dé la gana, y que nadie haga sino lo que quiere él, su flujo por reprender y ridiculizar á los demas, por dar voto y consejo en todo, por no tolerar que nadie discrepe de él, en una palabra, el flujo de todo hombre inculto por ser el monarca universal, y tratar el mundo como sino mas estuviese hecho por su propia conveniencia de él, no se enfrena hasta que, saliendo de su lugar, se encuentra hecho un despreciable, sin poder unirse con nadie. La pasion por entrar en el rango de los demas, y lucir como ellos le hace tomar el trage y los modales que ve necesarios en es-

tos para vivir en buena armonía; y cuanto mas cuerpo toma la sociedad, tanto mas el hombre aprende á reportarse, tanto mas cede de su derecho, tanto mas respeta los otros hombres, y tanto mas es respetado de estos, aumentándose así la libertad de unos y al paso que mengua aquella ingenuidad primordial.

Al pronto que se pasa del egoismo á la sociedad, se cae en la ceremonia y en la etiqueta, pero luego el incremento de la cultura trae la marcialidad, esta divina prenda introducida ó por lo ménos fomentada en España con las modas francesas, y por la cual se ha abolido lo incómodo de los ceremoniales y cumplidos: el atamiento antiguo se ha trocado en un aire libre, suelto y como sin estudio; no se ve en el porte del hombre fino la reflexion sino el sentido; la alegría lo anima todo; no hay ya aquel ceño molesto, aquella gravedad mesurada, aquella compostura y crítica diabólica que hacia de la sociedad doméstica un suplicio. El hombre se presenta con naturalidad, con desembarazo, con agrado, con confianza de hallar atencion y condescendencia casi

como un amigo la halla en otro; no se reserva en cosas fríbolas, no intenta avasallar á los demas, no los busca tanto por ceremonia como por desahogo; él se despoja de su rango; todo cuanto hay en la sala se trata como igual; el grande y el chico turnan en el mismo asiento : cada cual dice su sentir con entera franqueza, pero no en tono positivo, como sin dejar apelacion; y no se guarda otra cautela que la de no zaherir á nadie ni incomodar con necesidades y despropósitos : el bello sexo está entronado en su altura justa para que, lejos de temer atrevimiento, halle condescendencia y servicialidad en todos. En suma : cada cual por su término recibe mejor y mas amplio derecho y ménos censura que en el tiempo de la etiqueta; los meros conocidos se gozan y se sirven mejor que antiguamente los amigos; y por último, con la marcialidad se ha vuelto la sociedad el mayor placer y realce de la vida.

El decremento pues de ingenuidad que hay desde el estado rudo hasta el estado fino significa propiamente que la cultura destierra el egoismo que aisla los hombres, propende

gradualmente á hermanarlos mas y mas, y á hacer mas racional, gustosa y útil la compañía. Y la sencillez rústica que tanto se vocifera en las poesías tiene un espíritu contrario al de la hermosa sencillez, que es el grado sumo de la finura. Esta sencillez procede de condescendencia; y la sencillez rústica procede de tiranía. La una es racional; la otra es animal.

DIGRESION IV.

Comparacion de la vida del campo y de la ciudad.

Los poetas, por tener el flujo comun de todo literato, que es el de que no haya mas distincion que la del talento, en todos tiempos han sido propensos á figurarse que el mundo estaria mejor, si se quitase de raíz el lujo, en el cual ellos no pueden sobresalir, y los hombres viviesen esparcidos por los campos, como vivian en la edad que llaman de oro, es decir, en el período rudo anterior al cultivo de las artes en el cual se dice que la encina daba miel, y leche el rio, porque no habiendo entónces todavía vasos, las abejas labraban en los troncos huecos, y las reses sin caudillo buscaban la humedad y las vegas para pacer.

Horacio y Virgilio son los mas señalados en elogiar la vida del campo. Sus composiciones encantan el oido, pero no se gravan en el corazon.

Virgilio principalmente, esclavo de la opulencia de los versos, no reflexiona lo que dice, mas habla como á vulto en todo el *¡O fortunatos nimium!* Es cierto que pinta la vanidad con elocuencia, pero lo demas se reduce á afirmar inverosimilmente que la tierra produce sin trabajo del hombre; que el palacio: la arquitectura, el oro y la grana no valen una cueva, un charco, el bramido del buey y el dormir bajo de un árbol. Los objetos rústicos que toca son los bueyes, los becerros, los animales de cerda, el granero, los frutos del otoño, el mosto, la leche, la pelea de los cabritos, la tertulia de los rústicos, el tirar al blanco y el luchar; cosas por cierto de bien poco atractivo, y sin embargo el poeta les da la preferencia de buena fe.

Horacio ha hecho una composicion mas juiciosa aunque de ménos entusiasmo: y en vez de mostrarse convencido, la pone en boca de un logrero, que, resuelto ya en virtud de ella á hacerse rústico, se arrepiente inmediatamente. Los cuatro versos últimos del *Beatus ille* que algunos los hallan superfluos

y niegan sean de la composicion, ademas de estar preparados en el cuarto verso, cuadran con el juicio fino del poeta, en el cual no se le puede comparar ningun otro.

Un poeta moderno español ha tenido mas discrecion que los latinos en cuanto toma por asunto del elogio, no la trabajosa vida del labrador pobre, sino la vida pastoril, la cual, como tiene mas ocio, admite otra ilusion.

Pero á pesar de los esfuerzos de la elocuencia por abatir la vida de la ciudad, nadie deja el palacio por la choza, la limpieza por la suciedad, ni los racionales por las bestias.

El rústico huye la compañía de las ciudades porque su menor racionalidad de él, ó la diferencia de sus estilos lo hace impropio para ella. Así el africano huye al Europeo, el salvage aborrece al que no anda en cueros, y cada cual prefiere su propia patria, cuando saliendo de ella, se ve estraño en las agenas.

El campesino es bueno para el campo, donde no tiene que lidiar sino con la gente suya; fuera de esta, no halla quien lo sufra.

Su rostro indómito descompone á los demas con la brutal cólera, é, ignorante de la esprecion fina, lo suple todo con la lengua indiscreta ó con las manos; y así en sus fiestas ó enmudece, ó remata en riña. Siempre peca por los estremos de confianza y de quijotería, de altanería y de bajeza, por deslenguado ó por reserva cerril, por demasiado atado ó por demasiado suelto. Si quiere hacer del elevado, se hincha; si le da por humanarse, retoza y hay que ponerle travas. Falto de gusto, no discierne lo feo de lo hermoso, mas emprende con la primera que viene á mano, bárbaro máquina de la especie, no conociendo de los amores sino el material gusto de apagarlos.

Está muy bien que el tormento del hambre le supla por la delicia que á los manjares añade el arte; y que el molimiento del cuerpo le haga los guijarros tan blandos como la pluma.

Pero en las madrugadas frias no se arranque el sueño á racionales para trepar desnudos, entre escarchas y terrones, á solas todo el dia, atarantados del viento entre troncos

ateridos, ó en el ardoroso tiempo embebiéndose de sol la negra tez, y quebrantado el pecho de pensar que la misma carrera aguarda á los pequeños que quedan arrastrando por el suelo, y cuyos ayes de hambre quizá mimbrean los fugaces muros de la choza.

Huélguense si quieren, los poetas en el mojado valle, lacayos de una yunta, limpiando á los bueyes la ancha frente, ó en las lumbradas nocturnas, reclamo de garrotes y pendencias; ó bien meditando la mariposa que viene á poner insectos, la cabra que destroza los plantíos, ó el gallo que água el sueño. Vayan por allí desnudos trayendo la corteza de los soles y los aires en vez de ropa, entre las berroqueñas doncellas amoratadas de la losa, vestidas de madera, oyendo tocar el pito á los esclavos de las ovéjas. Y las veladas recréese con media docena de idiótas, escuálidos del trabajo, los unos hablando despropósitos, los otros dando cabezadas en torno de la lumbre, y á todos llorándoles los ojos, y saltándoles la cabeza del humo de la mugrienta chimenea.

Pero al hombre de rango, al hombre culto póngasele en una poblacion grande, donde el labrador y los pastores acudan diarios con lo escogido de sus campos y rebaños; donde los frutos, no vistos madurar, llenan mas el ojo; donde, en vez de senderos intratables, haya caminos anchos pavimentados en piedra labrada que no resvale; en vez de la desterrada chozilla, que ó se llueve ó hierve, una casa de tres altos aislada á cuatro calles, con varios órdenes de piezas para tener el silencio ó bullicio, y el temperamento que convenga; ó para que, apartados entre paredes de bronce, los consortes gocen en perfecta libertad las confianzas de su estado, sin que, testigos de sus ternuras ó de sus lides, los hijos reciban la ruinosa crianza que les trae de preciso la estrechez de la vivienda. Allí se alargan preciosamente las veladas ó en una dichosa soledad que hace mas agradable luego el bullicio de entre dia; ó con gentes finas que traen cotidianas en la uña las noticias y ocurrencias de todo el mundo; ó tal vez se pasan en el templo de la crianza, oyendo al discretísimo de ro-

busta voz que encanta cuando hace el trahan ó el tonto y sabe mas de lo que hace, y á la pratéa que esconde la poca edad, ó la manifiesta con mucho brillo, y cada vez parece de distinta patria y de distinta esfera: maestros poderosos uno y otra, si los inspira aquel pequeño y sacerdote de dos cultos, que, hablando poco, sabe hacer reir y tiene el mundo á raya.

¿Donde hay espectáculo mas incansable que la ciudad inmensa y opulenta situada en altos bien oreados, dominando por todos lados alguna campiña de muchas leguas, dispuesta en pendientes imperceptibles para escurrir las llúvias que la limpien? Sus calles desembarazadas y perdiéndose de vista, pero fáciles por los puntos de reunion, y por la diferencia de los frecuentes y soberbios edificios públicos, cortadas de placetas sembradas de fuentes, y empavesadas de fuego para redemir la esclavitud y el pavar de las tinieblas? Bullendo la gente dia y noche, todo ejercicio y precio libre, y las tiendas y los surtidos perpetuamente abiertos? El estrépito de la gente y de los carros lo esmaltan

diez retretas. Hay paseos y jardines diferentes proporcionados para el recreo en todas estaciones, temperamentos y horas : de dia ó de noche, en lluvia ó en sereno, en los calores ó en los frios. Los unos cubiertos raso á la elevacion de quinientos pies, desplegada viva entre pedestales y columnas la historia de los principales pasages de la tierra : otros de fuegos de artificio con inmensos bastidores y estatuas trasparentes, animados de una música que suena distante en medio.

Pero la arquitectura rústica rompe al viento libre, cual conviene, sin mas dosel que el firmamento. Allí los rios, los arroyos y los manantiales afrentados en las soledades fastidiosas del poeta, se ensalzan por canales de oro hasta los cielos para que, como don de estos, se desplome el agua en torrentes claros como el cristal por gradas infinitas, unas rectas, otras caracoladas, en tanto estrechas que haga aquella salto, en tanto anchas y subdivididas y lavando trasparente mil brillantes mármoles al deslizarse; ó bien rompe oblicua por los aires formando un iris ; ó sube derecha desha-

ciéndose de la fuerza y se cuelga en el viento como polvo; en otras partes cae en cascadas espumosas, salpica las adelfas que aman los peñascos, y tuerce luego lenta por entre cañadas entretenidas, dejando en zaga las espumas; ó parte como una saeta, cascajando dividida en los estorvos, y regolfa rápida en los leves senos del camino.

Las gibas de la tierra que coronan el radio de la vista, se cubren de árboles apiñados que escondan los confines y parezcan continuarlos inmensamente. En las planadas unas veces limpio todo en medio, y los vegetales en huestes á las márgenes; otras espesados á trechos los arbustos, formando gruesísimas columnas y fajas turbulentas de pirámides y de prismas que acá orlen, allá calzen en grada las familias de gigantes erguidos hasta las nubes en términos de sacarles al paso el escape eléctrico que las coagula; pero claros sus grupos, que la vista los coja todos por qualquier parte, haciendo á cada pisada distinto aspecto; y el sol y el aire y los horizontes variándose por momentos en torno del caudaloso rio serpenteando largo á flor

de tierra, y limpios sus costados de los tarayes zelosos de él; la madre del rio distinta siempre, que en tanto remansa como un lago, cuajado de isletas y de baños flotantes, en tanto se estrecha y apresura, ó se disipa en zequias que se saltan. Los reyes de las fieras acotados al raso por las cumbres para que con su aspecto y ronquido horrible realzen la paz que trae el arrestarlos; y otros de ellos sacados al espacioso anfiteatro para que se desbraven mutuamente, ó para ver el triunfo del atléta que los señorea, al modo que los padres del animal mas útil hacen un espectáculo marcialísimo cuando, sueltos y picados en el circo, berrean y caban rabiosos la tierra, destrozan otras fieras menores, vuelan en vano tras los hombres, y estando encarnizados hasta con las ropas, tiemblan el careo sosegado del español perezoso para huir.

Un dia de mas aumento, traido el mar á la tierra, las cindades gozarán encima de las aguas otro recreo mas augusto con el débil semejante nuestro que malseguro en un palmo de boya, se abalanza firme al mas tre-

mendo de los cuadrúpedos, y le pesca el alma por la boca en el momento de abrirse esta como un abismo en ansias inevitables de la mitad del bósforo.

Todos estos espectáculos realzados de enjambres de mugeres cultas, nutridas y lucientes de la abundancia, sueltas las trenzas, el talle alto naturalmente, el trage y el estilo bien marcial, los semblantes risueños de la dicha, entremezcladas con los hombres sin ningun riesgo, cada qual desconocido y libre pero atado con los adornos, y forzado á guardar racionalidad.

Y fuera, fuera de allí, por medio de la natural subida de los precios, la gente tosca que donde quier que está no puede ménos de turbar la holganza: fuera la canalla que, por no traer consigo ningun rango, no le desdice cualquier infamia ó atrevimiento. Y oígan al paso para contar y mover á estímulo en vez del rabel de Orfeo, mera campana de los albañiles de Tebas las inmensas y opulentísimas orquestras, que arrebatan el pecho bien así como se mece la cuerda en el instrumento.

CAPITULO XIII.

De la desigualdad por las cualidades interiores.

Nada es mas cierto á primera vista que el dicho de que las virtudes y los talentos son un título justo para hacer desiguales las personas. Pero necesita desmenuzarse y examinarse bien esta proposicion.

Las cualidades de la persona son la salud, las fuerzas, la hermosura, las habilidades, la virtud, el valor y la sabiduria,

La desigualdad, segun se dijo, consiste en el desigual trato, es decir, en el acatamiento espontáneo que el superior escita naturalmente en el inferior.

Con relacion á esta regla es fácil reconocer cada una de las cualidades referidas; pues aquellas que naturalmente escitan acatamiento, desigualan; y las que no lo escitan, no desigualan, por mucho que distingan.

Salud.

Al sano ó al robusto no se le trata con mas cumplimiento que al enfermo ó al débil. Al contrario los débiles ó enfermos se condescienden y se contemplen mas; bien que como esto no procede de admiracion, sino de compasion, no es título para que se eleven, sino mas bien para que agradezcan.

Fuerzas.

Las fuerzas no pueden ser objeto de mucha distincion. Es muy raro hallar quien sea tan fuerte como dos juntos. Si un débil, á solas con un fuerte, le tiene respeto, es por miedo, y no por admiracion. El público no le tiene miedo, y así no se le acata. Por débil que sea uno, pretende pertenecerle tan buen asiento como al mas fuerte. Las fuerzas pues, por mucho que distingan, y por mucha desigualdad física que produzcan, no producen ninguna desigualdad moral de la persona.

Hermosura.

Aunque es cierto que las mugeres hermo-

sas hallan en los jóvenes mayor acatamiento y fuero que las feas, las demas personas no hacen esa distincion, y por tanto la hermosura no es objeto natural de rango.

Virtud.

Aquí se entiende por virtud la cualidad del timorato. Este se hace amable, pero no infunde cortedad al circunstante, ántes, al contrario, la misma confianza que se tiene de su justificacion y mansedumbre, alienta á tratarlo con mas llaneza. A escepcion de los que tienen nombradía de hacer milagros ó participar del poderío de Dios, ningun timorato tiene séquito, es decir, ningun timorato escita aquella deferencia y acatamiento que es el constitutivo de la desigualdad. El que por la mera fama de virtuoso, se abrogase licencia y superioridad en el trato, no pareciera virtuoso, pues entendemos que la virtud debe ir acompañada de la humildad. La virtud no es cualidad que mueva á nadie á envidia, porque cada cual puede tenerla si

quiere, y nadie envidia aquello que está en su mano.

Habilidades.

El ansia que se tiene por las riquezas consiste en que las riquezas son objeto de un uso general, perene y duradero. No están en ese caso las habilidades. Pocas de ellas son objeto de la ansia general, y mucho ménos de una ansia vehemente y perene.

El que no sabe bailar, tocar, pintar, ni tiene ninguna habilidad, pretende no obstante tan buen asiento como el que tiene esas ú otras habilidades. Las habilidades pues no infunden en los circunstantes aquella cortedad y acatamiento que constituye la desigualdad espontánea.

Valor.

Entendiendo por valor el mero no temer la muerte, no infunde desigualdad alguna. Cualquiera arriesga la vida ó se acostumbra á ello con mucha facilidad. En la tropa veterana es muy raro el soldado cobarde. Cuali-

dad pues tan general y fácil de adquirir no puede producir desigualdad alguna.

Pero entendiendo por valor aquella serenidad, tino y desembarazo que es efecto de tener talento marcial, esto es, de tener talento para entender la situacion y operaciones del enemigo, hacer las que convienen para burlarlo ó vencerlo, y ganar la confianza y ascendiente de las tropas y de los pueblos, ésta habilidad, ésta arrogancia y talento, como que muestra una alma superior nacida para caudillar las naciones y hacerse dueños del mundo, es la que admira mas y mueve mayor ansia. Nada infunde mayor respeto á los compatriotas y á sus enemigos que un caudillo semejante. Toda la tierra tiembla de respeto á los piés de un héroe; y definido de esta suerte el valor, es la cualidad que mayor desigualdad produce. El imperio parece pertenecerles á los héroes naturalmente. Todos sienten una propension interior do ponerse bajo sus vanderas; todos admiran al conquistador aunque sea un bárbaro y desalmado: todos; por un movimiento espontáneo, se le hincan de rodillas; y el de-

recho de conquista, en medio de ser ageno de la razon seca, es un derecho respetado naturalmente, no por fuerza, sino por el acatamiento espontáneo que mueve aquel, en cuyo carácter, ventura ó talento se ostenta el pregon de la naturaleza que lo destina á capitanear y á señorear sus semejantes.

Sabiduria.

El heroismo militar y el político se envidia ó es objeto del ansia general en virtud del flujo que tenemos todos por capitanear á los demas, por dirigirlos y llevar la voz en todo; por estender, digámoslo así, nuestra voluntad á los pechos de los demas; procede, en suma, del flujo inato por ser el centro de la harmonía en que se subordinen espontáneamente nuestros semejantes. La sabiduría se hace envidiable por razon de la curiosidad que nos inquieta, y que, sin disputa, es uno de los flujos naturales. Todos desean saber que son los cielos y los astros, qué cosas hay abajo de nosotros en las entrañas de la tierra, como se forma ó quien

arroja el trueno, el rayo, la lluvia, de que modo se hacen los eclipses, que vivientes nos acompañan en este mundo, y que podrá ser de nosotrso en muriendo. El que en la opinion de las gentes entiende de esto, se llama un sábio.

Como el vulgo no tiene alcances para inquirir estos objetos por sí, mira como hombre de otra esfera á aquel que está en concepto de entenderlos. Le parece debe gozar mayor felicidad quien penetra en cosas de tanta ansia. Y así la astrología, la medicina y el sacerdocio constituyen unos rangos tanto mas respetados cuanto mas ignorante es el vulgo. A proporcion que este se ilustra, decae la admiracion y el viso de aquellas profesiones ó clases hasta mirarse como ridícula la primera, como sospechosa la segunda, y como mas humana la tercera.

En los pueblos cultos la abundancia de letrados, la proporcion fácil para serlo, y la reflexion de que los conocimientos no provienen tanto de superioridad de entendimiento como de educacion y de trabajo, disminuyen la admiracion y rango de los hombres de

letras, hasta no hacerse caso sino de los talentos muy sobresalientes y originales,

Pero como el vulgo, carece de la lectura que se requiere para conocer quien es un talento original, y quien un mero aprendedor ó como pregonero de aquello que los otros han escrito, es imposible distinga ya á los que propiamente merecen el nobre de sábios; y así no forma de suyo juicio de ninguno.

Los sábios pues en los pueblos cultos no hallan distincion y acatamiento sino en los que pueden graduarlos, es decir, en la gente fina, principalmente en los ricos. El aprecio de los de las clases altas es lo que escita á los de las bajas á acatarse y á tener en alguna consideracion al sábio.

La desigualdad producida por la riqueza depende de la admiracion que se hace de ella; y el admirarla dimana de la idea palpable de su utilidad, y del perpetuo y transmisible descanso y dicha que proporciona. Cuanto mas pobre es uno, tanta mas idea tiene de la riqueza; pero cuanto mas ignorante es uno, tanta menor idea tiene de la sabiduría. Lo general del público es tener mucha ignoran-

cia y pocos haberes. La sabiduría pues escita en el público ménos admiracion y ménos acatamiento que la riqueza : quiere decir, la sabiduría desiguala ménos que la riqueza.

Si se intentase algun distintivo solemne de la sabiduría, no podrian conferirlo con conocimiento sino los mismos sábios. Aquellos á quienes se les confiriese el distintivo, se acarrearian la envidia y la murmuracion de los otros literatos, que, descreditándolos por todas partes, destruirian en el vulgo el concepto que les infundiese el distintivo. El distintivo pues perderia el significado que se le intentaba, y no arguiria clase de sábio, sino, cuando mas, una clase política de otra especie. Es imposible establecer distintivo solemne de sabiduría.

El mismo discurso se puede aplicar á cualquiera otra cualidad que sea difícil de graduar ó conocer.

En la virtud concurren circunstancias particulares para hacer mas imposible el esteriorizarla con distintivos.

Virtud, propiamente, quiere decir, no una cosa mediana, un mero cumplimiento

exacto de las obligaciones; sino una cosa sobresaliente, estraña, estremosa, unos rasgos particulares que hagan éco. Cada estado, cada profesion necesita sus cualidades particulares. El soldado necesita el valor, y el religioso la mansedumbre; el juez la severidad, y la muger el agrado; el secretario la reserva, y el niño la franqueza; el cirujano la crueldad y el enfermero la compasion; el poderoso el esplendor, y el pobre la parcimonia; el hombre del campo debe ser duro, y el de la ciudad debe ser blando: unas virtudes son incompatibles con otras; y el reunirlas todas en una persona es tan imposible como el recivir en ella todos los oficios. Cada cual cree que su oficio es el mas importante y necesario; cada cual da la preferencia á las cualidades morales mas propias de su estado; nadie une con el que no es de su igual; nadie se pasma sino del que brilla en lo que él conoce. Por consiguiente poner distintivo á las virtudes interiores de ningun individuo es desazonar á los demas. Nadie puede aprobar semejante distincion; y un distintivo de ese género nunca puede ser condecoracion, si no

se le agrega alguna otra cosa; en cuyo caso la clase seria por lo accesorio, no por la virtud.

Pero puede esteriorizarse ya tanto de suyo una cualidad, que tambien sea en vano el distintivo. Luciendo el sol, es en vano anunciar que es de dia. A los de mucha estatura seria ridículo ponerles ningun señal para distinguirlos de los enanos. La práctia de los antiguos Romanos en solemnizar la vestidura de los muchachos para distinguirlos de los adultos, no tiene otra defensa sino la especie de sacramento que se celebraba al declararlos varones. En los pueblos ilustrados seria muy ridículo instituir distintivos de edades. La curiosidad y el asombro general hacen conocer harto á un héroe sin necesidad de distintivos. La riqueza es la única cualidad que luzca con los distintivos en los pueblos grandes. El capítulo siguiente apurará la naturaleza de los distintivos.

CAPITULO XIV.

De las desigualdades facticias.

1° Por inferior que sea uno, y por pronto que esté á ceder su asiento á quien sea mas que él, si este se adelanta á tomarlo, lo pide con imperio, es natural negárselo y decir, « yo soy tan bueno como el rey. »

Esto significa que la raíz de la desigualdad, ó de la superioridad del derecho de trato, está en el acatamiento espontáneo del inferior; y el que olvida este orígen de su fuero, el que atribuye á su mejoría propia lo que no dimana sino de la bondad; ó, hablando en rigor, de la ilusion de los otros, este tal se escede, insulta, y queda desaforado en el mismo hecho.

De esta suerte la naturaleza ha establecido una dependencia recíproca entre el superior y sus inferiores. Hace muy sabiamente que este no pueda exigir un derecho que seria en

vano querer forzarlo, porque por mas que se haga, en el momento que los inferiores dejan de acatarse, queda el superior vendido.

Como la superioridad es una relacion de uno á muchos, claro es que si la naturaleza hubiera querido que la exaccion del acatamiento le perteneciese al superior, lo hubiera armado de mayores fuerzas, ó poderío al modo de los Dioses, para que, lanzando rayos, ó sublevando los elementos pudiese forzar él mismo su derecho

Penetrados de este principio mas que nadie los reyes, se van con mucho pulso cuando hablan al cuerpo de sus vasallos: mezclan comunmente al atributo de señor el de padre para no parecer que se creen de mejor naturaleza ó condicion que ellos.

El trato entre rey y vasallos, entre un soberano y otro, entre nacion y nacion; entre un cuerpo ú otro, y entre una clase y otra, está sujeto á los mismos principios que el trato mutuo y particular de las personas; y con razon en el edioma español se comprenden las reglas á ciencia de todos estos casos bajo un mismo nombre, que es el nombre

de *política*. Del mismo modo y por las mismas causas que se mantiene ó altera la paz en una casa, en una tertulia, en un vecindario, se mantiene tambien ó se rompe el sosiego y el órden público en las naciones.

En una casa ó concurrencia urbana se distribuyen los asientos y se hacen los agasajos y cumplidos con proporcion, no solo al rango ó conotado de cada cual, sino tambien al orgullo, digámoslo así, de los demas; y aquel que hace cabeza se abstiene de toda preferencia y distincion que no es precisa, so pena de desazonar á todos.

Lo mismo sucede en el público de una nacion. El que en ella hace cabeza, no mira á cada uno con los mismos ojos, mas les tiene respeto á todos; y así no reparte los asientos, los agasajos, los cumplidos con arreglo solo á los conotados de cada cual ó individuo, ó cuerpo, ó clase, sino tambien con relacion al orgullo de los demas individuos, cuerpos ó clases.

El tiempo consagra estas costumbres; de costumbres, pasan á ordenanzas; el trato público se solemniza, y cada clase pugna por

conservar sus preeminencias solemnizadas. Pero los institutos del trato público hechos en tiempos ménos finos no pueden tener la delicadeza que se requiere luego en cuanto las naciones se cultivan; á la manera que aquellos modales hebreos que parecian bien en el atrasado tiempo de nuestros abuelos, en nuestra época adelantada son chocantes y cerriles, y ridiculizan á la persona rancia que hace hinca pie en guardarlos.

Las solemnidades pues del trato público de las clases llegan forzosamente con el tiempo á parecer ó desproporcionadas, ó infundadas é impropias; y como cada cual se vale del brazo del gobierno para forzar sus ceremonias y preeminencias, estos distintivos, perdido ya su carácter de espontaneidad, parecen no tener otro fundamento sino las arbitrariedades del gobierno. El gobierno, en consecuencia, se cree árbitro absoluto de las distinciones y gerarquías, las multiplica sin tasa, y las da y las quita segun las pretensiones é intrigas de los individuos, y queriendo, tal vez, fomentar, destruye el órden.

Es tan fácil como importante el probar que todas las condecoraciones civiles, las insignias, las cruces, los privilegios, los tratamientos, los uniformes, y cuantas otras puedan inventarse no tienen valor sino en cuanto son solemnidades de la distincion ó desigualdad espontánea de la naturaleza, de suerte que, creadas, aumentadas, ó conservadas, ó quitadas sin arreglo á esta su basa, producen un efecto contrario al de su intento, pudiéndose decir, que los arbitrios inventados para esteriorizar ó realzar las gerarquías son la ignorante máquina que las mina.

2º Los privilegios arbitrarios, como, por ejemplo, el de no pechar, aunque quizá pueden tener un orígen muy fundado, como cuando conquistando algun pueblo, los vencedores echan el gravámen sobre los vencidos y quedan ellos escentos, sin embargo luego que se pierde de la memoria este orígen, el privilegio no puede ser condecoracion alguna, es decir, no hace que los que lo gozan sean por él mas admirados y respetados; lo que sí los hace es mas odiosos. En España en

el dia los nobles ricos contribuyen, á proporcion de sus necesidades, acaso mas que el pobre; todo el mundo pecha, y no por eso se merece ménos.

3° Los tratamientos tampoco hacen clase; son, cuando mas, unas solemnidades que cuadran cuando tienen proporcion con el sugeto; y si no la tienen, dan risa ú odio, pero nunca admiracion. De tal persona no se murmuraria si no tuviese tratamiento; y en llegándolo á tener, se hace fisga de todas sus faltas, y nadie que no lo necesite quiere saludarlo. Prescindiendo del mando, tan caballero nos parece el cadete como el coronel, aunque este tiene tratamiento. El alcalde hace papel por la vara, pero no porque le digan de usía. Su oficio merece cierto acatamiento; la ley ha querido regularlo con una solemnidad para que nadie se esceda ni se quede corto, esto es para que ni haya atrevimiento de parte de el vecino, ni usurpacion de parte del alcalde. Pero no dándose el tratamiento sino en los actos solemnes, no hay engreimiento para la persona privada del alcalde. En cualquier junta es

comunísimo darse todos usía. Los monges y eclesiásticos de la primitiva iglesia estilaban darse y recibir unos tratamientos estupendos. A cualquier hortelano ó donado de convento se le llama de padre y reverencia, y no por eso es condecoracion el ser donado. Por lo contrario en Inglaterra se estila bien poco el tratamiento fuera de los actos solemnes; y no obstante la desigualdad política es tan notable como en España, á proporcion de la menor civilizacion de aquella isla. Los tratamientos son de invencion moderna, y la desigualdad viene desde lo antiguo. No eran ménos respetados los poderosos cuando carecian de estos lisongeros tratamientos que, de mucho decir, no significan nada. En Grecia y en Roma antiguamente no habia tratamientos, y bien habia desigualdad.

4° Tambien los títulos son de invencion moderna. Cuando duque, conde, baron y marques eran oficios ó dignidades verdaderas, esos títulos suponian por razon del mando. Ahora que ya no existen los oficios, no se estiman los títulos en el concepto pú-

blico sino por las propiedades que les están anejas. Para formas idea de cualquier título siempre se pregunta cuanta renta tiene. Títulos sin propiedad, lejos de distinguir, ridiculizan. Bajo de una misma propiedad, tanto apreciamos al título como al que carece de él; y el que el rey les llame de *parientes* es como llamar rico al pobre. La única ventaja de la titulacion es anunciar con mas facilidad la suposicion. Con solo oir que uno es título ya se supone que debe ser persona de alguna cuenta, porque regularmente nadie titula en España sin ser rico. El solo nombre y apellido no anuncian la suposicion ó riqueza sino para el que la sabe de antemano. El título pues pregona ó solemniza la distincion, pero no la aumenta, no es distincion de suyo.

5° La ley que impide á los de cierta gerarquía casarse con quien no sea de la misma se funda en que naturalmente los de aquella gerarquía no quieren esos casamientos, y las raras veces que se hacen traen perjuicios. Basta que sean raros los abusos para decir que la ley es ociosa. Tambien aquel cuya

pasion le hace no reparar en gerarquía, tiene una pasion ciega, y efectúa el casamiento á todo trance. Semejante ley pues es inútil, y, lejos de constituir desigualdad, se funda en suponerla. Semejante ley es no mas una solemnizacion de la desigualdad; y, por lo mismo de no ser necesaria, da tan en ojos como cuando uno dice sin venir á cuento « el señor es mejor que Vms. »

6° El ceremonial de cubrirse delante del rey puede ser señal, pero no es constitutivo de la grandeza. Frailes hay que tambien se cubren y se vociferan grandes, pero no nos lo parecen. No tutearán por cierto á los grandes antiguos ni aun por chanza. Todo lo que el monarca mas absoluto puede hacer es un hombre nuevo; pero este no nos parece grande de repente, si no le da entronque. Dandóselo, lo parece, porque el matrimonio, confianza la mas estrecha é irrevocable, iguala las personas conocidamente, y bien que la envidia y la murmuracion ofusquen al pronto el brillo de la suerte, la succesion hace callar y resignarse á todos. El privi-

legio pues con que en España se solemniza la grandeza no la da.

Nuestros ilustres grandes no lo parecieran ménos por no cubrirse. Ni ellos ni el rey ganan nada en ese como alarde de confianza, por la misma razon que un poderoso particular ni gana ni da á ganar á ningun privado amigo suyo usando ó sufriéndole confianzas en un público.

No son lo mismo confianzas en un público que en secreto. Por notoria que sea la amistad de uno con un magnate, es bochornoso entrar en su cuarto y tener que sentarse á la sazon que los criados mayores, no inferiores á uno, tengan que quedarse de pié derecho. El hombre avisado demuestra en la cara su martirio, y así desarma los criados; el ignorante se muestra ufano haciendo como alarde de acomodarse bien, y de mirar aquella preferencia como muy merecida, con lo cual, en vez de escitar el respeto, grava un justo rencor en el corazon de los criados.

Todo aquel privado que cuando sale en público con su poderoso hace alarde de confianzas, se desacredita á sí mismo, y desa-

credita al poderoso. Si los circunstantes son iguales mios ¿ por qué razon la he de echar de mejor que ellos ? ¿ Por qué razon les he de cantar en su cara « vosotros no sois tan merecedores como yo » ? Pues este canto es el sentido natural del tal alarde. Todos los mentecatos que lo hacen, lo intentan así; y todos, aun los mentecatos, que lo presencian, son unos linces para penetrarlo. Con las señoras de mérito hay tambien muchos insolentes que, cuando hay testigos, estudian aire y ademanes de la confianza que no tienen, deseosos del concepto, ya que carecen de la realidad. Las señoras de mundo suelen ser bien finas para cortar estos aleves revesinos. Las de poco aviso ó sobrada bondad suelen perder su honra, siendo quizá incapaces de desmerecerla. En la conversacion misma que se tenga de los poderosos que se traten ó se hayan tratado, el que hace alarde de confianzas que tuviese con ellos, en vez de ganar amor y respeto, se gana el odio y menosprecio. Bien conoce el mismo vano que ofenderia á sus poderosos la noticia; y así suele aparentar misterio, ó encarecer ne-

ciamente la reserva. Pocos son tan fastidiosos como los que afectan aire de proteccion y de mucha interminacion diplomática, ó como el que por un adarme de buena suerte se vocifera ya en los cuernos de la luna. El hombre avisado que ha sido venturoso, si se ve en precision de mencionar las confianzas ó venturas, lo hace con mucha concision y con los colores en la cara. Bien que en todo hay ardides. Sin embargo el que tiene talento y esperiencia, á una ojeada descubre estos fantasmones que viven haciendo el buho.

Por fortuna toda persona visible, cuando está en un público, se reviste de autoridad naturalmente. Conoce que si los circunstantes, inferiores suyos, son todos de una misma esfera, cada cual de ellos se conceptúa de tan bueno como el privado; y en consecuencia, para no chocarles el concepto el poderoso se guarda bien de hacer distinciones, mas reprime las confianzas poniendo el gesto sério. Esta es una política natural que muchos ignorantes gradúan de quijotería. El poderoso que falta á ella, ó que permite que se

le atreva uno solo de los circunstantes, se desconceptúa, y hace naturalmente atrevidos á los demas. Hasta los iguales recatan su amistad y confianza cuando están en público. Pareciera mal que amigos, y aun dos hermanos se tuteasen en una junta solemne. Y esto confirma cuan delicadas son las reglas del decoro, y cuanta cultura se necesita para poseerlas con alguna perfeccion. El trato es no ménos difícil con los superiores que con los inferiores. Aquellos es cierto que tienen en la superioridad un escudo para no ser talionados del todo cuando tratan mal; pero les queda la sancion temible del menosprecio interior que conocen en el rostro del agraviado. Y así se andan con mucho tiento, sobre todo si dan con hombre fino en cuyos ojos lean capacidad para volvérselas y sofocarlos con decoro. Delante de este el magnate de pocos alcances se siente corto, y todo magnate que se roza con gentes de talento y de firmeza, es prueba de que á él le asiste uno y otro.

Por esta esplicacion se puede formar juicio de la significacion y efecto del cubrimiento

de los grandes de España. Es cierto que los que no compiten con ellos no se agravian de esta solemnidad de su gerarquía. Pero de grandes abajo hay una escala imperceptible de personas de viso, muchas de las cuales se creen, y tal vez son, mas que algunos de los que se cubren. Por tanto les choca la distincion, les choca tanto mas, cuanto su mismo viso les hace mayor el desaire. Todo hombre imparcial de la razon á estos agraviados, haciéndose así odiosa la distincion aun á los que no la envidian, porque aun en lo que no nos interesa es natural interesarnos.

Tambien entre los que se cubren hay unos que se creen y son mas que otros; en todas partes hacen mas éco, y consiguientemente debe ofenderles el verse graduados del monarca con igualdad.

El monarca quizá pareciera mas magestuoso, si en público no hiciese distinciones. Y si los grandes reciben algun respeto de las confianzas con el Rey, continuarian con él mismo, sabiéndose que las usasen en secreto.

Los grandes de la Grande Bretaña, en medio de no ser, ni con mucho, tan ilustres como los de España, hacen mejor papel en la corte por el voto que tienen en la cámara. De este modo tienen mas medios de complacer al rey y de mantenerse bien quistos.

Desde niños oimos decir que la residencia de los grandes en la corte es máxima de los reyes. No son muy políticos los que creen en tal máxima. Antiguamente los grandes eran mas grandes y los reyes no eran tan poderosos como ahora; casi parecian y se denominaban sus iguales. Si las cosas estuvieran en este pié, no estaria muy segura la quietud, ni hallándose los grandes dentro ni fuera de la corte. Pero el lujo, haciendo escasas las crecientes rentas de los grandes, estos no pueden tener el peculio, las generosidades, y el séquito que ántes. El lujo ha disminuido el viso y poderío de los grandes, y al mismo tiempo ha aumentado el de los reyes. Estos en vez de parecer iguales á aquellos, les son ya como unos Dioses. Los grandes en estos tiempos necesitan la proteccion de los reyes, y en ningun sistema que se les arregle puede

ser su interes contrario á los intereses de su monarca.

Los ceremoniales de los grandes al rey no contribuyen en nada para apoyarle el respeto. En caso de contribuir, quizá fuese mas bien para lo contrario; porque cabalmente los ceremoniales que están á la vista de todos, los ceremoniales públicos son los de confianza; y los ceremoniales de dependencia ó servidumbre son secretos. El que al rey se le sirva de un modo ó de otro ni le puede dar ni quitar respeto.

La dignidad de monarca crece progresivamente desde el estado salvage hasta el estado culto. Saul, al mismo tiempo de ser vaquero, era y parecia rey. En el Homero se ve bien la pequeña dignidad de los reyes al tiempo de la guerra de Troya. Originalmente rey quiere decir el mas poderoso del país. Para que en el trato nadie se le esceda ni se quede corto, es decir, para que ni el vasallo se atreva, ni el rey se engria, es conveniente establecer los ceremoniales; pero el graduarlos es una cosa muy delicada y cuya teórica no pertenece al presente asunto.

7° La vinculacion y acumulacion de los bienes en cabeza del primogénito, aun cuando hiciese mas durable la distincion en la línea preferida, la aumenta ménos de lo que parece.

El que es dueño libre de sus bienes puede especular, acrecentar y lucir mejor que el que los tiene secuestrados. L vinculacion es una especie de embargo ó secuestro; y así daña á los incrementos de la hacienda y al lucimiento y distincion del poseedor.

Libres los bienes y repartidos por igual entre los hermanos y hermanas, es cierto que al pronto el hijo mayor tendria ménos pertenencia; pero por otros lados y á la larga tendria unas compensaciones que valen bien la pérdida.

Las hijas de los hombres pudientes irian tan ricas al matrimonio como sus hermanos. El primogénito que se casase, como es regular, con una hija de igual familia á la suya, hallaria un dote tan grande como su legítima. Por tanto la pérdida del mayorazgo no seria sino la mitad de lo que parecia á primera vista.

El bello sexo resucitaria con esta saludable providencia. Es una afrenta para todo hombre de mérito el ver que no se presenta otro sexo cuya voluntad ganar sino un sexo que, sitiado por hambre, pasa la primera juventud con el ojo siempre largo, para, á la mas mínima insinuacion, rendirse atropellado de la dicha á un zafio mayorazgo. Es imponderable lo que ganarian la dignidad del bello sexo, la moralidad de las pasiones y la delicia mayor de un hombre, si de golpe se quitase del medio la miserable corruptela de la primogenitura donde no hay estados políticos que heredar. ¿Qué ha de hacer una muger fina al lado de un hombre, que, destinado desde la cuna á ser un máquina de la continuacion de la familia, se crió contemplado desde la niñez, sin querer sus padres alargarlo á un colegio donde los de su misma edad le enseñasen de modo, ni aun perderlo de vista un solo dia, mas bloqueándolo en la casa con un grosero cordon de criados, y atrahillándolo por fuera con uno de ellos, ó cuando mas, dándolo á la férula de un capellan, incapaz de otra cosa que de enseñarle á

persignarse y ayudar á misa; porque bien claro es que, teniendo tanta salida los clérigos, es harta informacion de torpe el allanarse por una miseria á tal humillacion? ¿que ha de hacer, digo, la muger fina al lado de un pariente punto ménos que salido de la dehesa, y que en vez de dejarse cepillar y corregir, está persuadido que el mayorazgo, que le sujeta tantos mozos de labor, le da fuero para gobernar la mitad del mundo, cuanto mas á una melindrosa mugerzuela que, á no ser por él, pereciera de hambre? En Inglaterra, no obstante de no ser la pasion tan fina como entre nosotros, es muy raro el adulterio, no habiendo á que atribuirlo sino á ser rarísimas las vinculaciones. Acomodadas mejor las doncellas, se harian mas difíciles, y el hombre tendria que hacerse mas digno para grangearlas. Por consiguiente el matrimonio, la pasion, y la familia serian finos y felices.

Quitado el apoyo de la vinculacion, los padres buscarian por fuerza un nuevo apoyo del esplendor de sus descendientes en la economía, en la aplicacion, en el juicio, y buen

gobierno, y principalmente en el esmero por la educacion mas útil de los hijos. Los parientes todos aumentaran y lucieran á la par; y en ninguna familia de consideracion hubiera esta carga de parientes pobres y viciosos que la degradan, mas ellos saldrian de la desidia, porque el ser desidiosos procede conocidamente de falta de medios para emplearse con una utilidad que merezca la pena. La familia pues del pudiente brillaria mucho mas que ahora, porque si el primogénito hacia ménos ruido, tambien que el apellido se difundiria con decencia, se afinaria mas aprisa, y camparia por el entronque con un número siempre creciente de familias finas; sin suceder lo que en el dia, que, con el casamiento de los segundos, á cada generacion va el apellido á ménos.

Los hermanos no habiendo el fuero de primogenitura que los estraña y les hace desearse la muerte, se querrian con mas sinceridad, y el que tuviese mala suerte, hallaria en su multitud de parientes acomodados arrimo para recobrarse. Entre tantos parientes cultivados y aplicados con utilidad era

mas probable el engrandecimiento de uno ú otro que no ahora que casi ninguno de ellos tiene fomento ni cultivo.

Que los bienes del padre repartidos entre hijos mas aplicados, ilustrados y económicos producirian mas que entregados á un solo hijo estúpido é indolente, es una cosa demasiado clara. No es mucho suponer que produjesen doble. Y admitiendo esta cuenta, el primogénito no perdia en rigor sino la mitad de lo que digímos, es decir, la mitad de la mitad de lo que á primera vista parecia. Y si á esto se agrega la ventaja del mayor dominio que tuviera de sus bienes en aboliéndose la vinculacion, resulta en limpio que el primogénito, aun no haciéndose caso de sus ventajas morales, sino contando solo con lo económico, perdiera ó nada, ó muy poco. Pero lo moral hace mucho peso para quitarlo de la balanza: y aun cuando tenga algo de alegre la cuenta, el fomento de los hijos segundos, de las hijas y del todo de la familia merece bien algun sacrificio de parte del primogénito; pudiéndose concluir, que la ley suntuaria de la naturaleza es la libertad de

los haberes, y su igual reparticion entre los hijos.

Tambien, abolidas las vinculaciones, se hiciera mas imperceptible, es decir, mas larga ó estensa la gradacion de las clases; y consiguientemente se afinaba y se hacia de mayor eficacia la máquina que la naturaleza emplea para el progreso de la cultura.

Los aumentos de cada casa rica no se estancarian en ella para ser el pillage de los apoderados y mayordomos y quedar eternamente yermas las haciendas; mas se repartirian con el matrimonio á otras casas que, si hoy por casualidad eran indolentes, mañana se aplicarian; en vez de que ahora nadie quiere acumular gastos en unas mejoras que no es dueño de vender, y cuyo producto no lo disfrutarán sino sus nietos.

Habiendo libertad de bienes, las casas viciosas que fuesen disminuyendo, no arruinarian á sus acreedores con eternas moratorias. Las casas que creciesen, ellas mismas se buscarian mutuamente para emparentar; y bien pronto nacieran muchas mas casas tan opulentas como las del dia.

En la China no hay vinculaciones; y sin embargo no solo se conservan allí las casas mas antiguas del mundo, sino que los grandes de Europa son unos pelgares en comparacion de los de aquel opulentísimo país.

El aumento ó conservacion de la riqueza seria entónces un efecto de la aplicacion y del gobierno; y no diera en ojos el ver á muchos de estos opulentos abrumados de riquezas á pesar de su indolencia y despilfarro, y sin saber porque, sino es á costa de la felicidad de cientos de parientes, que sucesivamente lo pasaron ageando de hambre en esta vida, y que se fueron á la otra poniendo el grito contra el brutal regodeo del estúpido mayorazgo.

Si se viese que la desigualdad de cuna era un efecto espontáneo de la aplicacion, del acierto, ó de la buena suerte del trabajo de los ascendientes de cada cual, á nadie le chocaria la diferencia, por enorme que se hiciese. Pero como la vinculacion, á pesar de no aumentar en nada la superioridad de la cuna, muestra una parcialidad injusta por aumentarla, hace parecer que la desigual-

dad de cuna proviene de la injusticia de las leyes; y en consecuencia hace odiosas las desigualdades estremadas á las clases medias, que, por razones que aquí no vienen, son las que á la corta ó á la larga dan la ley. Seguro está que en la China, si se conserva la libertad de bienes que dicen, le ocurra á ninguna persona mediana el bárbaro proyecto de quererse igualar con unos grandes cuya opulencia y cuyo brillo es el fruto gradual de la economía y de la aplicacion de sus antepasados.

8° La tendencia de las ejecutorias, escudos de armas, y cruces, bien que sean de un orígen muy loable, es de oscurecer la distincion ó desigualdad espontánea de la naturaleza. Para obtener espontáneamente la consideracion pública, como se dijo en el capítulo VIII, no basta el dinero. Pero con este todos se hacen de ejecutorias, escudos de armas y cruces. Raro de los que prueban antigua nobleza, la tiene. Y aun cuando la hubiesen tenido sus visibles antepasados, ¿por qué razon la ha de tener el descendiente remoto, si es ya un sugeto oscuro?

Las solemnidades, que acaso cuadrasen con el viso espontáneo de aquellos, no cuadran ya con la oscuridad de él. Forzarlas todavía es envilecerlas, y derogar el viso de los que las disfrutan con buena proporcion.

Las cruces y veneras no pudiéron ser originalmente una condecoracion, sino una divisa. ¿ Se acabó ya el intento para el cual se ponia esa divisa ? ¿ Pues á que fin ponerla todavía ? Si por memoria es, tampoco se entierren los huesos de los que nos hicieron el mayor beneficio, que es el de ponernos en el mundo. En no siendo absolutamente necesaria una distincion, ultraja tanto á los que no la tienen como cuando uno dice sin sustancia á otros « yo soy mejor que Vms. »

Otro tanto debe decirse de los uniformes, principalmente de aquellos, cuya pompa no es proporcionada con el equipage, vivienda y facultades de los que lo llevan, aunque no tengan ellos que costeárselo. En España en estos últimos tiempos se han hecho tan comunes los uniformes, que casi es ya uniforme el no tenerlo. Pocas cosas son tan ridículas como el ver á algunos que, de pura

hambre, carecen de fuerzas para soportar el peso de sus bordados y galones. Si el lumbroso trage no los atara, quizá no se desdeñarian en los ratos que les vagan de aplicarse á ganar un medio jornal por ayuda de sus obligaciones; y no que imposibilitados á esto, están siempre entre sus polvos y galones meditando cualquier crímen ó bajeza, borrando así la idea de la justa distincion de aquellos con cuyo rango se les esterioriza, y consiguientemente propendiendo á persuadir que todo el mundo es igual.

Hasta los particulares ponen distintivo á sus criados. En Inglaterra los criados, que llaman mayores, pero que sirven á la mesa de un mero y mediano comerciante, llevan charrateras como nuestros capitanes. Enhorabuena pónganles por la casa lo que quieran. ¿Pero porque nos han de venir persiguiendo por las calles con la importunísima noticia de « ese y aquel son mis criados? » Y al pobre criado ¿con qué justicia se le esterioriza solemnemente la miseria de servir á un amo que acaso no sea tan bueno como él? En España, en su propio pueblo, no hay na-

die que quiera ponerse de librea. Y si el criado hace vanidad de la servidumbre, ¿por qué título se le ha de estimular á la audacia, pregonándole con la ropa la proteccion y el valimiento de su amo?

9° De todo lo dicho se deduce que las condecoraciones artificiales, estando bien reglamentadas, equivalen, cuando mas, á la uña que se dejan crecer los Chinos que no ejercen oficios mecánicos; y la base de todas las distinciones facticias es la distincion espontánea. Esta es pues la que debe consultarse escrupulosamente para regular aquellas solemnidades que puedan ser precisas. No hay duda que lo son algunas.

Si tratamos con distincion al poderoso, es claro que el magistrado debe tratarlo con la misma. Si nos guardamos de andar á mogicones ó á palos con la gente de honor, tambien debe guardarse el magistrado. ¿Usamos cortesía, agrado y condescendencia con el bello sexo? Uselas tambien el magistrado. ¿Desconfiamos de la palabra, y aun del juramento del hombre de baja esfera? Desconfie tambien el magistrado. En esto el magistrado

seguirá el voto general, y nadie estará quejoso. No haciéndolo así, su conducta no corresponde con la espresion comun de la voluntad natural de todos, y por tanto se aparta de la ley.

Un hombre sin camisa que se encuentre con la mano en el bolsillo ageno, ó escalando una casa, se supone es para robar. Si un opulento se viera en las mismas diligencias, nadie diria que era para lo mismo. ¿ Porque pues lo habia de decir el magistrado? Un honrado padre de familias que no pueda huir sin perderse, y prometa ir al arresto, irá; un pobre vagamundo no irá. ¿ Porqué pues porque se emplee con este la fuerza, se ha de emplear tambien de aquel? ¿ Por qué razon el magistrado no ha de distinguir de casos? Se distingue el niño del adulto, el loco del cuerdo, la hembra del varon; y ¿ no se ha de distinguir el hombre de honor del hombre perdido?

No es lo mismo poner á la vergüenza sin testigos que con ellos. Lo segundo es mayor afrenta. Esto da idea de lo que es el hombre oscuro comparado con el visible. Al uno lo

reparan pocos; al otro muchos: el uno no tiene rango que perder; el otro lo tiene. Luego, en igualdad de pena personal, es mas afrentado, es mas castigado el mas visible; y por tanto toda ley penal igual es injuriosa para las clases altas. Al contrario en punto de exacciones ó multas pecuniarias, toda ley ó sancion igual es desigual para las clases ménos pudientes. Conforme pues la equidad manda hacer distincion en lo económico á favor de las clases pobres, así tambien la equidad manda hacer distincion en lo personal y político á favor de las clases distinguidas.

Si las distinciones en lo económico se dejasen al arbitrio del magistrado, habria interminables quejas. Por esto la ley hace sus regulaciones prudenciales, y solemniza la quota económica, la exaccion, contribucion, ó pena pecuniaria de cada clase.

Por la misma razon y aun por razon mas delicada, si las distinciones personales ó políticas estuviesen puramente á la discrecion del magistrado, habria muchas y mas amargas quejas, porque el agravio en lo personal

ó político hiere mucho mas vivo que en lo económico. Por tanto es forzoso que la ley señale y solemnize la cartilla del trato que el magistrado haya de dar á cada clase en cada caso; y que esta cartilla se vaya corrigiendo de tiempo en tiempo segun el estado del pais.

Por esto, por ejemplo, en Inglaterra está establecido que no se ejecute por deudas á ninguna casada; en España al título no se le puede poner en cárcel pública; al noble no se le puede poner la mano ni impedir el uso de ciertas armas; y hay otros muchos estatutos por este estilo, unos bien, otros mal ó bien fundados, y cuya enumeracion y revista no es aquí del caso. Bastan los dichos para esplicar la naturaleza de ellos, y para hacer palpable que la desigualdad espontánea exige esencialmente varias desigualdades solemnes de parte de la ley civil en lo personal y en lo político; y no importa, ni nos entremetemos aquí en aprobar ó criticar las desigualdades particulares solemnizadas ó abolidas en ningun país: debiéndose entender que lo que se ha censurado de algunos

usos, unas veces nacionales y otras estrangeros, no ha sido con ánimo de remorderlos ó de dar un voto inoportuno, sino tan solo con el de desentrañar la significacion y esencia de las desigualdades facticias que han sido el objeto de este capítulo y de todo el libro.

10° Estas solemnidades se aumentan naturalmente con la cultura, porque con esta se aumenta y se multiplica en unos casos, y se disminuye en otros la desigualdad espontánea que es la basa de ellas. Así el fuero del bello sexo se aumenta con la cultura; porque esta le aumenta al varon la pasion y los zelos que son la raiz de aquel fuero Al contrario el fuero de la edad mengua con la cultura, porque con la ilustracion y los medios que esta proporciona, un jóven bien criado adquiere mas racionalidad ó se hace mas persona que los ancianos sin educacion

Pero no puede encarecérseles demasiado á los gobiernos la moderacion y el pulso tanto en la institucion de nuevas solemnidades como en la reforma de las antiguas, las cuales notoriamente deben ser defectuosas por ra-

zon de su antiguedad, es decir, por haberse establecido en tiempos en que la cultura y consiguientemente las distinciones ó desigualdades espontáneas estaban en muy otro estado.

Pocos premios serian mas bien empleados que el que se adjudicase al buen patricio que, teniendo talento, finura y ocio, deslindase parcial y claramente la propiedad de nuestros actuales ceremoniales y solemnidades.

En este libro no se habrá hecho poco, si se ha acertado á abrir el hasta aquí desconocido camino de la política, y sentado los verdaderos preliminares para que puedan avenirse los que lo intenten de buena fe.

FIN.

TABLA DEL CONTENIDO.

AVISO DEL EDITOR.. . . . . Pág. v
INTRODUCCION . . . . . vij
CAPÍTULO I. Del flujo porque nos hagan caso. 1
CAP. II. Del flujo por harmonizar 11
DIGRESION I. Congruencia de la cortedad del período de la vida con el flujo porque nos hagan caso 26
CAP. II. Modificaciones generales del derecho de trato, y de las desigualdades por edad 41
CAP. IV. Del desigual trato de entrambos sexos. 49
CAP. V. Como la desigualdad de la pasion iguala el contrato de los sexos . . . 67
CAP. VI. Desigualdad de pobre á rico. . . . 80
CAP. VII. Congruencia de esta desigualdad . 97
CAP. VIII. Modificaciones de la desigualdad por la riqueza; y de la gradacion de clases 101
CAP. IX. Congruencia de la gradacion de clases 111
DIGRESION II. Del efecto de la solemnizacion del trage en los Clérigos y Religiosos. 122
CAP. X. De la proporcion de la moralidad y de la racionalidad con la cultura. 131
CAP. XI. Del progreso de los amores y de sus congruencias. 150

Digresion III. De la felicidad en general y particularmente con relacion á los amores. 170
Cap. XII. De la decadencia de la ingenuidad. 197
Digresion IV. Comparacion de la vida del campo y de la ciudad. 229
Cap. XIII. De la desigualdad por las cualidades interiores 240
Cap. XIV. De las desigualdades facticias . . . 251

FIN DE LA TABLA.

DE
LA DESIGUALDAD
PERSONAL
EN LA SOCIEDAD CIVIL

BRIGHAM YOUNG UNIVERSITY
3 1197 21321 1664